



Portada: Campin, Robert, dama medieval. Museo del Prado. Madrid.

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

**RELATOS
MEDIEVALES
DE INTRIGA**

Madrid, KNOSSOS, 2017

Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocac@ono.com
Editorial KNOSSOS. Madrid. 2017.
www.knossos.es
D.L. M.2033-2017
ISBN-978-84-941403-5-8

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA.	7
RELATOS MEDIEVALES DE INTRIGA.	13
El caballero: Un cadáver junto al molino.	15
La abadesa: La dama de compañía.	47
El conde: La representación.	61
El prior: La muerte del obispo.	85

Las horas canónicas eran las siguientes, más o menos cada tres horas naturales:

Maitines: a medianoche.

Laudes: al amanecer.

Prima: hacia la salida del sol, sobre las 6,00

Tercia: tercera hora después de amanecer.

Sexta: mediodía, a las 12:00 después del Ángelus en tiempo ordinario o el Regina Coeli en Pascua.

Nona: hacia las tres de la tarde.

Vísperas: tras la puesta del sol, habitualmente sobre las 18:00

Completas: antes del descanso nocturno.



Retrato de caballero (Carpaccio). Museo Thyssen-Bornemisza,

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

La peste negra había causado la muerte de miles de personas en la primera mitad del siglo catorce, y rey Alfonso XI, llamado el Justiciero, falleció por esta causa a mediados del siglo en el sitio de Gibraltar. Tenía treinta y nueve años, y la noticia de su muerte fue recibida por todos con grandes muestras de dolor.

Había reinado desde que cumplió un año de edad. Nacido en Salamanca, era aficionado a la caza, a las letras y sobre todo a la poesía, de forma que él mismo había dedicado una cantiga de amor a su amante, doña Leonor de Guzmán.

Se tendieron paños negros ante los pies de su hijo, el nuevo rey don Pedro, que sólo tenía quince años. Su esposa y prima, doña María de Portugal, fue madre de Pedro y de Fernando, muerto casi al nacer. Había sido una jovencita enfermiza y él nunca la había amado, pues era muy poco agraciada.

Todo empeoró cuando Alfonso conoció a Leonor de Guzmán, una dama casada de la que se enamoró enseguida. Por ello, María regresó con su hijo a Évora, que era donde estaba la corte de su padre, el rey de Portugal. Desde allí se dedicó en adelante a apoyar a los rebeldes castellanos, hasta que su esposo la hizo recluir en un convento.

Cuando la bellísima sevillana Leonor enviudó, el rey la tomó como amante hasta el fin de sus días. Tuvo con ella diez hijos bastardos, entre ellos a Sancho, Enrique, Fadrique, Tello y Juan Alfonso. Además de ser bella, Leonor llegaría a convertirse en

una de las mujeres más ricas del reino. Pero al morir Alfonso y sucederlo Pedro, su único hijo legítimo, ella cayó en desgracia y fue encarcelada por consejo de la reina madre, María de Portugal.

Doña Leonor se hallaba en Algeciras cuando el rey Alfonso falleció. Acompañó el féretro hasta Sevilla, junto con algunos caballeros fieles; pero más tarde ellos la abandonaron, y fue detenida y presa en esta ciudad.

El feudalismo se había impuesto y muchos señores se hicieron fuertes en sus castillos. Acabadas las peregrinaciones al Santo Sepulcro, los nobles se vieron obligados a volver a sus tierras con obligación de servir al monarca. Por otra parte, las órdenes militares castellanas de Santiago, Calatrava y Alcántara, se encargaban de desmembrar el reino. Al rey no le quedaba otro remedio que apoyarse en la nobleza, aunque la temiera.

A la muerte de Alfonso, la reina madre alcanzó una gran influencia en el gobierno, apoyada sobre todo por el caballero portugués Juan Alfonso de Albuquerque, mayordomo mayor de su hijo.

Desde niño, Pedro tuvo un carácter triste y melancólico. Tartamudeaba al hablar y tenía el cráneo deforme, con el lado izquierdo mayor que el derecho. Su pierna izquierda era más corta, lo que le provocaba cierta cojera, y le crujían las rodillas al andar. Tenía la nariz aguileña y la mandíbula inferior prominente; llevaba por entonces flequillo y una melena recortada, dividida en dos mitades y ceñida por una diadema. A los dieciséis años enfermó de tal forma que en el alcázar de Sevilla se temió por su vida; según decían, se trataba de una afección cerebral, lo que explicaría sus futuros crímenes. Fue entonces cuando el joven moribundo aprendió a ser cruel.

Había recibido un ejemplo pernicioso de su padre. Su educación fue descuidada, pues Alfonso, llevado por su amor a Leonor, dejó su crianza en manos de la madre, que vivió con él en el alcázar. Allí fue adiestrado en todos los ejercicios físicos bajo la tutela de la reina, de forma que llegó a adquirir una gran fuerza física.

Se había convertido en un joven alto, blanco de tez y de cabellos rubios. Buen cazador de aves, era moderado en el comer, aunque no lo fuera en otros aspectos de la vida. Entre sus vicios no faltaban la lujuria, la avaricia y un carácter soberbio, y era tan severo que su justicia degeneraba en crueldad. Influyeron mucho sobre él los consejos que recibió de su ayo Albuquerque, y de doña María, celosa de la concubina de su esposo.

La madre lo acompañó en su coronación. Eran malos tiempos, pues el reino estaba dividido en bandos y facciones que se odiaban entre sí. Y Albuquerque, a quien todos odiaban, no dejaba de enriquecerse a costa de la corona.

En uno de los viajes de Pedro, al pasar por Sahagún, Albuquerque le presentó a doña María de Padilla, que lo fascinó. Era muy inteligente y hermosa, además de elegante y alegre. Pronto se convirtieron en amantes, por encima de los dos

matrimonios que contraería del rey.

Mientras, en Valladolid, la francesa doña Blanca de Borbón preparaba sus bodas con don Pedro. Era la más bella princesa de su época, pero él nunca la amó. No hubo en el mundo mujer más desgraciada, y que menos mereciera serlo. Princesa de Francia, hermana gemela de la reina consorte, fue presentada a Pedro por su ayo y su madre, que lo presionaron para que se casara. El rey de Francia se comprometía a pagar una importante dote a la novia, además de un riquísimo ajuar. Blanca nunca deseó el matrimonio, al que llegó obligada, ya que era consciente de que Pedro tenía amores con doña María de Padilla.

Se celebró la boda, y el rey pasó sólo dos días con su esposa. Luego, abandonándola, huyó en secreto a encontrarse con su amante, contra los consejos de su madre y del valido. Consiguieron ellos que volviera otros dos días con Blanca, pero Pedro ya desconfiaba de su madre y llegó a aborrecer a Alburquerque, que tuvo que huir a Portugal con otros caballeros. El matrimonio no volvió a convivir, quizá porque el rey de Francia no cumplió su promesa acerca de la dote.

A Enrique siempre lo apoyaría su madre, Leonor de Guzmán, y a Pedro la suya, María de Portugal. Los bastardos trataron de congraciarse con el rey, su medio hermano, y lo consiguieron. Pero la reina madre, siempre celosa, hizo encerrar a doña Leonor en una sala del alcázar, no pudiendo recibir más visitas que las de su hijo Enrique. No obstante, doña Leonor se encargó de casar en secreto a Enrique con doña Juana Manuel de Villena, hija de don Juan Manuel, el noble más poderoso del anterior reinado. Además de guerrero era un gran escritor y poeta, y entre sus obras destacaba el libro del Conde Lucanor.

Enojados doña María y el rey, condujeron a doña Leonor a prisión, mientras Enrique huía a Asturias. Leonor fue estrangulada en el alcázar de Talavera de la Reina, no sin antes sufrir maltratos, vejaciones, cárcel y tortura. Después de su muerte, la reina madre repartió todos sus bienes entre los asesinos, lo que desató una verdadera guerra civil.

Doña Blanca, por su parte, fue enviada al alcázar de Toledo, donde su esposo la sometía a grandes privaciones. Allí, los toledanos se alzaron a su favor, tomando las armas contra el rey.

Luego, doña Blanca estuvo presa en Medinasidonia. Pedro dio orden a su guardador, el alcaide, para que le dieran veneno en la comida; pero él se negó, y otro servidor cumplió los deseos del rey. Unos decían que fue asaeteada por un ballestero, y otros que murió por unas hierbas que el médico le prescribió.

La reina madre, convencida de la maldad de su hijo se retiró a Évora, en Portugal, donde murió al poco tiempo. Trasladaron sus restos a Sevilla y la enterraron junto a Fernando, su pequeño fallecido.

Pedro tuvo una segunda esposa ilegítima, doña Juana de Castro, a quien

llamaban La Desamada. Para que se efectuara el matrimonio, los obispos declararon nulo el de Blanca de Borbón. En su palacio de Cuéllar, en Segovia, celebraron su banquete de bodas.

En aquella ocasión iba don Pedro vestido de armadura, cota de malla y manto con flores de oro sobre fondo azul. Se había hecho acuñar en Sevilla una dobla de oro para conmemorar la boda, pero el rey abandonó a Juana pocos días después. A cambio, le otorgó el señorío de Dueñas, donde vivió hasta su muerte, firmando todos los documentos como la *Reina de Castilla*. Ambos tuvieron un hijo, don Juan, que no llegaría a reinar.

El rey convocó Cortes en Sevilla, donde declaró inválido su casamiento con doña Juana. Según testificó, antes se había desposado con María de Padilla, a quien declaró reina de Castilla y León, y herederos a los cuatro hijos que tuvo con ella: un varón, Alfonso, y tres hijas llamadas Beatriz, Constanza e Isabel.

Además, Pedro amó a otras muchas mujeres. Mantuvo relaciones con doña Aldonza Coronel y quiso seducir a su hermana, María Coronel, quien se refugió en un convento. Para librarse del acoso real llegó a abrasarse el cuerpo con aceite hirviendo, para que las llagas la desfiguraran, lo que la hizo padecer grandes dolores el resto de su vida.

María de Padilla falleció de muerte natural en el alcázar de Sevilla, posiblemente de la peste; Pedro la lloró mucho, pues fue su gran amor. El pueblo la tildaba de bruja, y aseguraban que en cierta ocasión su cinturón se había convertido en una serpiente venenosa.

En su palacio de Sevilla, Pedro ordenó llamar a don Fadrique, hermano gemelo de Enrique, que era maestre de Santiago. Allí, sin perder la sonrisa lo hizo asesinar por sus maceros. Según decían, su sangre quedó incrustada para siempre en el pavimento del alcázar. Se organizaron luego grandes fiestas en Tordesillas, donde el rey mandó matar a los caballeros de la servidumbre de Fadrique.

Tras haber hecho morir a doña Leonor, la favorita de su padre, declaró a los bastardos traidores y rebeldes, por lo que ellos se le rebelaron, asolando la tierra de Campos y otros lugares de Castilla. En represalia, Pedro ordenó la muerte de otros dos hermanos de Enrique.

Don Tello había huido a Francia y Juan Alfonso, que sólo tenía dieciocho años, quiso seguirlo; pero fue asesinado también, y arrojado su cuerpo a la calle. Más tarde, el rey no tuvo reparo en deshacerse de Pedro, el menor, que aún no había cumplido los quince. No contento con esto, hizo lo propio con la esposa de Tello.

Ejecutaba por sospecha, sin juicio. A su servidor Garcilaso lo hizo decapitar y echó su cadáver en la plaza de toros donde los animales los despedazaron en su presencia.

A un fraile, que le hizo una profecía adversa, lo mandó quemar vivo. Se trataba de un sacerdote que le pronosticó que Enrique lo mataría con sus propias manos.

La primera Guerra civil castellana ocurrió dentro de la guerra de cien años que libraban Inglaterra y Francia. Se produjo entre los partidarios de Pedro y los de Enrique, su medio hermano bastardo.

En un principio, don Juan Alfonso de Alburquerque fue el cabecilla de la rebelión. Aunque había sido favorito de Pedro durante la primera etapa de su reinado, más tarde cayó en desgracia ante el monarca. Cuando él murió, Enrique se convirtió en jefe de los sublevados y decidió invadir Castilla. Ambos ejércitos se encontraron en el pequeño pueblo de Nájera, en La Rioja; allí, rotas las lanzas, tuvieron que echar mano de las hachas y espadas. El bastardo se apoderó de Nájera, pero su hermano la reconquistó, recobrando el poder.

Enrique sobrevivió y tuvo que huir a Aragón, camino de Francia. Mientras el rey, sediento de sangre, hizo matar a todos los hombres que había tomado prisioneros.

Poco después Enrique se alió con las Compañías Blancas, un terrible ejército francés mandado por Beltrán Du Guesclin. A Enrique lo apoyaba la nobleza y a Pedro el pueblo llano, que lo apodaba *El justiciero*, a diferencia de los nobles, que lo llamaban *El cruel*.

Pedro contaba con un gran ejército de castellanos adictos, portugueses y moros, que se nombraban a sí mismos *pedristas*. También los judíos defendieron su causa. Además, tenía la ayuda de Inglaterra, con el Príncipe Negro.

En la batalla de Montiel, Enrique fue apoyado por Du Guesclin. Aunque la contienda terminó con una contundente derrota del bando de Enrique, cambiadas las tornas y vencido don Pedro tuvo que refugiarse en el interior de su fortaleza.

El castillo había sido construido donde existía antes una importante alcazaba. Se fortificaron las antiguas atalayas y torres y se dedicaron los mayores esfuerzos a mejorar las defensas. Pero cuando Pedro llegó, dicen que vio escrita en la torre del homenaje una leyenda que decía: "Ésta es la torre de la estrella". Cuando la leyó se vio perdido, porque le habían vaticinado que en la torre de la estrella tenía que morir.

Embaucado por Beltrán Du Guesclin, que le había prometido la fuga, Pedro se confió; pero el francés, en lugar de conducirlo a campo abierto lo dirigió a su campamento. Allí lo prendió, junto a los caballeros que lo acompañaban, y lo llevó a la tienda de Enrique.

Enrique entró, completamente armado. Una vez frente a frente, ambos hermanos se atacaron y rodaron por el suelo. Sabido es que Pedro, como más fornido cayó sobre Enrique y se dispuso a rematarlo; pero Du Guesclin tomó al rey de los pies y lo hizo caer, colocándolo abajo. Ya Enrique encima de su hermano, lo apuñaló con saña,

mientras Du Guesclin pronunciaba las famosas palabras:

“No quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor”.

De esta forma terminó la vida de Pedro, que había reinado durante casi veinte años. Enrique le cortó la cabeza y la arrojó a un sendero, mientras el cuerpo yacía, degollado, sobre un charco de sangre. Un soldado presentó su cabeza hincada en una lanza ante todos y, colocando el cuerpo mutilado entre dos tablones de madera, lo colgó en las murallas del castillo de Montiel. Al verlo, sus ocupantes no tardaron en rendirse.

Las Compañías Blancas dejaron mal recuerdo en Castilla, por su ansia inagotable de botín. Enrique premió con largueza al francés, concediéndole el título de condestable de Castilla. Además de repartirles más de veinte mil doblas de oro, colmó a los franceses de abundantes recompensas y honores.

El bastardo fue coronado rey como Enrique II. Sería el primero de los Trastámara, nombre que había recibido de un conde que lo adoptó en su niñez, y entre sus descendientes estaría la reina Isabel de Castilla.

RELATOS MEDIEVALES DE INTRIGA



CUENTO DEL CABALLERO.

UN CADÁVER JUNTO AL MOLINO.

Eran dos horas después de tercia, y una antes del mediodía, un miércoles de primeros de mayo del año de 1367. Antes de llegar a la última cuesta el caballero, a quien seguía su escudero, hizo un alto para otear el terreno. El hombre no representaba los cincuenta años que tenía y era alto y delgado, pero muy vigoroso. Tenía un noble perfil, y llevaba el cabello castaño en corta melena sobre los hombros. Sus ojos eran profundos y oscuros, un tanto melancólicos. Lucía una recortada barba entrecana y vestía de negro.

Se trataba de don Juan López de Ayala y era descendiente de una antigua y aristocrática familia. Desde niño recibió una completa educación de manos de su tío, de quien era heredero, ya que perdió a sus padres en su primera niñez. Fue adiestrado en las leyes de la Caballería y el ejercicio de las armas, el arte de la caza y la cetrería, y había dado desde su juventud muestras de gran valor, y de una notable inteligencia. Esas cualidades hicieron que estuviera muy cerca de los dos reyes a los que sirvió, lo mismo en tiempos de paz como durante las continuas guerras que se sucedieron.

Con diecisiete años dejó la tutela de su tío, para ponerse a las órdenes del rey Alfonso XI, quien lo tomó como paje o doncel. Pronto se ganó el aprecio del monarca, que confiaba plenamente en él y que, llegada la edad reglamentaria, lo armó caballero. De esta forma, a las órdenes de Alfonso, luchó tanto en la frontera con los moros en

Andalucía, como contra el rey de Aragón. Más tarde lo haría a favor de su hijo, el heredero don Pedro, y en todo momento se distinguió por su lealtad y valentía.

Dos años después se casó con una bella joven de dieciséis años llamada Leonor, y no tardaron en tener su primer hijo, un varón que llamaron Gonzalo. Siendo soldado con Alfonso participó en todas sus campañas militares, e incluso estuvo preso de los moros en varias ocasiones. Una de las veces en que cayó prisionero, encadenado y cubierto de heridas fue encerrado durante varios meses en una jaula de hierro, hasta que el rey lo rescató por veinte mil doblas de oro.

Durante el cerco a Gibraltar fue testigo del fallecimiento del monarca, cuando murió contagiado de la peste negra que había hecho estragos en Europa. Morían hombres, mujeres y niños: el monje en la abadía, el terrateniente en su granja, el señor en su castillo y el villano en su choza de cañas y barro.

Ninguno se curaba y todos fallecían de idéntica muerte: la enfermedad se presentaba con grandes forúnculos, fiebre delirante y manchas negras, de las que tomó nombre aquella peste. Los muertos se pudrían al aire libre junto a los caminos, porque no había quien los enterrase. En algunas aldeas no quedó una sola persona con vida.

Los nobles también habían muerto a docenas. Ni las altas torres ni los profundos fosos pudieron impedir el asalto del funesto atacante, que acabaría con sus vidas.

Por otra parte, algo estaba cambiando en aquella sociedad. Pues, como consecuencia de lo ocurrido, era mucha la tarea que había que llevar a cabo, y pocos los hombres que quedaban para realizarla. Esos pocos no podían estar sometidos como antaño, sino que tenían que ser libres, imponer sus propias condiciones y actuar del modo que quisieran. El trabajador del campo ya no sería un esclavo, y el siervo rompería sus ligaduras ancestrales.

La miseria y la ruina habían alcanzado a todas las familias. Los ganados estaban muertos, las cosechas sin recoger, las tierras sin labrar... Los ricos, que en tiempos habían sido dueños de todo, se empobrecieron en gran manera y la clase de pequeños hidalgos quedó completamente arruinada. Vinieron malos tiempos para muchas casas solariegas, y lo mismo para los torreones y castillos.

Al ser coronado el heredero, pronto don Juan López de Ayala pasó a su servicio. Por entonces la esposa de don Juan dio a luz a una niña, a quien llamaron Catalina, cuando la madre acababa de cumplir los veinticuatro años.

Por suerte, el caballero no había perdido su vieja casa solariega. Sobre el río serpenteante y de los verdes prados se alzaba su torre cuadrada, no lejos de los muros de un severo monasterio almenado, cuyas campanas sonaban día y noche. Él siguió al servicio de don Pedro, como había jurado, siendo testigo presencial de terribles acontecimientos y sin poder evitarlos, sintiéndose cada vez más espantado de los hechos que se sucedían.

Cuando Catalina cumplió los diez años fue prometida a un ilustre caballero inglés;

y, seis años después, Gonzalo fue armado caballero. Éste, ante la evidente crueldad de Pedro, optó por enrolarse en los ejércitos del rey de Inglaterra, que era aliado de Castilla. Por entonces nació el hijo menor de don Juan, Ferrando, el último que tendría el matrimonio. Ausente su marido, para aliviar su soledad la dama se entretenía llamando a sus halcones con señuelo, y adiestrando a los alanos y perros de caza, que compartían con la familia el gran salón con piso de tierra de la casa solariega.

Cuando se consideró que Catalina tenía ya edad para contraer matrimonio, se celebraron las nupcias, viajando ella hacia Inglaterra para reunirse con su esposo.

Mientras Pedro, en tierras castellanas, era derrotado y expulsado del trono por su hermanastro Enrique. Muchos de sus partidarios volvían a casa renqueando, medio desnudos, desnutridos y cubiertos de barro. Nuestro caballero seguía prolongando sus ausencias para luchar a su lado y, de esta forma, la esposa quedaba sola en su castillo, junto a su pequeño que iba a cumplir seis años.

Las revueltas en Castilla se sucedían, y a su amparo medraban las compañías de malhechores que incendiaban aldeas, asesinaban a los hombres y violaban a las doncellas, atacando incluso a las más ilustres familias dentro de sus palacios y castillos. Así fue como, un malhadado día, un grupo de rebeldes asaltaron la residencia de don Juan; y ante el horror de la impotente madre se llevaron a Ferrando con ellos, dispuestos a exigir un elevado rescate a cambio de su libertad. Y aunque la dama logró conseguir de sus parientes la desorbitada cantidad, como respuesta a su esfuerzo no recibió más que el cadáver del pequeño, al que habían quitado la vida con saña, pese a su tierna edad. Desde entonces la solitaria madre, reconcentrada y agresiva, no cruzó una palabra con nadie ni se movió de sus habitaciones.

En tanto, Pedro el Cruel había vuelto a ocupar el trono. Llegó un momento en que don Juan no pudo soportar las crueldades del rey. Horrorizado por las sanguinarias venganzas que emprendía contra sus enemigos, -acababa de asesinar al arzobispo de Santiago-, y enojado como tantos otros nobles al no ser compensado por los gastos de la guerra, decidió volver a su casa para hacerse cargo de sus tierras.

Nunca hubiera imaginado lo que lo aguardaba allí, ni que hubieran asesinado a su hijo mientras él estaba luchando. Cuando la joven señora lo recibió, su errante mirada estaba llena de ira y de reproches. Y, para más desgracia, aunque el caballero extremó sus diligencias, nunca halló al culpable de la execrable muerte. Fue incapaz de castigar a los responsables del crimen, lo que le causó una gran consternación. Además sentía culpa, no sólo de haber abandonado a su familia, sino por haber ayudado en sus dudosas campañas a Pedro, el segundo rey al que había servido.

Los acontecimientos que vivió desde entonces fueron desastrosos. Meses después la infortunada madre, rota de dolor, apareció muerta al pie de las murallas del castillo. Al parecer, no pudo soportar su aflicción y ella misma acabó con su vida. De esta forma terrible, don Juan se quedó solo. Iba a cumplir cincuenta años, y no dudó

en tomar la decisión de retirarse de la guerra y de los campos de batalla. Juró combatir a los malhechores y dedicarse en adelante a luchar por establecer la justicia, según los ideales caballerescos que había asumido en su juventud. En ese punto comenzaría a vivir sus historias.

Un año más tarde moriría Pedro a manos de su hermanastro Enrique.

Su vivienda solariega estaba situada en la comarca del Aljarafe, a pocas leguas de Sevilla y a orillas del Guadalquivir, cerca de la ruta de la Plata que era uno de los caminos principales de peregrinación a Santiago.

No lejos se hallaban las ruinas de la ciudad romana de Itálica. De esta época se conservaba el puente romano de Aznalcázar, que comunicaba con Huelva, y sus ruinas estuvieron surtiendo de mármol las obras realizadas en la vecina Sevilla durante varios siglos. Desde aquí se habían exportado vino y aceite a Roma, y a otras ciudades del imperio.

El nombre de la comarca procedía del árabe, y significaba *elevación*. Allí el terreno estaba formado por colinas suaves, con poca altitud sobre el nivel del mar. Lo cruzaban algunos arroyos, con crecidas y desbordamientos torrenciales en época de lluvias, y casi siempre secos en los calurosos veranos. Durante la época musulmana había alcanzado un gran desarrollo, ya que se trataba de una región de gran riqueza agrícola, por su cercanía con el Guadalquivir y su afluente el Guadiamar.

Estaban en plena primavera, y hacía muy buen tiempo. El caballero había viajado mucho y recorrido medio mundo en su juventud, pero debía aceptar el hecho de que su energía ya no era la misma. A pesar de disfrutar de una espléndida madurez, se sentía demasiado cansado como para tomar parte en más contiendas. Su padre y su abuelo habían vivido en la comarca, y cuando era niño él mismo jugaba en aquellos campos abiertos. Y, aunque sus propiedades eran numerosas y podía dedicarse a la caza y a los placeres de la mesa, su temperamento lo seguía inclinándolo a otros quehaceres: en realidad, trataba de servir a la comunidad, intentando descubrir y apresar a los culpables de cualquier delito, a fin de erradicar, en lo posible, el crimen en la comarca. Conocía a fondo las leyes y se había convertido en un observador perspicaz.

Aparecía bronceado y con excelente aspecto. Su rostro revelaba un fuerte carácter; sus vigorosas manos estaban surcadas de gruesas venas y lucía una sortija de oro en el dedo anular. Montaba ahora un caballo con muy buena planta, y se sentía fresco y relajado. El animal era de color castaño claro, con las crines y la cola de un matiz más tostado. Llevaba la cabeza alta, las orejas erguidas, las crines alzadas, pues no en vano era hijo de un caballo español y de una yegua de pura sangre árabe. El caballero continuó avanzando durante unos minutos, y un poco más adelante se giró en su montura para dirigirse a Beltrán, su escudero. Apreciaba mucho al joven, lo

consideraba un compañero ideal de viaje y lo trataba como a un hijo. El hombre dirigió la mirada hacia las turbias aguas del río.

-Iremos por ahí -señaló.

El muchacho había venido cabalgando en silencio, siguiendo a su amo, montando un potro de andares desgarbados y de largo pelo. Llamaba la atención su gallardía, sus hermosas facciones, su porte y la firme mirada de sus ojos verdosos.

Su túnica sencilla, de color morado y ceñida con un cinturón de cuero, le daba un aspecto de austera elegancia. Asintió.

-Está bien, mi señor.

Aunque no era muy alto, se trataba de un mocetón fornido. Unos mechones de cabellos rizados y rubios brotaban de su gorro, y una pluma de águila blanca, sujeta con un broche dorado, daba una nota de gracia en aquel exterior severo. Sus manos eran fuertes y ágiles.

Los trayectos duraban desde la salida del sol hasta la puesta, así que había que proveerse de lo necesario para comer y beber. A media mañana el escudero había sacado la bolsa de vituallas, que solía contener alimentos en abundancia para ambos. Comieron pan y carne salada regados con cerveza.

El viajero que partía para tierras extrañas tenía que llevar todo su dinero encima, ya que viajar con la bolsa llena ayudaba a paliar los rigores del camino y allanar los tropiezos. Colgada del cinto traía el caballero una escarcela, pendiente de fuertes correas, para que los atracadores y rateros no pudieran cortarlas con facilidad.

A última hora había cambiado la dirección del viento y las alondras volaban muy alto por encima de sus cabezas. Nunca viajaban al galope, ni siquiera al trote. Se detuvieron a llegar al puente; el camino era fácil, bastante llano y cubierto de hierba, y el sendero los llevaba hacia un valle donde había un molino. Algunas vacas estaban tumbadas al sol y varios cerdos negros iban y venían en libertad.

Allí fue donde encontraron el cadáver de un joven. Estaba caído, con la mirada helada en sus ojos abiertos y azules.

Ya antes el caballero había visto muertos, demasiados muertos, y había sido testigo de terribles mutilaciones. Pero lo que halló en este lugar fue una verdadera carnicería.

Desmontó del caballo y estuvo estudiando de cerca a la víctima: era un varón de unos veinte años, y sus ojos estaban desencajados en el rostro lívido. Se fijó en que tenía las manos limpias y cuidadas, y una cicatriz en la mejilla derecha que parecía antigua. Su boca estaba abierta y le habían seccionado la lengua casi desde su raíz: lo poco que quedaba era una masa ennegrecida.

-Lo han golpeado en la cabeza, seguramente con una piedra -observó. -Después lo han apuñalado, al parecer con un machete, y por fin lo han degollado -añadió, inclinándose sobre el cuerpo abatido. -Y, según parece, le han cortado la lengua.

Casi todo lo que sabía lo había averiguado a través del atento examen de muchos cadáveres. Recorrió con la mirada la figura hundida a medias en la hierba: el muchacho era de complexión delgada, y vestía una túnica sin mangas. El cabello oscuro pegado al cráneo hundido permitía ver el cuero cabelludo, y tenía una larga herida en el cuello, que casi le había seccionado la garganta. Además, pudo ver que tenía varias más superficiales en la espalda y el tórax.

Frunció el ceño, en un esfuerzo por comprender lo que significaba todo aquello.

La capa corta que vestía el caído, su cuchillo de caza con vaina de cuero, la bandolera en la que llevaba sujeto un cuerno de bronce, las botas de suave piel de gamo saltaban a la vista. Descubrió que había restos de un polvillo blanco en sus ropas, y en un examen más detenido pudo advertir adherido a su capa un par de cabellos largos y rojizos. Estuvieron buscando el arma del crimen, pero no la encontraron, aunque sí un guante de fina gamuza gris, que el señor guardó en el cinto.

-Sin duda, ha muerto durante la noche -pronunció en voz baja.

Después de haber registrado a fondo los alrededores, sin hallar nada más, el caballero sacudió la cabeza.

-Hay que ir al pueblo, y preguntar a los vecinos -indicó. -Alguien ha tenido que ver alguna cosa que nos lleve hasta el criminal.

Desde la cercana localidad de Santiponce, los campesinos viajaban para vender sus productos en las ferias y mercados locales. Realizaban trayectos cortos, normalmente hasta la villa más próxima; su calzado aguantaba poco las largas caminatas, por lo que muchos viajaban descalzos. Aún así el camino estaba muy hollado, con la hierba aplastada en bastantes lugares.

El ritmo de vida dependía de las horas de luz y el tiempo era medido por las campanadas de la iglesia que sonaban cada tres horas, cuando los clérigos debían acudir a sus rezos. El alguacil y sus subordinados habían colocado a la entrada del pueblo varios blancos y dianas para los arqueros, ya que todos los hombres estaban obligados a realizar prácticas de tiro por orden del rey.

La salida del sol daba inicio a la jornada laboral que concluía con el anochecer, siendo más larga en verano y más reducida en invierno. Las gentes del lugar habían madrugado para acudir al mercado que se instalaba en la plaza mayor, y almorzaban en torno a las humeantes sartenes de buñuelos. Don Juan hizo girar su caballo para quedar frente a un grupo, y todas las cabezas se volvieron para mirarlo. Estuvo observando a los campesinos y vecinos del pueblo, que a su llegada intercambiaron entre sí miradas recelosas.

-Necesito hablar con el alcalde -dijo, en voz alta que todos oyeron.

Los hombres y mujeres permanecieron en silencio durante unos segundos. Como

si aguardara su llamada, de una calleja salió un hombre vestido con una sobrevesta parda. Tenía la nariz rota y una gruesa cicatriz cruzaba su mejilla izquierda.

-Acompañadme, señor, -indicó. -Yo soy el alguacil y os llevaré con él. -El forastero lo observó un momento.

-Es urgente -le dijo, y descabalgó de un salto. Luego se dirigió a Beltrán: -Tú espera aquí -ordenó.

-No me moveré - asintió el joven con un gesto.

Los tejados eran pardos y negros, y una cigüeña planeaba lentamente por encima de las pobres casuchas. Una mujer que llevaba un cántaro, al verlos los siguió con la mirada. El caballero avanzaba resueltamente, espada en mano, y atravesaron el pueblo hasta un edificio de dos plantas. Al llegar a la puerta de la casa, el alguacil dio unos fuertes golpes con el aldabón, hasta que consiguió que le abrieran.

Entonces apareció el que debía ser el alcalde, un sujeto de baja estatura con el pelo de color arena. El sol había dado a su piel una tonalidad de langosta cocida.

-¿Qué se os ofrece? -preguntó con voz ronca.

El recién llegado se adelantó un paso.

-Han asesinado a un muchacho cerca del molino -dijo con firmeza, y añadió en tono más afable: -Dado que sois la autoridad... procede que os hagáis cargo de la indagación, y de la víctima. -El alguacil que lo acompañaba bajó la mirada con gesto devoto.

-Habrá que recoger al muerto, y darle cristiana sepultura -murmuró entre dientes.

El alcalde parecía asombrado. No obstante, entró en el edificio a dar las órdenes pertinentes.

-Y que todo se haga con rapidez -ordenó.

Luego se volvió al visitante.

-¿No tenéis idea de quién pueda ser? -El aludido se encogió de hombros.

-Espero que vos me lo digáis.

Después de llevar a cabo algunas diligencias, el alcalde montó en un viejo potro, y se hizo preceder de Beltrán, que le mostraba el camino. Los seguía el caballero, y un poco más atrás cabalgaba el alguacil, seguido por un grupo de gente del pueblo, formado por una pandilla de muchachos, unos pocos hombres y algunas mujeres. La gente se asomaba para contemplar la comitiva.

La noticia había corrido de boca en boca, y todos querían ser testigos de lo ocurrido. El alcalde se creyó en la obligación de mostrar su autoridad.

-Todos atrás -indicó con voz de mando. -Y, desde luego, que nadie se acerque al cadáver.

Desde un recodo del camino, pudieron ver al joven que seguía tumbado en la hierba, y algunas moscas que zumbaban alrededor. El alcalde aspiró hondo.

-No puedo creerlo -dijo, moviendo la cabeza. Don Juan se volvió.

-¿Lo conocéis? -Él arrugó el ceño.

-Por supuesto que sí. Es Martín, el dueño del molino.

-¿Tan joven? -Él asintió con un gruñido.

-Es él, seguro, el hijo del antiguo molinero. Los dos muy buena gente, muy trabajadores... -afirmó sin dudar. -Una familia acomodada, pequeños hidalgos que se han enriquecido con la harina -Se detuvo un momento. -El padre murió hace poco, y él había heredado el negocio...

Según comentó alguien, a ningún caminante le faltaron nunca en el molino una silla y un pedazo de pan.

-Es cierto, a mí me auxiliaron en un apuro que tuve -dijo un hombrecillo de mejillas hundidas.

El alguacil intervino; sin duda, trataba de expresarse con elegancia ante tan ilustre visitante.

-El muchacho era muy considerado por todos, hasta por don Nuño, el señor de este lugar. Pero Martín había conocido a la hija del señor, y al parecer se habían enamorado -insinuó, con una risita.

Varios labriegos que se les habían unido se acercaron, y entre ellos un hombretón desgarrado que caminaba cojeando. Dijo haber visto la víspera a un arquero merodeando por el molino.

-Me chocó verlo por aquí -recalcó.

Un chiquillo dio un paso adelante. Su piel estaba curtida en un tono moreno rojizo, y en su frente brillaban gotas de sudor.

-Yo también lo vi- afirmó, muy seguro. -Estábamos jugando a pídola, y lo vi discutiendo con el muerto. -Se detuvo, indeciso. -Creo que regañaban por culpa de una doncella...

El chico, según dijo, había sido testigo de la pelea junto a varios de sus compañeros.

-¿Los viste pelear? -Los ojos del muchacho estaban casi luminosos por la excitación.

-Se lo juro, señor.

El caballero estaba pensativo. El alcalde se había inclinado en su montura y cuchicheó a su oído:

-Debe ser cierto lo que dice. Como afirma el alguacil, el muerto tenía relaciones con la hija del señor, así que pueden haberlo matado por celos...

Luego estuvo explicando que la noble familia estaba compuesta por don Nuño, el señor, su esposa doña Urraca, un hijo varón que se llamaba Enrique, y una joven llamada Mencía.

-Es muy bonita -agregó, bajando la voz. El alguacil intervino, alterado:

-El arquero es un mozo que procede de una aldea y trabajaba en el molino. Vive

en una cabaña, y duerme en un catre de campaña que le cedió un soldado... -hizo una pausa y añadió: -Siento no poder retorcerle el pescuezo...

El forastero le ordenó algo al alcalde en voz baja, y él asintió con la cabeza. Acto seguido mandó a uno de los suyos a que buscara al sospechoso, y al momento el ayudante se lanzó a galope tendido por el camino.

Esperaron un rato. Cuando el hombre volvió, traía atado de las manos a un joven que marchaba a pie, trastabillando. Todavía llevaba su arco a la espalda y una flecha en el cinto; vestía traje de lana color bermejo y se ceñía el pelo negro y ensortijado con una cinta de color escarlata. Su captor rezongó:

-Aquí traigo a esta mala bestia -dijo, levantando el puño con ira.

Al parecer, había llegado a la cabaña y, en cuanto describió la cortina, el arquero se abalanzó contra él.

-Faltó poco para que me matara -lo acusó, furioso.

El detenido jadeaba. Maldecía entre dientes, y de pronto se quedó en silencio. Un hombre se adelantó y lo agarró de un brazo. Era un viejo montero, rudo y moreno, que se dedicaba a matar alimañas en los bosques cercanos.

-Al fin te atrapan, malnacido -rugió.

Él trató de soltarse y retrocedió, tambaleándose. Luego dijo, mirando al caído:

-Ese idiota se merece lo que le ha pasado. Ojalá se pudra en el infierno.

El montero movió la cabeza.

-Tú sí que vas a pudrirte en el infierno, asesino.

El alcalde tomó la palabra:

-Ahora, vais a volver todos al pueblo. Y vosotros -les indicó a los suyos-, trasladaréis el cuerpo al monasterio para que puedan enterrarlo los frailes.

Miró a su alrededor, y se quedó observando al arquero, que trataba de librarse de sus ataduras.

-Y a éste, lo encerráis en la cárcel del Ayuntamiento, hasta que lo juzguen. Lo colgarán del cuello, si Dios no lo remedia -agregó.

Antes de su marcha, don Juan había decidido interrogar al noble, así como a su esposa y familia. Tenía que manejar el asunto con mano cuidadosa. Decidió dirigirse a la casa acompañado por Beltrán, para lo cual le rogó al alcalde que lo guiara con dos de los suyos. Ambos subalternos vestían mantos pardos y avanzaban a pie, siguiendo al jefe, que montaba a caballo.

Se cruzaron con los que volvían del mercado que iban también a pie, con el sombrero ancho y un buen capote, y transportaban sus enseres y mercancías en las alforjas de los caballejos. Algunos monjes y clérigos se desplazaban a realizar compras para la catedral o la abadía. De cuando en cuando, varias cruces y horcas se encargaban de anunciar al viajero que en aquel lugar se aplicaba con rigor la justicia.

Al fin vieron por entre los árboles, al otro lado del río, la torre gris de la casa solariega. El sol calentaba ya, y soplaba una leve brisa que levantaba el polvo del camino.

Don Nuño vivía allí con toda su familia y criados. Su feudo estaba dividido en tierras que trabajaban sus siervos durante tres días a la semana, como pago a la protección que él les daba. Los siervos vivían, en general, en caseríos o aldeas que estaban en su demarcación, y muchos no abandonarían el lugar en toda su vida.

El señor designaba a los jueces en sus territorios, y nombraba a los alcaldes para que en su nombre administrasen justicia.

Las nuevas construcciones en que residía la nobleza eran de aspecto menos imponente que unos años atrás, pero ofrecían más comodidades. Eran grandes viviendas, parecidas a las casas solariegas de los terratenientes, y carecían de todo sentido militar.

Al llegar ante la entrada todos se detuvieron, mientras llegaba sus oídos el ladrido de varios perros que estaban en el interior. Dieron varios golpes a la puerta y aguardaron pacientemente, hasta que después de unos minutos se entreabrió el portón y asomó una cabeza. El alcalde gritó, adelantándose:

-Este caballero es don Juan López de Ayala y desea visitar a don Nuño, y a toda su familia.

El mayordomo terminó de abrir y les lanzó una rápida mirada.

-He oído hablar de él -dijo con respeto. -Podrá ver a los padres, pero el hijo no está.

Unos sirvientes se acercaron para llevarse los caballos. Mientras, ellos cruzaron un patio con el suelo cubierto de verdín; pasaron ante las construcciones dedicadas a los criados, las cocinas y las despensas, que al igual que las cuadras consistían en una fila de sobradillos con tejados en pendiente, en la parte posterior del edificio principal.

Allí vivían, desde el último paje al viejo halconero que había acompañado al abuelo del señor, el ya jubilado juglar, el cocinero y otros supervivientes de épocas de mayor abundancia, que seguían aferrados a la vieja mansión. Don Juan iba tomando buena nota de todo cuanto veía.

Al pasar junto a la caseta de los perros, algo llamó su atención: parecía un trozo de carne seca y ennegrecida, y se estremeció pensando que podía ser la lengua mutilada del muerto.

Atravesaron un pasillo angosto que olía a humedad. La vivienda era de dos plantas; su armazón estaba formada por gruesas vigas de madera, y los huecos que quedaban entre ellas iban rellenos con bloques de piedra. Una escalera exterior conducía a los distintos dormitorios de la planta alta.

En la baja había solamente dos habitaciones, y la más pequeña servía de cámara para la señora, doña Urraca. La otra estaba destinada a salón, y consistía en una pieza

de grandes dimensiones, que hacía las veces de cuarto de estar de la familia y de comedor general, para ellos y el pequeño grupo de criados y servidores.

Allí, a la hora indicada y en una mesa de grandes dimensiones, habían dado todos buena cuenta de su almuerzo, un guiso a base de nabos en rodajas y pescado a la sal, regados con vino y cerveza caliente.

El caballero entró con paso firme, seguido de los otros. La sala era ancha como una iglesia, y el techo estaba cruzado de parte a parte por gruesas vigas de roble. Había en un extremo cotas de malla de modelo anticuado, varios escudos, uno o dos cascos lleno de roña y de golpes, duelas de arcos, lanzas, armaduras, cañas de pescar y otros utensilios de guerra y de caza. En uno de los rincones se veía una alta percha de mimbre sobre la que estaban encaramados dos magníficos halcones que permanecían silenciosos e inmóviles, salvo cuando sus feroces ojos amarillos se movían parpadeando.

Por encima del espacio dedicado al hogar, se distinguían los escudos de varias familias enlazadas por la sangre o por los matrimonios. Dos fanales ardían a uno y otro lado, proyectando su luz sobre la sala.

Don Nuño los recibió de pie, junto a la gran chimenea apagada. Era un hombre mayor que, según decían en el pueblo, donaba generosas limosnas. Era gordo, colorado, y sus ojos estaban desprovistos de brillo.

-Podíais haberos anunciado con tiempo -gruñó.

No parecía dispuesto a hacer ninguna concesión, y el caballero sospechó que debía ser un amo cruel. Podía ser despiadado con sus enemigos, y hasta con su mujer y su familia. El dueño de la casa debió leerle el pensamiento, y al cabo de un momento rompió el silencio con voz grave:

-¿Qué os trae por aquí? Lo siento, pero tengo demasiado que hacer. Abreviad -dijo secamente.

Parecía un hombre duro de roer, pero el visitante se había propuesto controlar la situación.

-No sé si estáis informado de que se ha cometido un crimen en vuestras tierras -dijo con un ligero carraspeo. -Los ojos saltones del señor se clavaron en los suyos.

-Desde luego que conozco la noticia. ¿Y quién no? -pronunció despacio. -Pero ese asunto no me concierne en nada. ¿Qué pretendéis viniendo aquí? -añadió, altivo, pero el visitante no se amilanó.

-Señor, contáis con mi respeto, pero del mismo modo exijo respeto para mí. He venido como amigo, y mi intención no es en modo alguno la de perturbar vuestra paz... si no es necesario.

El señor recuperó un tono de voz mesurado.

-Vos diréis, caballero. Os ruego toméis asiento -indicó, dejándose caer pesadamente en un sillón. Ceceaba ligeramente, y el forastero disimuló una sonrisa.

-Con vuestra venia -se inclinó.

Estuvieron conversando un rato, hablando de las tareas del campo y el mantenimiento de las fincas. También hablaron de pesca y de caza, actividades que el señor seguía practicando. Enfrente, en la pared, había una panoplia con varias espadas y puñales. Algo en ella llamó la atención de don Juan.

-Hermosa colección -ponderó. -¿Os importa que la admire de cerca? -El anciano se removió en su asiento.

-Desde luego que no -indicó, poniéndose en pie con fastidio. -Podéis mirar lo que queráis.

Don Nuño fue hacia la panoplia, y el caballero lo siguió. Le estuvo mostrando las piezas más antiguas con evidente satisfacción, pero dijo que ya no las usaba.

-Son cosa de mi juventud. Solía enfrentarme a las alimañas sólo con un cuchillo, pero ahora me limito a utilizar el arco -dijo con un suspiro.

Estuvo contando que, en sus buenos tiempos, iba de caza en todas las estaciones del año. Según dijo, solía perseguir y matar a los animales feroces que amenazaban las cosechas, las aves de corral incluso a los campesinos.

-En cierta ocasión, volví de mi jornada de caza trayendo dos zorros, un oso, y media docena de lobos -dijo con orgullo.

El visitante asintió en silencio. Entre los puñales y cuchillos, le había llamado la atención uno muy hermoso y pulido, una bella pieza con empuñadura de plata. El señor advirtió su interés y se lo mostró.

-Pertenece a mi padre, fue un regalo del rey. -Él movió la cabeza.

-Para ser tan antiguo la hoja está demasiado bruñida, como si acabaran de limpiarla -observó, y don Nuño no disimuló su extrañeza.

-¿Qué queréis decir? -se había inclinado hacia adelante. -A veces lo utiliza un joven caballero, hijo de unos vecinos -explicó. -Es un gran luchador, y a su edad es un verdadero campeón, ganador de varios torneos. -Se detuvo un momento: -Así que el mozo está en condiciones de usarlo, por suerte para él...

-Sí, por suerte para él -admitió don Juan.

Volvieron a sentarse, y la conversación se extendió un rato más. El visitante dijo que se sentiría muy honrado si pudiera conocer al resto de la familia.

-Me han dicho que vuestra hija es muy hermosa -dijo galantemente. -Por desgracia, yo... ahora tan sólo puedo limitarme a admirar la belleza de las damas. -Don Nuño soltó una risita.

-Son cosas de la vida -dijo. -Por supuesto, en otras circunstancias hubiera admitido vuestra proposición de matrimonio -bromeó.

El mayordomo aguardaba junto a la puerta, y él le indicó:

-Haz que una doncella avise a la señora de que tiene visita -le dijo. -Espero que no se encuentre indispuesta, al menos por una vez...

Luego añadió, volviéndose:

-Aunque no lo creáis, en sus tiempos mi esposa era maestra en el arte de la cetrería. Además de capturar el ave sabía alimentarla, cuidarla, y enseñarla a obedecer a sus gestos y silbidos...

Un mozo de cocina atravesó la estancia con una bandeja: llevaba en ella una jarra de cerveza y una fuente de ternera ahumada. Don Nuño pareció complacido.

-Déjala por ahí -mostró.

Cuando don Juan salía, entraba en el salón un hombre flaco, de expresión inquieta. Era el cirujano barbero, y llevaba en la mano un estuche de cuero con afilados y caros utensilios.

En efecto, una doncella condujo al caballero hasta el aposento del fondo, que era el gabinete de la dama. Se trataba de la habitación más alhajada y lujosa de la casa, con un magnífico techo artesonado y vidrieras emplomadas.

-Es por aquí -indicó, y se retiró por donde había venido.

La oronda señora aguardaba sentada en un sillón frailer. Estaba todavía en vaporosa ropa de cama, y tendió con desgana una mano.

-¿Queríais verme? -Él hizo una profunda inclinación.

-Quería tener ese honor, señora. -Ella lanzó un suspiro.

-Ya casi no recibo a nadie... no gozo de buena salud.

-Lo lamento mucho, y agradezco vuestra gentileza -se inclinó de nuevo. -Por cierto, me ha dicho vuestro esposo que habéis sido muy hábil en la práctica de la cetrería...

La dama guardó silencio y contempló durante unos instantes las punteras de sus babuchas. No lo había invitado a sentarse.

-Y bien, ¿cuál es el motivo de vuestra visita? -Él se aclaró la garganta.

-Quisiera saber qué pensáis de... una muerte que ha ocurrido no lejos de aquí. Se trataba de un joven...

Ella lo detuvo con un gesto.

-Yo no sé nada de ningún joven, y muere mucha gente cada día no lejos de aquí, sin que me importe un bledo. Bastante tengo yo con mis dolencias...

Él la miró de frente: estaba muy gruesa, pero tenía que haber sido hermosa.

-Excusadme, señora, pero éste era un joven especial -advirtió-. Según he oído, mantenía relaciones con vuestra hija...

Doña Urraca sufrió un sobresalto. Los gastados ojos sostuvieron su mirada.

-¿Relaciones con mi hija? -dijo con extrañeza. -Vos debéis... estar loco. Os ruego que salgáis de aquí, o llamaré a los criados para que os echen a patadas -añadió enojada, y él inició una sonrisa.

-No será necesario, señora. Ha sido un placer... -le contestó, saliendo.

No osó solicitar una entrevista con la hija, pero se dirigía al patio cuando en el corredor casi tropezó con ella.

Era una muchacha de unos quince años, y tenía el pelo de un tono cobrizo. Llevaba un vestido que debía haberle costado muy caro a sus padres. El caballero recordó el largo cabello hallado en la capa del muerto, y estuvo seguro de que procedía de ella. Llevaba al cuello un colgante de oro, pendiendo de una cadena de oro también.

Él decidió no pasar de largo y conversar con la joven, que sostenía en la mano un pequeño volumen encuadernado en pergamino. Seguramente era una doncella instruida, que habría acudido a una escuela para las hijas de la nobleza y los ciudadanos más prósperos. Las monjas dirigían estas escuelas femeninas, mientras que los monjes tenían otras aparte para los varones.

-¿Puedo hablar con vos, Mencía? -solicitó. Ella le dirigió una mirada recelosa, y el caballero notó que tenía los ojos enrojecidos, como de haber llorado.

-¿Con quién tengo el honor? -inquirió la doncella.

Don Juan se presentó enseguida, y le expuso el motivo de su estancia allí. Trataba de aclarar de alguna forma la muerte del muchacho del molino, dijo. Ella pareció consternada.

-Ah, ¿es eso? -preguntó con voz desfallecida. -¿Se trata de un interrogatorio?

Se había echado a llorar, y él apoyó una mano en su brazo.

-Nada de eso, por favor -la tranquilizó.

-¿Pues, entonces?... Yo no puedo ayudarlos.

El visitante le dirigió unas palabras de aliento:

-Habéis de saber que soy vuestro amigo, que podéis recurrir a mí si lo necesitáis. Voy a quedarme en el pueblo, y trataré de descubrir lo que ha sucedido.

Ella se había recogido un mechón rebelde de cabello rojizo.

-Sé que habéis acusado de la muerte a un joven arquero. Entonces, ¿por qué no os marcháis? -Él reflexionó un momento.

-Yo no lo he acusado de nada, ha sido cosa del alcalde. -Ella lo miró, interrogante.

-¿Entonces?...

-No puedo marcharme sin estar completamente seguro -subrayó. -Y no lo estoy en absoluto.

La joven alzó ambas manos en un gesto de desaliento.

-Y, ¿qué pensáis hacer? -Él se inclinó.

-Eso ya lo veréis. Por cierto, quisiera veros sonreír. Me han dicho que tenéis una sonrisa preciosa.

Ella lo hizo con esfuerzo, y se le formaron dos graciosos hoyuelos en las mejillas.

-¿Así está mejor?

-Sí, mucho mejor. A propósito, quisiera hablar con vuestro hermano. -La

muchacha alzó la cabeza.

-Eso va a ser difícil, señor. Está ausente, lleva varios días en la ciudad... Su amigo puede confirmarlo. -El forastero se volvió.

-¿Qué amigo? -Mencía señaló el patio de armas.

-Se trata de un vecino, Rodrigo, que se ha criado con nosotros. Sale de caza con mi hermano, y son inseparables. Allí está, ¿no lo veis?

Él dio una ojeada y afirmó con un gesto.

-Os lo agradezco -dijo, con una ligera inclinación.

Ella lo vio alejarse, y se abismó en sus pensamientos. Por las ventanas abiertas al jardín se filtraba un aroma a flores silvestres.

Se trataba de un joven muy bien parecido, de unos dieciocho años, vestido con un excelente traje y una larga capa. Debía ser importada, pensó el caballero, porque los tintoreros de la región no podían conseguir un tinte rojo tan subido. Era alto, tenía anchas espaldas y unas facciones varoniles, y su melena se veía perfectamente peinada.

Aun pensando que lo rechazaría don Juan lo abordó, pero él no pareció rehuirlo. Después de presentarse sacó a colación el trágico suceso de que había sido testigo, le hizo varias preguntas, y el otro no se inmutó en absoluto. Según dijo, había pasado la noche en casa de sus padres, acompañado por dos de sus criados, y había mucha gente que podía confirmarlo. Su historia sonaba auténtica.

-¿Qué opináis vos de todo esto? -Rodrigo se encogió de hombros.

-No tengo nada que opinar -concretó. -Al parecer, el muerto iba contando a los vecinos que tenía algo que ver con Mencía, la hija de don Nuño... ¿Vos podéis creerlo? -mover la cabeza con una sonrisa. -Bien, creo que se merece que le hayan cortado la lengua.

Recordando al anciano, el caballero sospechó que no le hubiera disgustado casar al mozo con su hija. Indudablemente, debía resultar muy atractivo a las damas y peligroso para ellas, pensó, porque el diablo lo había dotado de una labia fuera de lo común.

-¿Conocéis el paradero de Enrique? -Él se quedó mirando al suelo como si estuviera buscando alguna cosa. Contestó:

-Suele ausentarse a menudo. A veces tarda días en volver, y en una ocasión lo dieron por desaparecido. Otras, lo han encontrado en extrañas circunstancias.

-¿Qué queréis decir? -Rodrigo lo miró.

-Una vez había perdido su montura, y anduvo muchas leguas a pie hasta volver a casa. No recordaba lo que le había ocurrido. - Don Juan no disimuló su extrañeza.

-¿Había perdido la memoria?

-Sí, algo así. -Él lo observó un momento.

-¿Pensáis que en esta ocasión le ha ocurrido lo mismo? -El muchacho se mostró irritado.

-Ya he dicho que yo no sé nada, no soy el guardián de mi amigo -contestó secamente. -Y ahora, si podéis disculparme... -expresó con desdén.

-Está bien, gracias.

-No hay por qué darlas, señor -dijo él, inclinándose con insolencia.

Los visitantes salieron a caballo por la puerta principal. Había refrescado un poco, y el cielo estaba surcado por nubes altas de un gris desvaído. Beltrán, el joven escudero, tenía la esperanza de hallar un albergue para pasar la próxima noche, pues sentía auténtica fobia a acampar al sereno. En general, todo el mundo tenía horror a las tinieblas, pobladas de potencias maléficas, y un miedo muy real a los bandidos y a los animales salvajes.

En cambio le encantaban los almuerzos de las tabernas, con su pan fresco y su manteca salada. Las gachas eran allí de cebada y estaban sazonadas con romero y sal, no como esas gachas aguadas que daban los monjes.

Pero las posadas eran escasas. En los caminos más importantes había hospitales que pertenecían a la Iglesia, y allí acogían a los peregrinos por un tiempo limitado, y a los trotamundos de ambos sexos que se agenciaban la vida rodando de abadía en castillo y de santuario en hospital

El caballero le preguntó al alcalde si había alguna hostería en el pueblo.

-En el centro, muy cerca de la iglesia, hallaréis un alojamiento apropiado -le aconsejó él. -Decid que vais de mi parte. Allí podréis disfrutar de buena comida y una jarra de cerveza amarga -sonrió, desdentado.

Estaba anocheciendo ya cuando caballero y escudero entraron en el pueblo. La posada fue una agradable sorpresa: se trataba de un hermoso edificio de piedra, con la fachada iluminada por un gran fanal de galera que colgaba sobre el balcón central. Un hombre obeso y barbudo vigilaba la entrada: era el posadero quien, gracias a un trabajo tenaz, se había ganado a pulso una vida aceptable. Dedicaba al ocio las primeras horas de la tarde y un día entero a la semana, el domingo, salía de caza con sus perros. Había cenado antes de la puesta del sol, según tenía por costumbre.

Al oír la presentación del caballero, el hombre se inclinó.

-Entrad, por favor. Yo mismo cuidaré de que no os falte de nada.

A continuación tomó los dos caballos de las riendas y los llevó al establo con los otros. Allí se dirigió a un empleado:

-Quítales las silla y los frenos, y dáles avena con hierba -indicó. -Luego los limpias y cepillas. Y dejo de tu mano que estén bien atendidos -terminó, dándole la espalda.

La sala de la posada era muy espaciosa y algunos grupos de hombres se habían sentado en torno a los gruesos tableros de nogal que servían de mesas. El suelo enlosado se hallaba recubierto de una espesa capa de verdes juncos, que se renovaba

todos los sábados, llevando con ellos toda la suciedad y los restos de alimentos acumulados durante la semana.

Un largo aparador de madera ocupaba un extremo de la habitación, y allí se amontonaban los platos y las fuentes. Aparte de unas cuantas mesas el mobiliario era escaso: unos bancos arrimados a la pared y algunas sillas con respaldo. En una mesita estaban desperdigadas varias piezas de ajedrez, y en un rincón habían colocado un gran cofre de hierro.

Las blancas paredes estaban desnudas. La gente fijaba postigos y claveteaba ventanas por miedo a los ladrones y, al parecer, el posadero había decidido cubrir todas las suyas menos una con tablas de madera

La comida más importante del día era la cena, y el dueño les rogó que pasaran al interior. En un rincón había una mesa iluminada por dos lámparas de aceite, y en ella platos para dos personas.

-Pronto estaréis servidos -les dijo.

La hija del amo acudió, solícita. Sobre el tablero fue poniendo cuchillos, cucharas, la sal y el cuchillo de cortar el pan. A continuación, colocó ante ellos una gruesa rodaja de pan de centeno y una humeante fuente con el sabroso guiso. Cogió el cuchillo grande y cortó lonchas de jamón, que fue apilando en las rebanadas. Finalmente, sirvió a cada uno varios trozos de carne.

-¿Preferís vino, o cerveza? -preguntó. -En la despensa tenemos cerveza, aguamiel y vino.

Beltrán la observó un momento. Pinchó una loncha con el cuchillo, y se sirvió una cucharada de col encima del jamón. Apenas había comido en todo el día, y se sentía tan lacio como una cuerda de arco mojada.

-El vino estará bien -le contestó don Juan.

Estaba rendido después de la tensa jornada, así que en cuanto acabó de cenar rogó le mostraran el lugar donde estaba su cama.

Ya la noche había cerrado y la luna brillaba entre jirones de nubes que arrastraba el viento, cuando la hija del posadero los hizo adentrarse en un pasillo saturado por el olor de habitaciones sin ventilar. Se oyó un tintineo de llaves, y de una puerta brotó un sonoro ronquido.

Pronto pudieron comprobar que sus respectivos lechos estaban cuajados de chinches. Don Juan pasó una noche intranquila, obsesionado con la idea de que habían detenido al arquero sin tener la certeza de que fuera culpable.

Al día siguiente el caballero saltó de la cama, se lavó con agua fría y se vistió. Era una hermosa mañana, y pensó que tenían tiempo para un desayuno rápido antes de abandonar la posada. Se disponía a bajar para acudir de nuevo a la casa solariega, cuando Beltrán le comunicó que un joven lo estaba aguardando fuera.

Bajó las escaleras, cruzó el salón y halló a la puerta de la casa a un muchacho, casi un adolescente, que montaba un poderoso y bonito caballo. Las bolsas bajo sus ojos denotaban cansancio y vigilia. Se estaba sacudiendo el polvo con un guante, pero no hizo intención de abandonar su montura.

-¿Sois vos, don Juan López de Ayala? -Él asintió con un gesto.

-Sí, el mismo. Y vos, si no me equivoco sois Enrique, el hijo de don Nuño, ¿no es así?

-En efecto -contestó el muchacho. -Al parecer, me estabais buscando.

-Así es. Me dijeron que os habíais ausentado.

El joven se apeó del caballo. Palmeó el pescuezo del animal para sosegarlo, antes de atarlo a una argolla de la pared. No llevaba arma alguna, pero sí un laúd, terciado sobre la espalda y sujeto por una banda de seda negra.

-Pues ya estoy de vuelta. ¿Puedo pasar?

-Por supuesto que sí -le contestó don Juan. -¿Queréis que subamos arriba? Podremos hablar con más comodidad.

Habían entrado en la sala, y el muchacho tosió un poco para aclarar la voz.

-No hace falta. Es lo mismo, estamos bien aquí.

-Hablares en aquella mesa -indicó el caballero.

El joven dirigió una mirada nerviosa alrededor. La hija del dueño estaba sirviendo la cerveza, y una perra agazapada entre los juncos mordisqueaba y quebraba los huesos que le habían arrojado. En la posada, algunos campesinos jugaban a los dados. Se jugaban el dinero, los vestidos, el caballo o la casa, y muchos perdían todo cuanto poseían.

Fueron hacia el fondo, donde había una mesa vacía con un par de sillas.

-Tomad asiento, por favor -le rogó el caballero.

El posadero estaba sirviendo vino y él le hizo un gesto con la mano:

-Traednos un par de vasos -indicó. El hombre se inclinó, solícito.

-Como gustéis, señor.

Había jarras de vino sobre las mesas, y colgadas del techo hileras de pernils, hojas de tocino, gansos salados y otras formas de carne en conserva que desempeñaban un papel importante en el servicio de la posada. La esposa del dueño recogía los vasos vacíos.

La señora era hija, esposa y madre de posaderos: alta y enjuta, de rasgos firmes, ni siquiera sus cabellos canosos borrraban su dureza.

Ellos se sentaron y estuvieron hablando en voz baja, Enrique con una mezcla de nerviosismo y recelo.

-Sé que han matado al dueño del molino, y que habéis detenido a un muchacho que trabajaba para él. -Don Juan lo observó.

-Bueno, no exactamente.

Hubo un corto silencio, y él continuó:

-Debéis ponerlo en libertad -tembloroso, se agarró las rodillas. -Él no es un asesino.

El caballero no disimuló su extrañeza.

-¿En qué os fundáis para esa afirmación? -Enrique bajó la mirada.

-Yo... quiero hacer una confesión -titubeó.

-Vos diréis.

-Yo... soy culpable de esa muerte. -Don Juan se enderezó en su silla.

-Explicáos, por favor. -Él hizo un gesto vago.

-No tengo nada que explicar. Vengo a entregarme -susurró. El hombre lo miró fijamente.

-Me cuesta creerlo. -Él se encogió de hombros.

-Si no me creéis, podéis ver la silla de mi caballo. Aún conserva la sangre del muerto.

Hubo un largo silencio, donde se oía el chocar de la loza, sobre las voces y las conversaciones. El joven estaba muy pálido.

-Ya no puedo más -sollozó. -No puedo soportar ese peso sobre mi conciencia. -El caballero apoyó una mano en su hombro.

-Vamos, calmaos. -Él aspiró hondo.

-No me importa morir, con tal de terminar -susurró.

-Las cosas no son tan fáciles -observó don Juan, pensativo. -Tendréis que hacer una declaración en regla... -El muchacho lo interrumpió:

-Yo firmaré lo que queráis.

El caballero se mordió los labios. Parecía estar muy preocupado.

-¿Cómo ocurrió todo, exactamente? -Enrique dudó un momento.

-No lo recuerdo bien -dijo, moviendo la cabeza. -Sé que había sangre en mis manos, y en los arreos de mi caballo...

-¿Estabais sólo? -Él hizo un esfuerzo por recordar.

-Creo que sí, no lo sé -titubeó. El forastero movió la cabeza.

-¿Qué arma utilizasteis?

-No lo recuerdo bien. Seguramente la tiré en el bosque... No sé.

El hombre le puso de nuevo la mano en el hombro y lo obligó a volverse.

-¿Pero, qué clase de arma era? -Él bajó la mirada.

-Me imagino que sería un puñal, no lo sé. Por favor, tenéis que creerme, no puedo aguantar más - Don Juan insistía, tenaz:

-¿Dónde le disteis muerte?

-Dicen que lo hallasteis cerca del molino... Pues allí lo maté.

La perra se rascaba la oreja detrás de un banco de madera, cerca de los dos hombres. Un curioso los estaba mirando, y el caballero bajó la voz.

-Bien, tranquilizaos. Ahora vais a tomar algo, y subiréis a descansar un rato. Parecéis agotado. -Él movió tristemente la cabeza.

-No, gracias, estoy bien.

Don Juan llamó con un gesto al mesonero y le dio instrucciones, mientras Beltrán se sentaba a la mesa con ellos. Estaba dispuesto a consumir un buen desayuno, pero tenía que guardar las formas.

-Yo me conformaría con una rebanada de pan y fiambre, además de un vaso de vino, -admitió. -Estoy en ayunas, tanto que podría tomar comunión.

El sol ya alumbraba el local, cuando la puerta de la posada se abrió, y un paje de librea apareció en el marco, mirando alrededor.

-Allí está vuestro hijo, señor -indicó.

Se oyeron voces fuera y apareció don Nuño seguido de un criado, que había sostenido las riendas del caballo mientras descabalgaba.

Enrique dio un respingo en la silla. Miraba al recién llegado como quien ve a un aparecido.

-Padre... -musitó.

La perra empezó a gruñir. Todos permanecieron en silencio mientras el señor los recorría con la mirada.

-¿Dónde está mi hijo? -preguntó en tono enérgico.

El caballero contestó:

-Aquí estamos, señor.

Don Nuño le dirigió una mirada severa, pero se dirigió hacia el joven, que se había levantado.

-¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí?

Enrique fue hacia él, se inclinó y le besó la mano. Luego volvió, y se dejó caer en la silla. La rubicunda cara del señor se sonrojó aún más.

-¿Por qué no estáis en casa?

Fue el caballero quien le contestó:

-Perdonad, pero él y yo teníamos algo pendiente -carraspeó.- Era un asunto para hablarse en privado.

Don Nuño le dirigió una mirada llena de cólera.

-¿Cómo, en privado? -casi gritó. -¡Qué desfachatez!

El joven se mordió los labios.

-Marchaos, padre, por favor -suplicó.

Don Nuño estaba a punto de estallar.

-¿Cómo decís? -preguntó en tono brusco, pero el muchacho no cedió.

-No os preocupéis por mí, este caballero me acompaña. -El padre frunció el entrecejo.

-¿Debo entender que rechazáis a vuestro padre, para quedaros con un

desconocido? Bien, no lo olvidaré.

Luego se dirigió a su acompañante:

-Vámonos enseguida -ordenó, con gesto perentorio.

Salió hecho un basilisco, seguido del criado, y la puerta tachonada de hierro se cerró a sus espaldas con un portazo estrepitoso.

Delante de la casa aguardaban dos hombres de armas a caballo. Mientras se oía el quejido ronco de los bueyes en los establos, el anciano montó su cabalgadura y la espoleó, marchando velozmente hacia el cerro gris que lo separaba de su casa.

En el salón se estaba preparando una mesa para obsequiar al ilustre huésped lo mejor posible, pues don Nuño solía invitar a comer a todo el que estuviera presente, pero en un momento la hija del posadero se encargó de levantarla. Don Juan se había puesto en pie.

-Acompaña al joven arriba, y quédate con él -le dijo a Beltrán. -Procura que descanse, y no os mováis de allí hasta que yo lo diga, ¿entendido? -Él asintió.

-Yo así lo haré, lo juro por mi madre. -El caballero se lo llevó aparte, y le dijo:

-No lo pierdas de vista. Cuida que no se ahorque de una viga. -Él asintió de nuevo:

-Podéis estar tranquilo -aseguró.

Sonaron sus pisadas mientras recorrían el suelo de madera, y ascendieron por una escalera que conducía a las estancias superiores.

Don Juan hizo que llamaran al alcalde para darle instrucciones, y se retiró con él a una cámara interior, para poder hablar tranquilos. Era un cuarto pequeño, con un catre en un rincón, donde el posadero solía retirarse a reposar las primeras horas de la tarde, o discutía asuntos de negocios en privado.

-Quiero encargáros una cosa -le dijo. -Vais a enviar a buscar a los dos criados que suelen acompañar a Rodrigo, el vecino del señor.

-Comprendo -afirmó el alcalde, y él prosiguió:

-Quiero que les deis estas monedas -dijo, entregándole una bolsa mediana. -Así, es posible que esos dos granujas digan la verdad.

-Así se hará, señor -contestó él, y don Juan prosiguió:

-Después del almuerzo, todos los hombres influyentes a excepción de don Nuño, acudiréis a la reunión que se celebrará en esta posada. Antes habréis solicitado la colaboración de los habitantes del pueblo y de las aldeas vecinas. Oiremos a los testigos, y procuraremos descubrir la verdad. -El otro inclinó la cabeza.

-¿Algo más? -El caballero frunció el ceño.

-Y procurad que don Nuño no se entere de vuestras gestiones. -Él asintió, resuelto:

-Por supuesto, señor.

Don Juan lo despidió con un apretón de manos. Cuando cruzaba el salón, el alcalde observó cómo la hija del posadero se servía jamón en un plato de madera, y la

miró en forma lasciva. Sus piernas tenían fama en la región, y desde muy joven estaba acostumbrada a los hombres que llegaban tras largas semanas de viajar sin mujeres.

-Sírreme una jarra de cerveza, por amor de Dios, me bebería hasta el agua de los abrevaderos -indicó, con un guiño.

Se la bebió de un trago y salió de la casa. Dio las órdenes pertinentes a los suyos, y en pocos minutos todos desaparecieron del lugar.

A partir de entonces, el plan se desarrolló según lo previsto. Don Juan hizo llamar a Beltrán, que estaba vigilando en la alcoba del piso superior. Enrique, al parecer, había estado descansando y despertó más sereno. Parecía aliviado después de su declaración.

-Ahora, vas a llevarlo a casa de su padre -le indicó al escudero. -Puedes dejarlo libre, no tiene nada que temer.

-¿Vais a dejarlo en libertad? - Él asintió.

-Por supuesto. Espero que se aclare todo, y entonces sabremos que ese joven es tan asesino como tú, o como yo.

El posadero salió de la cocina dando fuertes pisotones, con una enorme jarra de madera que contenía cerveza. Indicó a los parroquianos allí reunidos que tomaran asiento. Los fogones estaban en la parte de atrás, y la casa se hallaba inundada por el delicioso aroma del jamón cocido. Él se sentó en una silla a la cabecera de la mesa y le dio un largo trago a la jarra.

La cocinera salió con jarros y vasos; se pasaron alrededor de los comensales las botellas de vino y entre todos dieron buena cuenta de un jamón fresco de jabalí de los bosques y de una falda de venado.

Durante todo el almuerzo se hicieron brindis subidos de tono. La comida estaba cocinada con jengibre; alguno de los asistentes no había probado nunca el jengibre, que sólo podían permitirse los ricos.

Una sirvienta llevó de postre manzanas y queso. Luego, después de eructar sin recato, cada cual se levantó del banco y se fue a sus negocios.

Pasaron dos horas desde que se levantaran los manteles. También se habían quitado los tableros sobre caballetes, así que la habitación parecía casi desnuda.

Algunos rezagados jugaban a las cartas con aspecto aburrido. La esposa del amo había salido al gallinero a buscar huevos para hacer un budín, y su hija estaba fuera ayudando a una mujer a acomodarse en el retrete.

A la hora convenida se oyeron varios taconeos. Habían llegado las fuerzas del orden, excepto el alguacil y, por supuesto, tampoco estaba con ellos el viejo señor. El posadero corrió los cerrojos para que nadie pudiera interrumpirlos, y los recién llegados ocuparon sillas y bancos ante una larga mesa de nogal, a un lado de la estancia.

Un rato después, llegaron dos hombres que solicitaron hablar con el alcalde. Uno

de ellos era un anciano cubierto de polvo y con la barba crecida. El más joven se iba atusando el pelo corto y enmarañado. El posadero los presentó:

-Al parecer, estos dos hombres han sido testigos de una pelea de Martín, el molinero, con un tal Rodrigo que es amigo y vecino de los señores.

Todos lo miraron, y él continuó:

-Dicen que el muerto tuvo un enfrentamiento con él, porque Rodrigo estaba azotando a un criado, sin ningún motivo.

El más joven dio un paso adelante.

-Así es -afirmó con vehemencia. -Y, ante mucha gente que había, Martín lo acusó de tirano y de inútil -El alcalde se rascó una mejilla.

-¿Es eso cierto? -Los hombres intercambiaron una mirada.

-Lo juro por mi alma - manifestó el más joven, y el otro asintió.

-Es un amo violento -dijo, tartajeando. -Lleva siempre un látigo en la mano, para azotar a quien le viene en gana.

Después de tan curiosa intervención, ambos pidieron ser recompensados. Se les dio algo de dinero, y el viejo balbuceó unas palabras de gratitud.

-Ve con Dios -lo despidió el alcalde.

Luego se volvió, mirando alrededor.

-¿Hay alguien más? -agregó roncamente.

Un hombre levantó la mano. Era pequeño y contrahecho, y no había dicho una sola palabra desde que entró en la habitación. Juró que había visto merodeando por el molino al hijo del señor y a su amigo, la noche de la muerte.

-Eran ellos, seguro -indicó. -Los vi pasar a caballo, mientras yo estaba recogiendo leña. -El caballero lo observó.

-¿No viste nada más?

-Nada más, señor. Yo me fui enseguida, porque la mujer me estaba aguardando. Pero ellos se quedaron, no sé con qué intención.

Don Juan le alargó una moneda, que el otro aceptó sin rechistar.

Al cabo de un rato, frente a la casa hubo un nuevo barullo. La perra había estirado las orejas y se puso a ladrar.

-Tres mujeres han acudido a la posada y solicitan hablar con el alcalde -les informó un criado.

-Hacedlas pasar -dijo él.

Apareció una anciana encorvada, que se apoyaba en una garrota. Parecía una vieja feroz. Según alguien cuchicheó, tenía fama de alcahueta, y de dirigir con mano firme las a las mujeres que controlaba.

-¿Qué tenéis que decir? -La vieja observó un momento al alcalde y respondió con voz chillona:

-No soy yo la que tiene que hablar, sino estas dos lindas doncellas -dijo con una risita. -Vamos, adelantáos, este señor no os va a comer.

Una prostituta huesuda dio un paso adelante. No tenía que haber sido fea, pero ahora estaba pálida y ojerosa. Pareció vacilar.

-¿A qué has venido? Habla de una vez, por favor -le dijo el alcalde. La anciana meneó la cabeza.

-Aunque no lo parezca, es una chica lista. Sólo que se está haciendo vieja...

Ella no mostró haberla oído y entornó la mirada.

-Se trata del tal Rodrigo, vecino del señor -respondió.

-¿Qué pasa con él?

-En realidad, lleva una doble vida...

El hombre la miró de reojo: estaba seca por completo, con los labios pintados y empolvada.

-No me digas. Y tú, ¿por qué lo sabes?

Ella se mordió los labios.

-Muchas que yo conozco juran haberse acostado con él...

-Y tú, ¿lo has hecho? -Ella hizo un gesto soez con la mano.

-Puede que sí -le contestó.

-¿Y?...

-Un día, alardeó entre sus amigos que conquistaría a la hija de don Nuño, y se casaría con ella... -pareció terminar.

Don Juan le tendió unas monedas y ella retiró la mano.

-No hace falta, señor. No quiero ese dinero, sólo quiero ayudar.

En un rincón había una chica que no había despegado los labios, como si fuera muda. La anciana la llamó con un gesto.

-Tú, ven acá -le dijo. -Has de hablar con este señor.

La muchacha había bajado la vista. Iba demasiado maquillada para su edad.

-Yo, no...

Un segundo después, la diminuta joven estaba en el centro de la sala. Era delgada, desgarbada, pecosa. Llevaba una blusa sin abrochar, que mostraba sus pequeños senos.

-¿Tienes algo que decir? -preguntó el caballero con amabilidad. Ella cruzó las manos sobre el regazo.

-Pues verá, señor -respondió. -Yo quería decir... que el hijo del señor es, en verdad, una buena persona...

-¿Lo conoces? -preguntó don Juan, extrañado. Ella se mostraba aturdida.

-Lo conozco, señor. Pero no es lo que creéis... -Él aspiró hondamente.

-Yo no creo nada, continúa -indicó. ¿De qué lo conoces?

Ella lo miró con inquietud.

-Su vecino intentó acomodarlo con alguna de nosotras, y me tocó a mí -dijo, sencillamente. -Estuve con él, pero nada me hizo.

-Así que, ¿no te acostaste con él? -Ella denegó. Parecía todavía más pequeña de lo que era, casi una niña.

-Me convenció para que cogiera su dinero, pero no... lo hicimos. Me pareció un pobre muchacho... casi me daba pena.

Luego se quedó callada. Desde el patio llegó el nervioso relincho de un caballo. El caballero estaba serio.

-Este no es trabajo para una chica como tú -Ella alzó la mirada.

-Y, ¿qué queréis que haga? Mis padres han muerto, y tengo una hermana pequeña...

Don Juan había puesto sobre la mesa una pequeña bolsa de gamuza.

-Voy a darte algo, pero tienes que prometerme que cambiarás de vida. Irás a otro pueblo, y empezarás de nuevo. Llevarás a tu hermana contigo.

Luego hizo un gesto con la mano:

-Posadero, servid a esta joven una rebanada de pan con jamón, y un vaso de leche...

Se oyó el chirriar de los cerrojos, y la puerta se abrió de nuevo. Se trataba del alguacil, que hizo una seña a sus acompañantes para que entraran en la sala.

-Vamos, adelante -indicó.

Se produjo un silencio y los que aguardaban dentro se miraron unos a otros.

-Son los criados de Rodrigo -explicó él. -Son dos buenas piezas, y me ha costado muchísimo trabajo hacerlos venir. Insisten en que son inocentes.

Uno de ellos era un individuo alto, de barba enmarañada y vestía, al igual que el otro, justillo verde con altas botas de color marrón. Su rostro tenía una expresión cruel y su pecho estaba cubierto de vello.

El otro era también de elevada estatura. Le faltaba un ojo, y el párpado cubría la cuenca vacía. El caballero los observó a ambos.

-¿Qué tenéis que decir?

Ambos permanecieron en silencio, y él aguardó. Acarició a la perra que estaba a sus pies, y habló en tono brusco:

-Y quiero la verdad -advirtió. -¿Es cierto que estabais con vuestro amo la noche en que mataron al molinero?

No estaba dispuesto a ceder ante los dos tunantes, pero no fue necesario. El tuerto dio un paso adelante.

-Eso no es cierto, señor.

La mirada de su único ojo era fea y sombría. Iba arremangado hasta los hombros y en las axilas de su camisa se observaban grandes manchas de sudor. Hizo un amplio

gesto con las manos.

-No, señor -prosiguió. -Estábamos durmiendo, y no sabemos nada de lo que ocurrió esa noche.

Su compañero le dio la razón, asintiendo con la cabeza. Dudó un momento antes de hablar.

-Él dice la verdad. Habíamos bebido, y estábamos roncando en la cama. Nosotros no sabemos nada -insistió.

Don Juan se recostó en el respaldo de su silla. Fijó la vista en los juncos del suelo y disimuló una sonrisa.

-Luego, no podéis apoyar las declaraciones de vuestro amo -indicó ásperamente.- El de la barba parecía intranquilo.

-Así es, señor -dijo, mirándose las manos. -Él habló con severidad.

-¿Pensáis que pudo matar al molinero?

El tuerto estaba sudando. Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

-Eso tampoco podemos saberlo. No lo vimos en todo el día, y a la mañana siguiente nos amenazó con degollarnos si no le dábamos la razón en todo... -se detuvo un momento. -Ya veis, ahora no podremos volver más por la casa...

Los ojos del compañero brillaron con malicia.

-Seguro que él tuvo algo que ver en esa muerte. Quería follarse a la novia del muerto... -terminó, con una carcajada soez.

Un instante después se abrió de par en par la puerta. Había entrado en la posada un hombre voluminoso, que vestía un justillo de terciopelo encarnado y pantalón corto, todo ello lleno de manchas y pegotes de barro y arcilla. Sus zapatos, si alguna vez estuvieron lustrosos, eran ahora dos terrones de barro y cuero mojado.

Cruzó lentamente la habitación, y hubo un momento de silenciosa espera.

-¿Qué te trae por aquí? -preguntó el caballero.

Él meditó unos momentos y contestó:

-Tengo que mostraros algo, señor.

Dijo que era el guardabosque, y que se trataba de un asunto para hablarse en privado. Don Juan se había puesto en pie.

-Puedes hablar con toda libertad -afirmó. -Lo mismo el alcalde que sus acompañantes, están aquí para hacer cumplir la ley. No tengas cuidado. -Él asintió, sin mucho convencimiento:

-Está bien, señor.

El individuo, charlatán por naturaleza, comenzó declarando que aquella mañana había explorado el terreno alrededor del molino, y que al no hallar nada relacionado con el crimen decidió ampliar su campo de acción. Se dirigió al bosque, donde había encontrado una capa escondida y manchada de sangre. Cerca había unas cuevas, de cuando los romanos extraían el oro; había visto sangre en el suelo, y una piedra

manchada de sangre también.

-Todo lo hallaréis en esta bolsa -indicó, dejándola caer a sus pies.

La luz, penetrando a través de la sola ventana hacía brillar los corpúsculos de polvo que bailaban en el aire. Habían pasado unos minutos desde que el último testigo salió por la puerta y el posadero había despejado el lugar, de forma que sólo unos pocos hombres permanecían en el espacioso salón.

Se había dado orden de que soltaran al joven arquero, a quien en un principio se tuvo por sospechoso de la muerte.

Seguían allí el alcalde, al alguacil y sus ayudantes, así como el joven Beltrán, sentados ante la mesa llena de jarras y cubiletes. En el extremo más alejado estaba el caballero.

-¿Qué ha pasado en realidad? -le preguntó el edil. Él se frotó las manos despacio.

-¿Todavía necesitáis que yo os lo diga? -El otro lo miró, confuso.

-Pues... claro que sí. Y os ruego que vayáis directamente al grano -protestó, incómodo.

Varios de los presentes empezaron a hablar a la vez, y él impuso silencio con un gesto.

-Bien, me dejaré de rodeos -accedió.

Beltrán, que estaba escuchando con los codos apoyados en la mesa, tosió secamente.

-Imagino quién es el culpable, pero... no logro entender algunas cosas.

El caballero se pasó la mano por el cabello castaño, donde se advertían algunas canas.

-Lo vas a entender enseguida -indicó.

Nadie dijo nada, y él prosiguió:

-Empezaré en el punto en que el hijo de don Nuño vino a la posada en mi busca. En cuanto lo vi sacar el guante para sacudirse el polvo, supe que el culpable no era él.

Todos lo miraron, atónitos.

-Si hubiera sido culpable y lo hubiera perdido en el lugar del crimen, se habría deshecho de la pareja -siguió diciendo. -Pero no lo hizo, porque pensó que lo habría extraviado en cualquier otro lugar.

Se puso en pie y midió la estancia con sus largos pasos.

-De pronto caí en la cuenta -continuó. -Recordé algo que en su momento me había extrañado, pero en lo que no había vuelto a pensar.

Bebió un gran trago de cerveza y dejó la jarra en la mesa. Luego observó a todos los presentes.

-Al salir de la vivienda me encontré con el tal Rodrigo y hablé con él de lo ocurrido cerca del molino- recordó. -Desde el principio no vi en él más que a un joven arrogante,

cosa normal en el hijo de un terrateniente de posición social elevada, aunque no perteneciera a la nobleza. Luego, él aludió a que a Martín le habían cortado la lengua.

Hubo un momento de silencio, y él bajó la voz:

-No tenía por qué conocer aquel detalle, ya que nadie sino los que descubrimos el cuerpo lo sabíamos.

Sus ojos oscuros chispearon. De nuevo anduvo unos cuantos pasos.

-Aquel joven no era el ingenuo que yo me había imaginado -se detuvo un momento. -Para presentar su coartada me dijo que había pasado la noche en su casa, pero no era cierto.

-Y, ¿cómo lo supisteis...? -Él sonrió con acritud.

-Yo no sospeché entonces que se hubiera puesto de acuerdo con sus criados para que lo encubrieran. Pero, después de lo ocurrido até cabos, y vi que todo lo acusaba como autor del asesinato.

El alcalde hizo la pregunta que estaba en la mente de todos:

-¿Por qué razón lo mató?...

Él habló como si reflexionara en voz alta:

-Su familia posee grandes extensiones de tierras... mas no procede de noble linaje -argumentó.

-¿Y eso es suficiente?... -comenzó el alguacil. Él asintió.

-Rodrigo había convivido siempre con los hijos de don Nuño, y se había criado prácticamente en su casa. Deseaba a Mencía, y más que nada quería compartir la herencia y la nobleza del señor.

El otro había fruncido el ceño. Habló en tono pretencioso:

-Pero, ¿qué os hace pensar que mató al molinero? Pudo ser el arquero, como se dijo en un principio... -Don Juan entornó la mirada:

-Él se considera un vencedor, está bien entrenado y es valiente, y todas las doncellas lo adoran -dijo con firmeza. -Por eso no podía consentir tal desprecio.

-Así que ella lo rechazó -observó Beltrán. El caballero afirmó con un gesto.

-Se sintió muy ofendido, y se propuso no cejar hasta conseguir el corazón de la muchacha, así que decidió vengarse.

Echó una mirada alrededor y siguió, pensativo:

-Rodrigo se hace acompañar a menudo por un par de sujetos, dos vividores de mala muerte, criados de su padre, que lo apoyan en sus sórdidas aventuras.

-¿Ellos lo ayudaron a matarlo? -don Juan negó con un gesto.

-De ninguna manera, hubiera sido demasiado peligroso -explicó. -Según hemos podido observar, Enrique es un muchacho enfermizo. Al parecer sufre ataques y desmayos, y desde luego carece de voluntad.

El alcalde no acababa de comprender.

-¿Y...? -Don Juan se humedeció los labios con la lengua. Prosiguió:

-Rodrigo se aprovecha de él, proporcionándole incluso prostitutas para acabar de dominarlo.

El alcalde asintió.

-¿Pensáis que ambos se pusieron de acuerdo?... -El caballero lo miró de frente.

-No me refiero a eso, pero sí a que el culpable lo tenía todo muy bien planeado -explicó. -Una noche, ambos se dirigen paseando hacia el molino. Los dos van a caballo, acompañados por un perro de caza que pertenece al hijo de don Nuño.

Todos se hallaban pendientes de sus palabras. De vez en cuando, un hombre cruzaba el comedor con una bandeja en la mano. Un rumor de voces llegaba apagado de la cocina, y el tintineo de la vajilla que estaban fregando.

De nuevo se oyó la voz del caballero, lenta y firme:

-Entonces Rodrigo, tras de acechar entre los árboles, se percató de que Martín está de guardia. Lo llama, y cuando él acude lo persigue hasta el bosque seguido por su amigo, llevándolo cerca de una cueva donde él intenta refugiarse. Acorrala al joven, y luego desmonta y lo ataca.

El alguacil se enderezó en la silla. La perra estaba ladrando y él la mandó callar. El animal agachó las orejas y lo miró con ojos de súplica.

-El molinero trataba de huir, pero el asesino le tiró una piedra y lo hizo caer, dejándolo sin sentido -prosiguió el forastero. -Luego, aprovechando su ventaja lo degolló salvajemente, no pudiendo evitar que su capa se manchara de sangre, por lo que la escondió entre la maleza.

En la cocina volvió a oírse un ruido de platos. Don Juan se puso en pie, frotándose las manos.

-No contento con esto le cortó la lengua, echándosela al perro que los acompañaba, ante la aterrorizada mirada de su amigo -continuó despacio. -El animal echó a correr hacia la casa, llevando en las fauces la lengua del muerto.

Beltrán notó que un escalofrío le subía por el espinazo, como si de pronto se hubiera percatado de la macabra escena.

-Por Dios... Casi no puedo creerlo, pues en llegando a este lugar pensaba yo que hallaríamos gente común, a quien no podían ocurrir estas cosas... -El alcalde se mordió los labios.

-Eso puede ocurrir en todas partes -dijo con el ceño fruncido, y don Juan asintió.

-Es cierto, te irás acostumbrando.

Del piso superior les llegó ruido de muebles que se corrían. El caballero miró alrededor.

-Además, quería involucrar en la muerte a su amigo y vecino -aclaró. -Él mismo lo ayudó a cargarlo en su propio caballo, para dejar en los arreos huellas acusadoras. El muerto había perdido mucha sangre, y siguió desangrándose por el camino, así que cuando lo arrojaron a la hierba, cerca del molino, no quedaba apenas una gota en sus

venas.

El alcalde preguntó:

-Y, ¿qué ocurre con el guante que estaba al lado del cadáver? -El caballero tardó en contestar:

-Se trataba de una falsa pista, para confundirnos. Aprovechando el desconcierto de su amigo, el criminal se apoderó de uno de sus guantes y lo dejó caer cerca del cuerpo, con la intención de inculparlo.

El edil se inclinó hacia adelante.

-¿Qué ocurrió luego? -Él aspiró hondamente.

-Pienso que allí mismo los dos amigos se separan, y el vecino se marcha a casa de su padre, donde alecciona a sus dos compinches: si alguien les pregunta, han de asegurar que él no ha salido en toda la noche de su casa.

Llegaban hasta allí las voces de unos mozos, riendo. El forastero prosiguió, despacio:

-Había utilizado, como otras veces, el cuchillo del señor, y antes de devolverlo a la panoplia lo limpió cuidadosamente, para no levantar sospechas.

-Entonces, ¿el motivo...?

-Está muy claro -afirmó él. -Librarse del rival, y a la vez eliminar al cuñado, para ser dueño de toda la herencia. En estas condiciones, el señor se vería obligado a aprobar la boda con su hija.

Los sonidos de fuera se habían extinguido, y él habló bajando la voz.

-Pero había algo que lo delataba -indicó, reflexivo. -Como otros muchos delincuentes cometió un gran error: el suyo fue ocultar en el bosque la capa manchada de sangre. Tenía que haberla destruido, pues se ha convertido en la mayor prueba en su contra.

Beltrán escuchaba en silencio.

-¿Pensaba que su amigo iba a declararse culpable? -inquirió. El caballero asintió.

-Lo conocía muy bien. Enrique, confuso, trastocaría la realidad. En lugar de volver a su casa estuvo deambulando durante muchas horas, hasta que el cansancio lo obligó a regresar.

Todos reflexionaban, tratando de asumir lo que acababan de escuchar. Él se echó hacia adelante en el asiento.

-Al llegar a su casa, se entera por el mayordomo de que han recibido una visita -prosiguió. -Él le comunica que un forastero está investigando la muerte del joven molinero.

-¿Por eso vino aquí? -Él asintió.

-Sus ideas no estaban muy claras. Así que, creyéndose cómplice y sin poder soportar este peso sobre su conciencia, decidió entregarse. -Hizo una pausa y apuró su jarra de un sorbo. -Preguntó dónde podía hallarme, y al saber que estaba en la

posada acudió enseguida a mi encuentro, montando su caballo, que conservaba en su silla los restos de sangre.

Se detuvo un momento y siguió hablando despacio:.

-Desde el principio fui consciente de que no llevaba ningún arma, y pensé que ni siquiera sabría usarlas, a juzgar por su actitud. Luego don Nuño, avisado por el mayordomo, no tardó en abandonar la vivienda para acudir en su busca. -El alcalde arqueó las cejas.

-Y está lo del guante...

-Sí, está el detalle del guante. De ser culpable, no lo hubiera mostrado en público, delante de todos.

Nadie dijo nada. Todas las ventanas menos una estaban cerradas, y en el hogar brillaban unos pocos rescoldos. El joven escudero había estirado las piernas debajo de la mesa y estaba pensativo.

-Lo más probable es que Rodrigo lo amenazara con acusarlo si le contaba a alguien lo ocurrido -indicó, y todos convinieron en que así podría ser. Don Juan le dirigió una mirada rápida.

-Ante las pruebas tan claras que tenemos, el criminal no podrá disculparse. - Beltrán soltó una risita.

-Se merece un chasco como éste... -observó, divertido. -Don Juan se dirigió al alcalde.

-Os encargaréis de los detalles. -Él respondió, orgulloso:

-Descuidad, el asesino será preso, y llevado a juicio -prometió. -Dadas las acusaciones que hay contra él, lo más seguro es que lo condenen a muerte. -El caballero movió la cabeza.

-Eso no lo sabemos, ni nos corresponde a nosotros tomar la decisión. Para eso están los jueces, nombrados por el rey. -El otro dejó escapar un suspiro.

-Tenéis razón, señor. El asunto estaba enrevesado, pero vos habéis sacado de mentira verdad...

Él ignoró la adulación. Se puso en pie y terminó, volviéndose:

-Yo sabía que Enrique, por su débil temperamento, nunca hubiera sido capaz de cometer un crimen tan cruel. Es posible que ahora Mencía quiera ingresar en un convento -sonrió, -pero creo que pronto cambiará de idea.

Hubo un silencio, roto por las pisadas que se retiraban. Alguien afirmó:

-Es posible que sí.

Al sol, en el borde de la ventana abierta, una mosca se restregaba las alas. Se limpiaba de arriba a abajo, torciendo y destorciendo sus patas delanteras como una persona que se jabonara las manos, frotándose cuidadosamente la coronilla de su cabeza picuda. Al parecer, se estaba peinando.

Una hora más tarde, cuando dejaron la hospedería, el sol del atardecer arrojaba ya una larga sombra. El posadero había descorrido el cerrojo, y la pesada puerta de madera giró sobre sus goznes. Sacó sus perros para darles el paseo de la tarde, mientras los dos forasteros montaban en sus cabalgaduras y abandonaban la posada.

Beltrán enviaba besos con la mano por encima del hombro y algunas mozas atrevidas, riendo, se colgaban de su brida y las correas de los estribos. En cambio, la bella hija del posadero lo despidió con un frío adiós, en vista de que no se había ocupado lo bastante de ella. Luego, metiendo tacón en los ijares de su caballejo, el joven no tardó en dar alcance a su señor.

Éste también se despidió de la gente del pueblo, agitando en alto su mano enguantada; se volvía de cuando en cuando, mientras el caballo hacía corbetas y saltaba de costado. Luego hizo dar media vuelta a su montura y cabalgó lentamente en dirección al oeste, donde se extendían las ondulaciones de la sierra.

Un tosco puente cruzaba el arroyo. A través del valle cabalaron ambos por un estrecho sendero, donde los helechos y los brezos rozaban a ambos lados los pies de sus caballos. Se cruzaron con un grupo de peregrinos que regresaban de un santuario cercano, trayendo en sus sombreros conchas de vieira y medallas de latón. El gran sombrero los protegía del sol y de la lluvia, y la capa les servía de manta con que cubrirse por la noche en los albergues del camino.

En un recodo del sendero se toparon con una tribu de gitanos romaníes. Formaban una agrupación sucia, harapienta, abrumados por el largo viaje. Los hombres iban a pie y las mujeres sobre borriquillos, y tanto hombres como bestias avanzaban renqueando, ansiando el día en que pudieran volver a sus hogares.

Las nubes en jirones eran arrastradas con rapidez por el cielo. La hora del crepúsculo era siempre angustiosa si el alojamiento no estaba cerca, y el camino era largo hasta el monasterio donde los estaban aguardando. Se trataba de un gran recinto amurallado, donde se alzaban los amplios edificios del convento y la hostelería, con su gran refectorio, y alrededor las huertas fértiles y bien cultivadas de los monjes.

Toda esa zona se hallaba punteada de castillos desde un extremo al otro, pero muchos de ellos eran simplemente plazas fuertes de bandoleros y escenarios de hechos brutales y monstruosos.

Allí, hacia el oriente y el sur, estaba el mundo inmenso de la aventura, y hacia él iniciaban la marcha.

En cuanto al hijo del señor, se marchó aquella tarde llevando su caballo al paso por los tranquilos caminos y punteando al mismo tiempo su laúd, porque era un gran aficionado a la música y muy célebre por sus dulces canciones. Los campesinos salían de sus chozas y cantaban al ritmo de su melodía.



CUENTO DE LA ABADESA

LA DAMA DE COMPAÑÍA

Desde la hora de tercia a la hora de sexta, y desde sexta a nona, la madre abadesa del convento había permanecido en su despacho atendiendo a los muchos menesteres de su cargo, salvo para acudir a rezar y a comer. Era una monja regordeta de unos sesenta y cinco años, con la cara redonda y unos ojos castaños y vivos.

Sor María era mujer de múltiples habilidades. Tenía que administrar grandes posesiones y mantener sujetos a una rígida disciplina a cuantos dependían de ella. Tierras bajas de un verde jugoso moteadas de ovejas, espaciosos palomares, todo eso formaba alrededor del convento una muestra de sus posesiones. En realidad, su cara rubicunda brillaba de satisfacción.

Oyó pasos rápidos de alguien que subía por la escalera, y una novicia de cara pálida abrió de golpe la puerta.

La abadesa se volvió, con cara de pocos amigos.

-¡Qué manera de entrar! ¿No sabéis que hay que llamar a la puerta primero?

La novicia contestó con los ojos bajos y las manos cruzadas ante el pecho.

-Tenéis una visita -pronunció en voz baja. -Es doña Olaya de Ochoa, una señora de alcurnia. -Ella se enderezó.

-¿Qué quiere? -La otra se acarició unas mejillas hundidas y macilentas. Dudó un momento.

-Al parecer, tiene malas noticias.

-¿Qué noticias? -La joven alzó la mirada y la fijó en el techo blanco.

-Dice que acude a la abadesa porque ha desaparecido su dama de compañía.

Por la ventana del despacho llegaba un sordo ronroneo de voces, de las hermanas que paseaban por la galería. Desde el otro lado del claustro se oían los altibajos del canto gregoriano.

La abadesa se puso en pie para desentumecer sus miembros. Miró por la ventana el césped del claustro y la línea de arcos góticos que bordeaban un paseo cubierto.

La toca le ocultaba el cabello, las sienes y el cuello e incluso las orejas. Su piel se conservaba todavía tersa, y tenía una voz muy bien modulada.

-¿Ha dicho algo más? -preguntó. -¿Qué quiere decir que ha desaparecido? -La novicia dijo en un susurro:

-Parece que había ido a ver a su familia, y pensaba volver, pero no lo ha hecho. - Parpadeó un momento. -Y no me ha dicho nada más.

-Está bien, está bien.

La novicia volvió a la cocina, mientras ella se disponía a abandonar el despacho para ir al encuentro de la recién llegada. Se cruzó con una monja que caminaba por el pasillo llevando una cantarilla, mientras dos postulantes recién llegadas al convento restregaban el suelo, con trapos que mojaban en baldes.

Bajó corriendo las escaleras y llegó al claustro de las monjas, donde se detuvo unos minutos. Observó a los grupos de religiosas y novicias, entre la música lejana de la iglesia y el pausado toque de la campana del convento.

Los rayos del sol atravesaban de soslayo las copas de los árboles. Se dirigió al edificio principal, y a la entrada casi tropezó con una postulante muy joven, que se disculpó con una reverencia. Era hija del guarda forestal del rey, y no llevaba más que una semana con ellas. Sus ojos eran reflexivos y claros.

-Oh, madre abadesa, perdonad -exclamó. -Ella sonrió brevemente.

-No pasa nada, hija, no tengas cuidado.

Recorrió con la vista la sala de espera, los cojines y alfombras, flores en un jarrón sobre la mesa, cuadros bordados en la pared que ilustraban distintas escenas de la Biblia.

Doña Olaya estaba en pie junto a la estrecha ventana y su sombra se proyectaba sobre el suelo alfombrado. Su rostro era blanco como la leche. Iba elegantemente vestida de negro, ataviada con tiesos terciopelos brocados que parecían sostenerla en pie. Sor María se dirigió a ella cordialmente.

-Querida amiga, me complace veros, aunque sé que vuestras noticias no son buenas. -Ella parpadeó.

-En efecto, madre, no lo son. Doña Elvira, mi dama de compañía y buena amiga, ha desaparecido.

Intercambiaron un breve abrazo; luego la monja le indicó a la dama que tomara asiento. Ambas se acomodaron en uno de los largos bancos de roble que se alineaban

junto a la pared.

Sor María aguardó a que su visitante se explicara, y con la cabeza inclinada la estuvo escuchando con atención. La señora hablaba en voz baja, pero firme, y repitió lo que la religiosa ya sabía. Tenía una cara muy amable, con su cabello oscuro bien peinado, y llevaba las manos cubiertas de anillos. No obstante, daba muestras de estar muy afectada. Hubo un silencio breve, y ella añadió en voz baja:

-Hay algo extraño, y es que doña Elvira mandó buscar por un hombre su arcón, que ya estaba atado, y dispuesto para ser enviado. -Sor María la observó con el ceño fruncido.

-Sí que es extraño eso, sobre todo si pensaba volver...

La dama entrelazó sus rollizas manos sobre el regazo. Apretó los labios en una línea firme y recta.

-Ella salió de casa el sábado pasado, hoy hace una semana, y me aseguró que pensaba volver el lunes -insistió. -En fin, no quiero robaros vuestro tiempo, pues soy consciente de que es muy valioso -le dijo a su amiga. Luego calló tan bruscamente como había empezado.

La voz de sor María se hizo más suave:

-Nada es tan importante como complaceros -dijo amablemente. -Sólo que... os ruego me permitáis ir a vuestra casa, para averiguar ciertos detalles...

Doña Olalla se levantó, dando por terminada la conversación.

-Sabéis que mi casa es la vuestra -repuso. -Bien, no os entretengo más -añadió, con una reverencia.

Al día siguiente era domingo. La primavera había llegado y los campesinos empezaban a llevar al mercado los productos de la nueva estación. La mañana de mayo se había levantado clara, y sor María decidió pasarse por el pueblo antes de visitar a la señora.

Las laderas estaban cubiertas de campos de labranza. El trigo y la cebada habían prosperado, pero necesitaban el sol para granar. Durante la semana, las aldeanas recogían las hortalizas de primavera o avanzaban entre los surcos de cereales, agachadas, arrancando las malas hierbas.

El mercado se celebraba en domingo. Llegaban campesinos con carros cargados de mantequilla y quesos, y pastores con rebaños de borregos. Mujeres de las aldeas vecinas acudían con cestos llenos de huevos, o llevaban una docena de gallinas enjauladas para venderlas en el pueblo.

Las murallas que cercaban la localidad se habían deteriorado, y en algunas zonas sólo quedaban montículos de tierra. Allí se habían establecido algunos artesanos y herreros que, en días laborables, trabajaban el metal en la fragua a golpes de martillo.

Pasó junto a un pequeño grupo de almacenes. Tomó la dirección del mercado y atravesó la plaza, donde en una hilera de tenderetes los comerciantes locales vendían sus mercancías. Se abrió paso a través de los puestos, dispuesta a empezar con sus

pesquisas, porque sor María no solía actuar sin un propósito determinado.

En torno a la plaza del mercado se alternaban casas bajas con altos graneros, así como la iglesia y un molino, y en medio el patíbulo, que era el lugar donde se había levantado la horca. Todos los años, docenas de hombres y algunas mujeres subían al carro y bajaban desde la prisión del castillo, que se alzaba en la cima de una colina, hasta la plaza, donde les esperaba el cadalso. Los jurados estaban compuestos por caballeros del condado.

En esas ocasiones, el pueblo se hallaba de lo más concurrido. Amas de casa, mercaderes, criados y buscavidas bajaban todos en la misma dirección, y se dirigían a la plaza para ver ahorcar a un ladrón, a una bruja o a algún convicto de herejía.

Sor María llegó a la posada, donde halló los postigos abiertos. Los criados velaban toda la noche vigilando despensas, bodegas y almiarés, y habrían servido ya a los clientes más madrugadores. Por eso, en medio de la sala había una mesa cubierta de alimentos a medio consumir: piernas de carne asada, pescados y restos de legumbres.

Habló con el posadero y algunos parroquianos, y allí se enteró de algunos hechos que consideró interesantes: por ejemplo, en la comarca se había comentado días atrás que un muchacho había desaparecido.

-Y, ¿cómo ha sido eso?

Le contestó un joven bien trajeado con aspecto de paje. Vestía túnica morada y calzas nuevas, teñidas cada una de un color, como estaba de moda.

-Pues sí, señora, se ha esfumado. -La monja se encaró con él.

¿Cómo, que se ha esfumado? -El otro soltó una risita.

-Bueno, no exactamente. Al parecer, ha escapado llevándose una importante cantidad de dinero. -La monja frunció el entrecejo.

-¿De dónde lo ha sacado? -El muchacho se encogió de hombros.

-Al parecer, del almacén de un maestro joyero en donde trabajaba. -Ella lo observó, pensativa.

-¿Tú lo conocías? -El otro se echó a reír abiertamente.

-Pues claro que sí -afirmó con la cabeza. -Éramos... excelentes amigos. Y ahora, ¿qué voy a hacer sin él?... -Sor María dudó unos instantes.

-Reza a Dios por su alma -le respondió en tono de burla.

Salió de la posada y prosiguió su camino con la mirada baja. Era una agradable mañana de primavera y el sol y el aire fresco la hacían sentirse eufórica.

En el centro de la población se encontraba el barrio más próspero, ocupado por los más prominentes ciudadanos. Se detuvo ante la puerta de un palacio de tamaño medio, que tenía una entrada imponente y una planta superior. Había un gato sentado fuera, tomando el sol.

-Aquí creo que es -se dijo, y golpeó con el aldabón.

Un criado le abrió la puerta y sonrió, como si la estuviera aguardando. Le faltaban varios dientes y vestía una túnica de color verdoso.

-Mi ama no está, pero la recibirá el señor -dijo con una reverencia.

Entraron en la casa señorial, que tenía una gran sala en la planta baja y alcobas en el piso superior, donde se hallaban los aposentos privados de los señores. La dama estaba felizmente casada desde hacía años con don Gracián de Ochoa, pero no habían tenido hijos. Tiempo atrás sor María solía visitar a menudo aquella casa, que olía a buena cocina y a piedad cristiana.

Una criada asomó por el borde de la escalera, y al verla se puso muy colorada. Rondaría los dieciséis años y era baja para su edad. Llevaba a la cabeza un pañuelo claro, que dejaba escapar sus cabellos negros y abundantes. Tenía la tez morena y los ojos muy negros.

Sor María la reconoció enseguida: era huérfana, y la habían recogido en el convento cuando era muy niña. Más tarde, doña Olalla se la había llevado a su casa a servir. Era lo normal, que las muchachas jóvenes sirvieran en los palacios de los ricos a cambio de cama y comida.

Hacía tiempo que no la veía, pero su rostro mofletudo era el mismo de siempre, aunque se fijó en que ya lucía las redondeces de una moza. Calzaba zuecos, que sonaban en los peldaños de madera, y se cubría desde el cuello a los pies con un gran delantal que su ama le habría proporcionado. Hizo una pequeña inclinación.

-Me alegro de veros, reverenda madre. ¿Cómo estáis de salud? -Ella le pellizcó la mejilla.

-Estoy bien, hija, estoy muy bien. Y a ti, ¿cómo te va? -Ella se encogió de hombros.

-Bueno, no me va mal. Pero me acuerdo del convento... me trataron muy bien.

La muchacha, andando sobre sus gruesos zuecos se abrió camino hasta el salón, y la abadesa la siguió.

-¿Por qué no vas a visitarnos algún día? Todavía están en el convento algunas de tus compañeras -le dijo. -Ella volvió a encogerse de hombros.

-Seguro que ya no me recuerda nadie. -La monja le acarició el cabello.

-No digas eso, todas te queremos allí.

-Bien, quizá vaya algún domingo, antes de acudir al mercado. Es mi día de salida, ¿sabe? Hoy no podrá ser, porque ya es un poco tarde. Como siempre, tengo que acompañar al criado para escoger las mejores frutas y verduras, cosa que él no sabe hacer. -La monja sonrió.

-Me parece muy bien.

Entraron en la sala. Era una estancia amplia, la más importante del palacio, y estaba iluminada por unos altos ventanales. Unos cuantos tapices cubrían las paredes y evitaban las corrientes de aire. La religiosa dirigió la mirada al otro extremo del salón, donde un hombre estaba sentado a la cabecera de la mesa y tenía frente a sí un vaso de cerveza. Se trataba de don Gracián, el dueño de la casa y marido de la señora.

El caballero se puso en pie, y acto seguido la muchacha abandonó discretamente

la habitación.

Era un hombre ya maduro, de elevada estatura y modales pausados. Tenía la barbilla pronunciada y ojos de expresión meditabunda. Mantenía la espalda erguida y su cabello estaba veteado de gris.

-Sed bienvenida, madre -le dijo, inclinándose. -Es un honor para mí recibirlos en mi casa.

Tenía una voz agradable y hablaba con lentitud. Parecía fuerte por naturaleza, como si estuviera acostumbrado al agotador esfuerzo realizado en numerosas batallas.

Ella ladeó la cabeza

-Sabéis que me ha visitado vuestra esposa... -empezó a decir. El hombre asintió. Debía haber recibido al barbero porque iba afeitado y llevaba los cabellos arreglados a la perfección.

-En efecto, lo sé. Ella está muy preocupada por la ausencia de su dama de compañía. Se conocen desde hace mucho tiempo, y piensa que le ha sucedido algo malo. Ambos pensamos que, sobre esa materia, vos sois una autoridad.

-Bueno, no es para tanto...

El caballero abrió un armario y extrajo una bandeja que estaba preparada con ahumados, pudines y queso, colocándola sobre la mesa. Luego sacó un pequeño barril del mejor vino que tenía; sirvió el vino en dos cuencos de plata, hasta la mitad, y le ofreció uno a la monja.

-Ella me ha pedido que la disculpéis -prosiguió. -Los domingos por la mañana suele acudir a la iglesia a ayudar al párroco con la catequesis, y más tarde se da una vuelta por el hospital.

Se detuvo un momento, y tosió. Luego siguió hablando reflexivamente, como consigo mismo. Le estuvo explicando lo que ella ya sabía, que la familia estaba formada por el matrimonio, que no tenían hijos y que, además de doña Elvira, los acompañaban dos sirvientes: un criado de confianza, y la doncella.

-Ya la conozco -dijo la abadesa. -Es una joven agradable y honrada.

-Ah, y tenemos con nosotros un huésped, don Lope. -La monja se sobresaltó.

-¿Un huésped, dice? -Eso no lo sabía.

El hombre afirmó con un gesto.

-Estábamos obligados con él, ya que es pariente mío, ha enviudado hace poco y se encuentra muy solo en su casa de campo.

-¿Podría hablar con él?

Sí, desde luego. Como es domingo no está trabajando y se encuentra arriba, en su alcoba.

-¿En qué trabaja, si no es indiscreción?

-Es un joyero habilidoso, y tiene un taller en el pueblo a medias con un colega suyo. Al parecer, el negocio va bien, y en poco tiempo se establecerá por su cuenta. Entonces se comprará una casa, y podrá abandonar la mía. Lástima, que últimamente

han sufrido un atraco...

El sol penetraba por las altas ventanas de cristales. La cara de sor María se iluminó: el joven desaparecido en el pueblo, al parecer, trabajaba en el mismo lugar que el huésped y pariente. Habló en tono decidido:

-En ese caso, os agradeceré que me lo presentéis. -El hombre no dudó.

-¡Cómo no! Reverenda madre, vuestros deseos son órdenes para mí -dijo, con una profunda inclinación.

-Sin duda, que es éste un caballero de pies a cabeza -pensó ella, pero no dijo nada.

Ambos accedieron desde la sala a una pequeña alcoba, por una estrecha escalera de caracol. Ella subió los peldaños despacio, esforzándose para seguirlo.

Llamaron antes de entrar, y a poco la puerta se abrió. Apareció un hombrecillo enjuto que calzaba botas y guantes de cuero y llevaba en la mano un sombrero de fieltro, como si se dispusiera a salir.

-Ah, tenemos visita -dijo ásperamente, y suavizó la voz para añadir: -Pasad, reverenda señora, y sentaos. Y vos también, por supuesto -le dijo al caballero.

El dueño de la casa permaneció de pie. Sor María entró en la pequeña cámara, cogió una silla y tomó asiento. La habitación del huésped no estaba bien iluminada.

-Si no os incomoda...

-Desde luego que no. ¿En qué puedo servirlos?

Algo en aquel hombre le daba una apariencia siniestra. No había movido un músculo, y sus ojillos brillaban por entre la ranura de los párpados.

Ella respondió plácidamente:

-Según he sabido, don Lope, vos erais colega de un muchacho que ha desaparecido.

Él le lanzó una mirada torva. Se frotó las manos como si se las estuviera lavando.

¿Cómo, colega? Yo soy el dueño del negocio, y él no era más que un simple aprendiz.

-¿Él era? ¿Es que lo dais por muerto?

De nuevo el hombre la fulminó con la mirada.

-¿Qué queréis decir?

-No, nada.

El huésped se la quedó mirando boquiabierto durante unos instantes. Luego reaccionó:

-Si os referís a ese malnacido, nos ha robado a mi compañero y a mí, y ha salido por piernas. Actualmente, lo están buscando los oficiales del alcaide.

Ella lo observó, cruzándose de brazos.

-Espero que lo encuentren -suspiró, y en sus ojos había una maliciosa expresión. Don Lope se pasó una mano por sus lisos cabellos. Su aspecto era bastante canallesco, pensó la abadesa.

-Yo también lo espero, aunque lo dudo mucho -gruñó.

De regreso al salón se cruzaron con el criado, que llevaba en la mano una bandeja con un pan y un queso asomando bajo un paño blanco. La muchacha no estaba, y la monja pensó que habría acudido al mercado, adelantándose a su compañero.

-Ahora debo irme, tengo algo urgente que hacer -se disculpó, volviéndose.

-Permitid que os acompañe hasta el convento -se ofreció el caballero.

Abandonaron el palacio, atravesaron a pie el recinto del mercado y pasaron frente a la iglesia, de donde empezaban a salir los fieles. Cuando enfilaban la calle principal, la abadesa se sintió satisfecha. Podía decirse que le había cundido la mañana, y esperaba sacarle partido a toda su nueva información.

Durante un par de días, sor María siguió con sus averiguaciones. Tanto en el pueblo como en otros cercanos hizo correr las voces, citando a la desaparecida en su convento, pero doña Elvira no acudió.

El jueves siguiente era también un día soleado y sin nubes, y salió a pasear. El convento estaba rodeado de fincas, campos y pequeños robledos. Una parte del terreno estaba cultivado y otra se dedicaba al pastoreo. Las monjas disfrutaban de un huerto con diversos árboles frutales, varias parras, un pozo y una fuente de agua cristalina.

El sendero, casi invadido por la maleza, se utilizaba raras veces. Era un paisaje muy pacífico y hermoso. La luz se filtraba en colores resplandecientes por entre las copas de los árboles, y se podía ver el humo de las chimeneas del pueblo elevándose por entre los árboles.

Más allá comenzaba la línea del bosque. Era un lugar de difícil penetración, refugio de los ermitaños y de los proscritos. Era propicio para las emboscadas, un mundo lleno de peligros.

Se decía que el bosque estaba encantado y lleno de lobos feroces.

Podían hallarse entre la arboleda algunos caballos y bueyes, así como ovejas y cabras que pastaban libremente. Los bosques constituían inmensos terrenos de pastos de los rebaños señoriales y de los pueblos; además suministraban pieles y caza, que estaba reservada a los más poderosos.

Sor María tendió la vista hacia el valle, y vio avanzar por el camino un grupo de jinetes que se dirigía hacia el pueblo. Eran dos hombres y una mujer, y al fijarse en ella se le aceleró el corazón.

-Es doña Elvira, sin duda -murmuró.

Atajó fatigosamente, y en lo alto de una cuesta logró alcanzar al grupo. En efecto, se trataba de la dama en cuestión, que montaba un caballo español de color gris moteado. Al verla, la mujer se incorporó en su silla y la observó, intrigada.

-¿Cómo vos por aquí? -le preguntó, volviéndose.

Dos o tres pájaros se habían posado en la copa de los árboles vecinos, como contemplando a los viajeros. La señora palmeó el cuello del animal.

-¿Podéis montar? -le preguntó a la monja. Ella asintió, jadeante:

-Sí, si dispusiera de un caballo.

A un gesto de la dama uno de los dos hombres, el más viejo, bajó de su montura y se aproximó a sor María con la bestia sujeta de la brida. La ayudó a subirse, y ella colaboró con una agilidad que los sorprendió a todos.

-Estáis en buena forma -sonrió doña Elvira, y ella se acomodó las tocas.

-No puedo quejarme, no tengo más remedio -tuvo que admitir. -Prefiero esto, a aguantar el traqueteo de los carros por estos caminos pedregosos...

La señora asintió. Su cuerpo era nervioso y frágil; se había vestido de un modo muy complicado, y llevaba al cuello una cruz de oro incrustada con rubíes, pendiente de una cadena de oro.

-Demasiada riqueza para cabalgar por despoblados -pensó la abadesa.

-No podéis imaginar lo que agradezco vuestra compañía -suspiró doña Elvira. - Ninguno de mis dos acompañantes ha dicho una palabra desde que salimos de Sevilla...

Tenía una voz dulce y hablaba con afectación, de un modo especial. Ella la miró.

-¿Estabais en Sevilla?

-Sí madre, allí he pasado más de una semana. Y si he vuelto, es porque he perdido la paciencia.

La religiosa la observó, intrigada. Vio que tenía las uñas bien pulidas y cuidadas.

-¿Cómo, que habéis perdido la paciencia? -Ella asintió.

-Mi aventura comenzó hace dos sábados -dijo, suspirando. -No sé si conocéis la historia.

La monja advirtió un ligero temblor en sus labios. Contestó:

-Algo he oído de vos. Sé que sois dama de compañía de una señora de abolengo...

-¿Vos la conocéis? -La monja sujetó las riendas.

-Por supuesto que la conozco. -Se detuvo un momento, y luego prosiguió despacio: -Precisamente ella me visitó en mi convento para comunicarme vuestra desaparición. Estaba muy preocupada por que os hubiera pasado algo malo.

La mujer se acomodó en su silla de montar.

-Lo siento mucho -dijo sinceramente. -No era esa mi intención.

El caballo que montaba la abadesa pegó un respingo y soltó una coz. Sor María no estaba acostumbrada a montar un animal tan fogoso, por lo que centró todos sus esfuerzos en mantenerse en la silla. Notó que el polvo del camino rechinaba entre sus dientes.

-Según me dijo, os esperaba en breve, y os estabais retrasando. Además, está

lo del arcón...

Doña Elvira permanecía erguida en su silla. Incluso a caballo su aspecto era impecable, quizá demasiado refinado. Pareció sorprendida.

-¿Qué arcón?

-Pues el vuestro, el que mandasteis recoger en la casa.

La dama frunció el ceño. Al mudarse allí como dama de compañía, había llevado varios cofres y arcones de casa de su padre. Por entonces era más joven, estaba enamorada y pensaba casarse, aunque después la boda no se logró. Pero no había retirado en la actualidad ninguna de sus pertenencias. Se pasó la mano por la frente.

¡Yo no mandé recoger ningún arcón! -exclamó, asombrada.

-¿Cómo? ¡Si hasta lo teníais atado! -insistió sor María.

Había empezado a voltear a lo lejos la campana grande del monasterio, y el sonido crecía y menguaba rítmicamente. Bordeaban ahora varias casitas y un establo. En la voz de la dama había un tono de inquietud:

-Yo no he atado ningún arcón, ni menos lo he mandado recoger. No sé de qué me habláis...

El rostro de la monja se había ensombrecido.

-Pues llegó un hombre a la casa a recogerlo, y se lo llevó -indicó, muy seria. -. Fue eso, sobre todo, lo que alarmó a doña Olaya.

-No me extraña que la alarmara -contestó la mujer, y se recogió la falda del vestido.

-Es una cosa rara -dijo la abadesa, con un leve carraspeo.

-Y tanto -musitó la señora. -Ella se la quedó mirando.

-¿Por qué motivo os fuisteis a Sevilla? -preguntó.

La dama aspiró hondo. Estuvo contando que un hombre, que dijo ser notario, se había presentado aquel sábado en casa de los señores, y preguntó por doña Elvira.

-¿Qué quería de vos? -Ella se encogió de hombros.

-Me comunicó que era depositaria de una herencia...

Sor María pareció sorprendida.

-¿Y ese fue el motivo del viaje...? Ella asintió.

-Para recibir la herencia tenía que estar al día siguiente, que era domingo, en una posada del centro de Sevilla.

-¿Y vos acudisteis? -Doña Elvira la miró de frente.

-En efecto acudí, y pasé allí el domingo, y luego toda una semana, sin que nadie me visitara.

A mano izquierda quedaban los bosques, ya espesos. Se cruzaron con otros caminantes, o se vieron alcanzadas por reatas de mulas y por hombres a caballo que llevaban su misma dirección. Una de las veces se colocó a su lado un fraile

mendicante, que continuó con rapidez su camino.

Estaban llegando a su destino, y decidieron dejar en primer lugar a la abadesa. Los alrededores del convento parecían muy animados, y varias monjas iban y venían, presurosas.

Para que el caballo se detuviera, a sor María le bastó con una simple presión de ambas rodillas. Varias personas que pasaban se la quedaron mirando con curiosidad.

-Bien, ya estoy en casa, y sin ningún percance -bromeó.

Enfrente del convento ambas se despidieron y ella le deseó suerte a su nueva amiga. La dama se mostro agradecida.

-Os habéis tomado muchas molestias, reverenda madre. Uno de estos días, en cuanto ponga en orden mis cosas, os haré una visita, si no os incomoda.

-De ninguna manera -contestó ella, afectuosa.

El hombre más viejo la ayudó a bajar del caballo, y ella le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

-Que Dios os lo pague -sonrió.

Desde medianoche, después del toque de maitines, hasta laúdes, cuando en aquella época del año solía amanecer, la abadesa estuvo dando vueltas en el lecho de su pequeña celda. La luz de la luna entraba por la estrecha ventana, y llenaba de sombras confusas la reducida pieza, que presidía un crucifijo oscuro y liso. Luego suspiró y cerró los ojos. Había en todo aquel asunto algo que la impedía conciliar el sueño, y no sabía muy bien el qué. Estuvo atando cabos, y sobre todo la obsesionaba el hecho de que el huésped de su amiga trabajara en el mismo taller en que lo hiciera el muchacho desaparecido.

Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre y, después del oficio de prima, decidió volver a la casa. Pero esta vez lo haría acompañada por el alguacil: podría necesitarlo, pensó. Así que le envió a un criado, avisándolo de que pasaría a recogerlo.

Cuando dejó la iglesia, las monjas estaban cantando. Atravesó los claustros y llegó al edificio de piedra que servía de hospital. Los sirvientes ya se habían puesto en movimiento: habían ingresado a una parturienta muy joven, que por ser primeriza se encontraba en dificultades. Ella le estuvo limpiando la frente con agua de rosas.

-No será nada, ya lo verás, eres una chica muy fuerte. Ahora tengo que irme, luego vendré a visitarte.

El alguacil era un hombre recio y de mirada astuta. Cuando la recibió no estaba solo: lo acompañaban dos hombres de armas, fornidos y de aspecto rudo, empuñando sendas espadas. Vestían una túnica bicolor, mitad amarilla mitad verde. La monja los saludó a todos con amabilidad.

-Os estaba aguardando -le dijo el alguacil. -Estos son mis auxiliares. Ellos

mantienen a raya a los delincuentes, yo no puedo vigilarlos a todos.

Sor María y el oficial se dirigieron al centro, charlando animadamente sobre el caso que los ocupaba. Las casas de madera se distribuían entre pastos y jardines, y el sol brillaba con intensidad. Se dirigieron a la iglesia, que sobresalía por encima de los tejados bajos y oscuros de las viviendas. No era día de mercado, por lo que el pueblo estaba solitario.

El templo se alzaba junto a un camino de peregrinos, y sus instalaciones servían a la vez de posada para los caminantes, alojamiento provisional para los dañados por incendios o inundaciones, y hasta de depósito de cadáveres en las frecuentes epidemia de peste. Allí, los santeros curaban enfermedades y componían huesos rotos. Acudía a diario una sanadora, que preparaba pociones y era especialista en hierbas y remedios.

Alcanzaron el centro de la plaza, donde se alzaba un roble de ancho tronco. Al lado, un mozo de rojas mejillas ofrecía cerveza de barril subido un carro, invitando a los pocos viandantes, previo pago de unas pocas monedas, a que acudieran a mediodía a almorzar a la taberna.

Sor María sintió que la boca se le hacía agua. Era una mujer amante de la buena mesa, aunque su régimen de penitencia la obligara a practicar el ayuno, y a comer pescado y verduras solamente los viernes.

Se habían puesto de acuerdo en que sólo ella hablaría con el huésped. Lo visitaría en la casa, pero el alguacil tendría que esperar en las caballerizas.

-Aguardad fuera unos minutos, y luego entrad también, para prestarme ayuda si la necesito.

Al llegar al lugar, los perros los saludaron con ladridos. La monja siguió el criado hasta la sala, donde aguardaban don Gracián y su esposa. Estaban junto a la ventana, y él se volvió.

-Sed bienvenida, reverenda madre.

-Lamento tener que molestaros de nuevo -respondió la abadesa, con una ligera inclinación.

Doña Olaya lucía un vestido nuevo confeccionado con paño escarlata, y llevaba una chaqueta de vivos colores adornada con tiras doradas. Después de unas cuantas palabras amables, se disculpó:

-Creo que mi lugar no está aquí, así que perdonad si subo a mis aposentos. -Se detuvo un momento, y agregó: -Me aguarda doña Elvira, todo lo ocurrido la tiene muy trastornada.

Sor María, después de mucho cavilar, había llegado a una conclusión: ya que el huésped era compañero del joven desaparecido, resultaba creíble que entre los dos hubieran robado el dinero de la joyería. Pero, ¿dónde estaba el muchacho?

Como sabía donde encontrar al huésped, pidió hablar con él a solas, y el caballero accedió. Ella se recogió las amplias faldas y subió, no sin trabajo, la escalera de caracol que partía de la sala. Una vez allí, llamó con los nudillos a la puerta de la habitación. Al oír los golpes él giró la cabeza, sorprendido

-¿Quién es? -contestó, incorporándose. Ella abrió la puerta y entró, sin aguardar a nada más. Él se levantó a medias de la silla.

-¿Otra vez aquí? ¿Qué queréis? -Ella lo observó con ironía.

-No podréis libraros de mí, don Lope -sonrió, y el otro pareció contrariado.

-Ya lo veo -dijo con un suspiro. -No puedo atenderos, tengo que acudir al negocio.

Mi socio me espera hace rato.

-Serán unas pocas palabras, y después me iré -Al hombrecillo le temblaron los labios.

-Ni pocas ni muchas -exclamó, vehemente. -Así que ruego que os vayáis.

-Yo tampoco quiero gastar saliva en balde -repitió ella, obstinada. -Pero necesito que me escuchéis unos momentos.

Seguía de pie aguardando, y él movió la cabeza, impotente.

-¿Y bien?

-¿Qué habéis hecho con vuestro cómplice? -Él guardó un tenso silencio, y la monja insistió, tozuda:

¿Qué le habéis hecho? ¿Os habéis librado de él? ¿Lo habéis matado?

Hubo una larga pausa. La voz del hombre se había ensombrecido.

-Estáis completamente loca -murmuró. Ella cerró los ojos.

-Os voy a decir lo que ocurrió -dijo en voz alta y clara. -Vos mismo paneasteis el robo, a espaldas de vuestro socio y ayudado por el empleado. Seguramente, le prometisteis una buena parte, ¿no es así?...

Él la interrumpió a mitad de la frase. Estaba furioso.

-Pero, ¿Qué estáis diciendo? -Los ojos de ella se encendieron.

-Lo que oís. Queríais todo el dinero, y para ello necesitabas deshaceros de un cómplice molesto, ¿verdad?... -Don Lope se volvió.

-¿Y qué más? -pronunció entre dientes. Ella contestó con rapidez.

-Para ello os caracterizáis de notario y, alegando una falsa herencia, hacéis salir a la dama de compañía de la casa...

El hombre no dijo nada, y ella siguió hablando despacio:

-...Aprovechando que el domingo la doncella suele acudir al mercado, y que el criado la acompaña, matáis a vuestro compinche, introducís el cadáver en el viejo arcón, y lo atáis.

Él empezó a escarbarse los dientes con una ramita.

-Vaya imaginación...

Sor María se había apoyado en el respaldo de la silla.

-Luego, os hacéis pasar por el recadero y os lleváis el arcón. ¿Me equivoco?

El hombre trataba de controlar su furia.

-Vos lo sabéis todo, al parecer. Si estáis tan segura de eso, a ver cómo lo demostráis.

La abadesa suspiró con fastidio. Era una mujer bondadosa, pero tenía sus límites. Se volvió en redondo.

-Por supuesto que lo demostraré -afirmó, rotunda. -No creáis que vais a salir con la vuestra -dijo, suavizando la voz. -Como dice el refrán, quien la hace, la paga. Y vos la pagaréis, aunque os pese...

Él escupió desdeñoso en el suelo antes de responder:

-Eso habría que verlo, reverenda madre.

La monja le sostuvo a la mirada.

-Ningún crimen queda sin castigo -pronunció, segura. Él se puso de pie.

-Bien, ahora, si no os incomoda, he que salir -atajó. -Tengo cosas más importantes que hacer que atender a una monja chiflada...

-Perdonad, pero no vais a moveros de aquí.

Abrió la puerta de la estancia y permaneció erguida un momento, antes de hacer una seña a los dos hombres que aguardaban abajo. En menos de un minuto, don Gracián había subido las escaleras y entró, acompañado del alguacil, que en su momento se había personado en la casa.

-Es necesario vigilarlo- indicó sor María. -Mientras no se encuentren las pruebas no se le puede detener, pero tampoco dejarlo en libertad. -El oficial asintió con un gesto.

-Estad tranquila. Lo trasladaré donde esté bien vigilado, y... como sea culpable, este golfo acabará en la horca.

En casa del alguacil, esta noche había anguila ahumada para cenar. Al final de la comida, su esposa y él tomaron un ponche. Él se echó un buen trago, eructó y se quedó dormido.

La abadesa deseaba estar a solas, por lo que despidió de su lado a varias novicias demasiado ruidosas. Cuando volvió a su celda suspiró, y guardó con cuidado su libro de horas. Luego miró por la ventana, fascinada por la rojiza puesta de sol.

Después de una laboriosa búsqueda, las autoridades encontraron en un lugar lejano el macabro envío.

El rastro los había llevado a lo alto de una colina. Allí no había ningún sendero; sólo formaciones rocosas, arbustos achaparrados que se alzaban alrededor de unas viejas piedras. Una espesa maleza crecía entre ellos.

De repente se encontraron en un pequeño claro. El baúl estaba semiescondido tras un muro ruinoso, al final de una avenida de árboles escuálidos. Dentro, hallaron descuartizado el cadáver del joven.

La primera persona a quien notificaron el hallazgo fue a la madre abadesa. Cuando conoció los detalles, acababa de abandonar el refectorio. No pudo disimular su horror: se persignó, y sacó su rosario para rezar.

-Pobre muchacho -comentó, entristecida. -Y en cuanto al asesino, ¡Que el Señor tenga piedad de él! -exclamó, elevando los ojos, y vio que un halcón planeaba en un cielo sin nubes.



CUENTO DEL CONDE

LA REPRESENTACIÓN

El castillo del conde don Alonso de Guzmán había sido construido hacía años, y estaba en un lugar elevado del valle. El clima allí era más cálido que en las laderas, y más ahora, en que estaba próximo el verano. Estaba muy bien situado, ya que se encontraba a tan sólo un día a caballo desde Sevilla. Los sirvientes y aldeanos más humildes vivían en sus alrededores, junto con molineros y pastores.

Comenzó siendo un campamento fortificado, un edificio defensivo protegido con murallas, torres y fosos, aislado en un lugar de difícil acceso. Actualmente poseía varias murallas concéntricas rodeadas de fosos, y varias torres, una puerta principal, un patio central y la torre del homenaje, donde estaba situada la vivienda de los señores.

Rodeaban el castillo unas espléndidas tierras, y las estribaciones de los montes estaban cubiertas de hayas, castaños y robles, donde los cerdos se alimentaban de bellotas bajo robles y encinas. Además de cortar y quemar numerosa maleza, se había sustituido parte de los bosques por tierra de labor, a fin de alimentar a un mayor número de bocas. Las sendas las cruzaban, los hombres trabajaban en ellas y los rebaños pacían cerca. Más allá, marismas y pantanos suministraban abundante caza y pescado.

La huerta abastecía al castillo de frutas, legumbres, vino y hierbas aromáticas, así como de plantas textiles y medicinales. Había gran abundancia de nueces, avellanas, arándanos y bayas. Algunas frutas no procedían del huerto, sino de los bosques, prados y setos. El aire era fresco y agradable de respirar.

En el pequeño huerto interior se cultivaban lentejas, cebollas, ajos, nabos y puerros. Se recogían manzanas y peras, y también moras, ciruelas, y nísperos. Para el uso de la huerta había una fuente de dos caños y un abrevadero de piedra, además de dos pozos situados al abrigo de las murallas. Frente a la torre crecían macizos de rosas, lirios y violetas.

El sol cada día calentaba más. La primavera había llegado con fuerza y las flores salpicaban el paisaje: el conde se complacía admirando la verde hierba y los árboles de esencias raras, donde cantaban numerosos pájaros. Tan sólo él tenía derecho a practicar la caza mayor en el bosque, y lo mismo ocurría con la persecución de conejos y liebres en el monte bajo.

Al castillo se accedía por un puente levadizo sobre el foso principal, vigilado por varias garitas y un camino de ronda sobre las murallas, coronadas de almenas y rematadas por cuatro torres esquineras. A la entrada se hallaba el cuartel de guardia y a través del patio de armas se accedía a la torre del homenaje. A un lado del patio estaba la capilla.

Cada habitante de la zona tenía asignada una misión: la del conde era la de administrar sus tierras y defender a sus vasallos de posibles ataques enemigos. Don Alonso vivía en su castillo, rodeado de pequeños núcleos rurales, aunque visitaba a menudo al rey, con quien tenía buena relación. El palacio del rey don Pedro en Sevilla había sido construido por artesanos venidos de Toledo y Granada. Allí el conde de Guzmán coincidía con otros que constituían, como él, la alta nobleza; entre ellos se hallaba el ilustre caballero Pero López de Ayala, que ostentaba el cargo de canciller y cronista real.

En la cumbre de la jerarquía feudal se hallaban los principados, y por encima sólo estaba el rey. Éste ostentaba el máximo poder, y se consideraba que Dios lo había elegido con el fin de gobernar al resto. Les seguían los duques, marqueses y condes. El condado había sido el dominio territorial por excelencia desde tiempos de Carlomagno, y los vizcondes eran lugartenientes suyos.

En los palacios se organizaban torneos, danzas y juegos donde se daba gran importancia a la música y al vestuario. En los acontecimientos importantes como victorias militares, bodas o nacimiento de hijos, los banquetes a veces se prolongaban durante varios días. En aquel ambiente aristocrático eran corrientes las representaciones de teatro y otros espectáculos y diversiones: había desfiles de arqueros y caballeros, exhibiciones de cetrería y competiciones de tiro con arco. Durante varios días se celebraban juegos y torneos, participando el rey, que en una

ocasión quedó herido en la mano derecha por la punta de una espada.

Tras los torneos y las justas, se organizaban momos después de la cena en las salas del palacio. En ellos intervenía toda la corte, desde el rey o el señor hasta los sirvientes más modestos. Había música, disfraces y danza, y se acababa con un baile donde el vencedor del torneo danzaba con la dama principal.

Los trovadores ocupaban un puesto de honor. Eran poetas que acudían a animar las veladas en la residencia del señor, y en sus obras idealizaban a la mujer y exaltaban el amor galante. Sus obras eran difundidas entre el pueblo por los juglares, artistas itinerantes que cantaban y contaban historias con ayuda de un laúd y divulgaban los cantares de gesta, como la canción de Rolando o el Poema del Cid. Solían acompañarlos otros personajes populares, entre ellos malabaristas y titiriteros, que usaban marionetas para divertir a los plebeyos.

El conde de Guzmán llevaba la nobleza en la sangre, desde su nacimiento. Sólo había dos formas de acceder a ella: por méritos de guerra, y por tener más de siete hijos varones.

-Esos son hidalgos de bragueta -bromeaban los de alto linaje, orgullosos de su origen.

Alguien que fuera señor de otros vasallos, podía ser a su vez vasallo de otro superior a él. En realidad, sólo unos pocos caballeros disponían de medios para conseguir su necesario equipamiento y lograr una formación adecuada. El señor tenía el monopolio de la guerra, lo que quería decir la dedicación a la caballería, y era quien se encargaba de contratar a los soldados mercenarios, que en sus incursiones hallaban muchas riquezas en aljófar, plata y oro, y se hacían con muebles, hermosas alhajas y también cosas de comer.

Por debajo de la nobleza estaban los clérigos y monjes, seguidos por los escuderos e hidalgos, y el pueblo en último lugar. Era enorme la distancia que separaba un rico hombre de un hidalgo, por no hablar de los villanos. Los labriegos poseían una serie de derechos sobre los bosques y las aguas de la aldea; no dependían desde el punto de vista económico de su señor, y había labriegos acomodados junto a otros que apenas podían subsistir. El pueblo bajo no disponía de ningún derecho, y estaba formado en su mayoría por campesinos.

La vida diaria de los hombres y mujeres estaba condicionada por el tiempo: la salida del sol iniciaba el trabajo, que no finalizaba hasta su puesta. La población comenzaba a organizarse en núcleos urbanos y en diferentes gremios, que estaban dando origen a la burguesía, una nueva clase social de comerciantes, escribanos, cambistas o banqueros. Se fundaron las Comunidades, que servían para poner barreras a la arbitrariedad señorial.

Al mismo tiempo se iba dando más importancia al trabajo manual, agrupándose los artesanos y situando sus lugares de trabajo en las calles donde se asentaban los

distintos gremios: Caleros, Hornos, Tenerías... El más valorado era el espadero, herrero o forjador, que trabajaba los metales creando armas, ya que una buena espada podía llegar a costar tres mil maravedís de oro. También el tintorero, pues ciertos tintes multiplicaban el valor de la seda por cien. Después, los mercaderes se encargaban de comercializar estos productos.

Mientras que las casas de los nobles tenían sus patios, cuadras, capillas, cocheras y todo tipo de servicios, las viviendas de los campesinos contaban con una sola habitación que servía de comedor, cocina y dormitorio. El mobiliario de éstos era escaso; se componía de mesas, banquetas, arcas y alguna cama. La cocina era el lugar más importante y aportaba calor a todo el hogar. Los artesanos utilizaban su casa para taller y tienda, y con el paso del tiempo contaron con un huerto, un pequeño patio y un corral.

El pan y el vino eran los alimentos básicos, y sólo algunos privilegiados disponían de carne, hortalizas, legumbres, verduras, frutas y pocas veces de pescado. La carne más consumida era la del cerdo, siendo también muy importante la procedente de la caza furtiva y de las aves de corral.

El símbolo por excelencia del poder era el castillo, bien fuera palacio o fortaleza. En España habían empezado siendo de propiedad real, ya que se consideraban botín de guerra. Luego, entre el Tajo y Sierra Morena, el rey se los cedió junto con sus tierras a las órdenes militares, para la protección de un territorio amenazado por la cercanía del moro. A lo largo del tiempo los canteros trabajaron sin descanso consiguiendo piedras, a fin de reformar estas fortalezas o edificar otras nuevas, algunas utilizadas como palacios residenciales.

La edificación de un castillo sólo podía realizarse con la autorización del monarca. Solían estar situados sobre un alto montículo, para evitar que el enemigo construyera túneles o minas a fin de crear grietas en los muros. También, a causa de su altura, se dificultaba el uso de torres de madera móviles, utilizadas por los moros para saltar al adarve. Por ello, los señores necesitaban disponer de mucho dinero.

En caso de no asentarse en alto, solían disponer de un foso para alejar lo más posible al enemigo. Éste era completado con estacas de hierro, o cepos para impedir el paso de los caballos. Luego se construía una barrera exterior.

Los señores utilizaban un personal compuesto por administradores, agentes, ministeriales y otros muchos servidores. Podían obligar a los subordinados a eliminar de los estanques vecinos a las ranas, que al croar por la noche perturbaban su sueño. El señor gozaba asimismo de una serie de monopolios, entre los que solían figurar el molino, el horno, la taberna y la cervecería.

Un castillo era un almacén de productos originarios de los dominios, una estancia y un refugio. El labriego llevaba a su señor obsequios consistentes en aves, huevos y

frutos de su cosecha. Los muros eran anchos y fuertes, a fin de resistir la embestida de los arietes, y de los proyectiles lanzados con catapultas; además, se elevaban a gran altura para dificultar el asalto con escalas. Finalmente, para disponer de agua en tiempos de asedio se excavaba el aljibe, un depósito en el suelo que recogía el agua de lluvia

La diversión popular estaba a cargo de los juglares, hombres o mujeres que viajaban de pueblo en pueblo, dando funciones para divertir o informar. Había entre ellos bufones, malabaristas, acróbatas, recitadores y remedadores, que actuaban en los patios del señor o en la plaza del pueblo. Por su parte, la alta nobleza se divertía con la caza, justas y torneos. También organizaban conciertos o representaciones de teatro.

El hombre solía ser un gran andarín, de largas y fuertes piernas, ya que la media de una jornada a pie se podía estimar en unas cinco leguas. Los reyes y señores también caminaban mucho: sin base fija, paraban en sus distintas residencias, bien en campañas militares, peregrinaciones, o por motivos familiares. Ni siquiera las reinas a punto de parir tenían respiro, y algunas daban a luz a sus hijos en plena marcha. A menudo estos personajes viajaban en barco por el Guadalquivir, desde Sevilla hasta el Mediterráneo.

Los nobles utilizaban telas de lujo y joyas, objetos cuyo uso estaba prohibido a los pecheros. Era muy importante para ellos la ceremonia de armarse caballero, lo que daba paso a la edad viril: incluía desde la vela de las armas hasta el espaldarazo final, y su remate era el acto de investidura de armas. Cumplido el rito, reservado a la nobleza de sangre, se ingresaba en el orden de la caballería.

El señor tenía derecho a ser albergado gratuitamente por sus dependientes cuando iba de viaje con su comitiva. Uno de los deberes del vasallo era el de rescatar y repatriar el cadáver de su señor caído en campaña, lo que ponía en movimiento cortejos penosos y macabros. Al no poder conservar el cadáver, a menudo lo iban dejando a pedazos en el camino. Separaban los huesos de las carnes y las vísceras, especialmente el corazón, y los iban sepultando conforme atravesaban poblaciones, abadías y hospitales. En caso de necesidad, los castillos servían también de refugio.

A caballo se viajaba al paso, no más aprisa que un hombre a pie, ya que eran frecuentes los grupos formados por jinetes y peatones y era preciso conservar el ritmo de éstos.

Para los recorridos largos entre ciudades costeras se prefería la vía marítima a la terrestre. Se practicaba la navegación de cabotaje, «de cabo a cabo», sin perder de vista la costa, a fin de poder refugiarse en los puertos en caso de mal tiempo. Navegaban sobre todo en verano y, para mantener el rumbo, utilizaban la posición del sol durante el día, y por la noche la de las estrellas. Para ellos, los peligros más graves eran la piratería, el corso y los naufragios.

Don Alonso de Guzmán pertenecía a una minoría que podía permitirse viajar con frecuencia. Era normal en él un trayecto diario que podía rondar una distancia como entre Córdoba y Sevilla. Al igual que en el caso de sus amigos, en general nobles ociosos, sus principales aficiones eran la caza, los ejercicios físicos, los torneos y los viajes a la corte del rey.

La historia de su familia era tan antigua como la del monarca, y sus antepasados habían ocupado desde siempre la cúpula de la sociedad feudal. Mientras que muchos en el interior morían sin haber visto nunca el mar, él había visitado numerosas ciudades de Europa, e incluso de África y Asia, llegando a conocer en una ocasión al famoso mercader veneciano Marco Polo.

Por supuesto, había recorrido varias veces la Península, incluidas diversas comarcas dominadas por los moros. En sus viajes tuvo a menudo contacto con artistas, juglares, estudiantes e intelectuales que cubrían largas distancias entre las ciudades, e igualmente había compartido camino con militares, religiosos y nobles; e incluso con mendigos, vagabundos y prostitutas. Por ello, a sus criados los consideraba como de la familia, y eran para él más amigos que siervos.

No tenía esposa ni nunca la tuvo pues, según algunos, en su juventud sufrió un aparatoso accidente de armas al servicio del rey; lo cual, aunque le hizo merecedor de grandes honras por parte del monarca, lo había dejado inútil para procrear. Otros decían que el motivo de su soltería había sido un gran amor, frustrado por el temprano fallecimiento de su dama.

Normalmente, la autoridad en un hogar la tenía el padre; y la esposa, si la había, se hallaba sometida al marido. El matrimonio vivía en comunidad de bienes, aunque se le reconociera a la mujer el derecho a tener sus propiedades. La separación no era tarea fácil ya que, aunque ambos cónyuges se pusieran de acuerdo, debían solicitarla al obispo de la diócesis que no solía concederla. Quizás, el conde había sido lo bastante sensato como para conservar una independencia tan importante para él.

Así que careciendo de esposa, hijas o hijos, su familia actual se limitaba a doña Constanza, su anciana y dominante madre, y a un joven paje llamado Íñigo, que los condes habían adoptado cuando niño y a quien mandaron educar en el ambiente palaciego. El muchacho tenía ya quince años y era bastardo, algunos decían que hijo del rey y de una dama desconocida.

Desde su nacimiento había sido un niño más bien delicado, pero con el tiempo se fue convirtiendo en un muchacho alto y esbelto, de cabellos dorados, que contrastaban con su rostro curtido por el sol. Era extrovertido y simpático, de mirada viva e inteligente.

En realidad nadie conocía la filiación del muchacho, por lo que se inventaban historias de lo más peregrinas. Lo decían hijo de una importante dama fugada del

hogar, pero si una mujer abandonaba a su esposo quedaba deshonrada y nadie podía acogerla, ni a ella ni a su hijo, y no parecía ser el caso.

En el castillo, que era la residencia permanente del conde, solían celebrarse animadas veladas con motivo de las visitas de los reyes, de nobles ociosos o de vecinos notables. En ocasiones importantes, como victorias militares, los banquetes se prolongaban durante varios días, siempre supervisados por la anciana señora de la casa, que cuidaba de todos los detalles concernientes al aspecto del palacio y los pormenores de la fiesta, acudiendo si era necesario al pintor de la corte, al ebanista e incluso al orfebre del rey.

En el castillo las estancias estaban adornadas con columnas de mármol, y algunas contenían ballestas, espadas, flechas y corazas. En las diversas habitaciones podían admirarse artesonados hechos con ciprés, marfil y lapislázuli, y los aparadores estaban cargados de plata. Había numerosos lechos de mármol en los dormitorios suntuosos.

Alrededor de un gran patio se encontraban cinco hermosas cámaras. El salón era amplio y hermoso, con altas ventanas adornadas con columnas, y habían cubierto la mesa central con un lujoso tapiz rojo. Encima se veían un astrolabio y otros instrumentos, así como pluma y un tintero. En las paredes había colgantes de metal que portaban velas de cera, y todas estaban encendidas.

Aunque la comida más importante del día era la cena, los domingos solían reunirse todos los vasallos después de la misa y se almorzaba opíparamente. También en las fiestas locales se invitaba al pueblo, aunque en época de cuaresma se sustituía la carne por pescado, todo animado por la presencia del trovador, el mago o el bufón. De tal forma se derrochaba que, en alguna ocasión, el conde se había visto obligado a acudir a anticipos de los usureros o cambistas judíos.

Aquella tarde, la anciana señora del castillo charlaba con varias damas en el salón principal. La acompañaban tres de sus más íntimas amigas, aproximadamente de su edad, que estaban pasando algunos días en su casa, junto con sus respectivas doncellas. Doña Constanza tenía el rostro muy pálido, como la mayoría de sus conocidas, que evitaban el sol para distinguirse de las mujeres del pueblo. Su cara era alargada y estrecha, surcada de profundas arrugas, y sus blancos cabellos estaban sujetos por una toca de encaje francés.

-Tengo algo importante que deciros -anunció, levantando la voz.

Se habían acomodado ante la gran chimenea, y estuvieron un rato discutiendo acerca de modas y temas cortesanos. En el habla de la anciana había siempre un suave deje de ironía, como de quien se considera superior. Para subrayar sus palabras, agitó su bastón.

-Queridas mías, quiero anunciaros que el conde, mi hijo, ha organizado una gran

fiesta. Será el domingo próximo, y espero que todas me acompañéis. -Carraspeó un momento, y prosiguió: -Es con motivo de mis setenta cumpleaños...

Todas la miraron. La más cercana estaba seca por completo, con los labios pintados y la cara empolvada.

-Oh, querida, qué buena noticia...

La cámara estaba iluminada por una serie de ventanas, y una luz gris como de lluvia llegaba de fuera. Era una habitación circular de paredes encaladas, y en los muros colgaban tapices de colores chillones.

Enfrente, un par de doncellas atendían a una inválida con el cabello teñido de negro, también muy maquillada. Sus enguantadas manos, con dedos largos y delgados, estaban cruzadas sobre un diminuto bolso en su regazo. Frunció su nariz ganchuda.

-Por mi parte, no hay inconveniente -respondió con voz chillona. -Será un verdadero placer.

Doña Constanza miró alrededor, complacida. Estaba claro que disfrutaba del poder que le daba su posición por el hecho de ser la anfitriona, y sobre todo porque su hijo fuera amigo del rey. Su pálida y desdeñosa boca sonrió.

-...Si os lo consienten vuestros dignos esposos -añadió mordaz, y luego aclaró: -Por supuesto, también ellos están invitados. Bueno, los que estén todavía en este mundo. Los maridos no suelen dar muy buen resultado...

Bebió un largo trago de agua para remojarse la garganta y se limpió con el borde de la túnica. Luego declaró, refunfuñando: -No sé por qué mi médico me tiene prohibido beber vino fuera de las comidas. -Y añadió con una risita: -Y eso que, según dicen, el vino es la teta del viejo...

Todas se echaron a reír. Los médicos solían ser judíos y no estaban bien vistos.

A poco se oyeron ruidos en el patio, ladridos de perros y cascots de caballo, y el eco resonó a lo largo de los muros abovedados. Las mujeres intercambiaron una rápida mirada y doña Constanza se irguió.

-Es mi hijo, que acaba de llegar -dijo enérgicamente. -Veremos qué noticias trae.

Fuera, don Alonso saltó del caballo y palmeó el cuello de su montura. Se consideraba un hombre afortunado y parecía de muy buen humor: Dio órdenes al halconero y luego al mayoral, que se dirigió con la bestia en dirección a los establos.

Se abrieron las puertas de la sala y entró en ropa de caza, con el cabello revuelto y las botas cubiertas de barro. Se trataba de un hombre macizo, aunque no muy alto, que estaba a punto de cumplir cuarenta y cinco años. Tenía el cabello oscuro y la barba poblada; su espalda era ancha, y sus brazos robustos y fuertes.

Llegaba embutido en una chaqueta de cuero, con una gorra negra en la cabeza. Sus pantalones estaban polvorientos. Nunca le había preocupado carecer de atractivo, ni que el uso de las armas le produjera callos en los dedos y en la palma de la mano.

En realidad, tenía el aspecto de un saludable hombre de campo.

-No esperaba tan buena compañía -dijo con una sonrisa que reveló una bien conservada dentadura.

Todas se volvieron a mirarlo, y la anciana parpadeó.

-¿De dónde venís con ese aspecto? -preguntó. -Os habéis demorado... ¿No habréis ido a la caza de alguna gallarda campesina?

Luego canturreó:

-*Las enaguas de la molinera, blancas son...* -Don Alonso se echó a reír.

-Madre, ¿qué van a pensar vuestras amigas? -Ella hizo un gesto displicente.

-A estas alturas, poco me importa lo que piense nadie...

Él se había inclinado y la besó en la frente.

-Sois incorregible -la increpó.

Luego, acercándose a las señoras les fue besando ceremoniosamente la mano.

-Mi casa se honra con vuestra presencia -dijo con amabilidad. Su madre lo observaba con el ceño fruncido.

-¿Os parece que cenemos ya? -Él movió la cabeza.

-Madre, vos siempre con tan buen apetito... Eso está muy bien. -La anciana soltó una risita.

-Por supuesto, y doy gracias a Dios.

-Pero habéis de permitir que me asee... -Ella suspiró, resignada.

-Pero no tardéis mucho, que me muero de hambre -le concedió de mala gana. - Además, después de la cena hemos de comentar los detalles de la próxima fiesta... -Él se encogió de hombros.

-Tiempo habrá para hablar de la celebración -dijo en tono aburrido, pero ella insistió:

-Falta menos de una semana y hay que darse prisa, pues son muchas las cosas que habrá que preparar. -Él sonrió, afable.

-Todo estará a punto, os lo prometo -dijo, besándola de nuevo.

Abandonó el salón a grandes zancadas, seguido por un criado que cerró la puerta de golpe.

En el exterior la cocinera, que era una viuda entrada en años y en carnes, cruzaba el patio embarrado para dirigirse a los fogones. Un pequeño jardín daba la cocina, y allí estaba el pozo donde un rato antes había ido a recoger el agua para la cena de los señores.

Dentro del comedor, en una gran chimenea de piedra chisporroteaban unos troncos, y el resplandor de las llamas daba a la pieza un aspecto acogedor. Las paredes estaban cubiertas con tapices de brillante colorido, y los artesonados hermosamente decorados. En el suelo había una alfombra flamenca, de arabescos negros y rojos. Apoyado en el muro destacaba un largo aparador en el que se apiñaban vajillas costosas, copas de oro

y bandejas de plata.

La gran mesa se hallaba iluminada por dos lámpara de aceite, y sobre el tablero se encontraba dispuesto el servicio para varios comensales. Los criados habían colocado cuchillos, cucharas, la sal y el cuchillo de cortar el pan.

Otros sirvientes habían rodeado la mesa con frondas de helechos para protegerla de los mosquitos, y por fin trajeron una humeante fuente con la sabrosa sopa.

Viendo que estaba a punto la cena, las señoras no tardaron en sentarse a la mesa. El conde se dejó caer en su asiento, y le indicó al capellán recién llegado que bendijera los alimentos.

-Por favor, una bendición corta -bromeó. Él se encogió de hombros:

-A vuestro gusto, mi señor.

Puso ambas manos sobre la mesa, inclinó la cabeza y rezó brevemente en latín.

-Amén -respondieron las damas. Don Alonso parecía muy animado.

-La caza ha sido abundante hoy -. Han caído dos venados, un jabalí y una docena de liebres. -El religioso se santiguó.

-Alabemos a Dios -dijo, relamiéndose, y se oyeron algunas risas.

-Amén -repitió la señora, mirándolo de reojo.

Los criados se afanaban trayendo las viandas, más pan y queso, además de diferentes clases de vino. Uno de ellos se adelantó, respetuoso:

-Decid si queréis las truchas primero. Están tan frescas que hace unos minutos saltaban en la sartén. -El conde lo miró, burlón:

-¡Hombre de Dios! Traedlas antes de que escapen.

Brindó acto seguido, mirando a las señoras por encima de su copa.

-Salud a todas -les deseó de corazón.

Después de la cena, el conde pidió una cítara y acompañándose con ella interpretó una alegre canción. Luego estuvo comentando los detalles de la fiesta con doña Constanza y sus amigas.

Al parecer, Don Alonso había organizado un gran festejo con diversiones para el pueblo. Les explicó que habría mercado, romería con magos y saltimbanquis, espectáculo de danza oriental y la participación de malabaristas y comediantes.

-Ah, la danza es uno de mis pasatiempos favoritos -suspiró una de las damas.

-Habrá un gran banquete donde todos estarán convidados, y un certamen de tiro con arco. Y, como agasajo a mi señora madre, entre todos los siervos le harán un obsequio por su festividad.

Además, según dijo, una famosa cantante de palacio acudiría al castillo para representar una obra de teatro musical.

Las damas mostraron su regocijo y el conde se aproximó a doña Constanza.

-¿Os imagináis quién es? -Ella pareció sobresaltarse.

-No será...

La misma -dijo él, muy cerca de su oído.

-Ah, qué emocionate -suspiró la señora.

Les estuvo contando a sus amigas que don Alonso había conocido a la actriz hacía varios años, el día en el que el rey festejaba el bautizo de su hija menor, fruto de su relación con María de Padilla.

-Debe tener ahora unos treinta y cinco años -concretó. -Por entonces el rey tenía consigo a doña María, ya que no pensaba casarse con doña Blanca de Borbón, su futura esposa...

-Madre, conteneos...

-Dejadme tranquila -protestó la dama.

Siguió comentando hechos picantes sucedidos en la corte y, después de estar hablando un rato, pareció mostrar un cierto cansancio.

-Habéis de perdonarme -rogó. -Con la venia de todas, voy retirarme a mis aposentos. Estoy fatigada... -Don Alonso movió la cabeza.

-Si no hablarais tanto...

Después de retirar las mesas, los criados salieron hacia la cocina. Don Alonso se volvió a su asistente, que aguardaba de pie.

-Bien, ya es suficiente por hoy. Hay que salir temprano mañana... Preparad los avíos, no hay tiempo que perder.

Se levantó disculpándose y salió de la habitación. La madre suspiró, resignada.

-Veremos cómo paso la noche. -Una de sus amigas la observó, malévola.

-La pasaréis sola, me temo -dijo, y ella se echó a reír.

-Quizá me acompañe un buen mozo... -La inválida la observó, asombrada.

-¿Cómo decís? -Ella contestó con un suspiro.

-Qué más quisiera yo... -se burló.

La enfermera que la atendía era una mujercita pequeña y agradable, con el pelo canoso escondido bajo una blanca toca. Cuando la dama la vio entrar, su expresión se suavizó.

-Qué haría yo sin vos... -pronunció en voz baja.

Ella la condujo a la alcoba, donde la aguardaba una cama enorme con dosel. Empezó a prepararla, desabrochándole la ropa, y cuando acabó de desvestirla, la anciana se estiró sobre el lecho con las manos detrás de la cabeza..

-Qué maravilla, librarse de ellas... -confesó.

La enfermera se echó a reír. Después de ordenar los vestidos para el día siguiente, apagó las luces y salió, dejándola a oscuras en el recinto abovedado.

En el castillo, todo el servicio se había reunido en el patio de armas, frente a las escaleras que llevaban a la torre principal, a fin de recibir instrucciones. Los sirvientes se dispusieron a acondicionar el interior y el exterior del palacio, y los mozos de cuadra se

prepararon para recibir a los huéspedes con sus cabalgaduras. Al parecer, uno de los lacayos se había dado de cabeza contra la viga del dintel, con tal fuerza que salió despedido de la silla.

-Por todos los demonios -vociferó, llevándose ambas manos a la frente dolorida. -Por mis muertos, que esto no me augura nada bueno para los festejos.

Un criado pasó montando un mulo sin ensillar. Ahora los vigilantes ocupaban sus puestos junto a la muralla exterior mientras que luego, durante la fiesta, sólo los centinelas cumplirían servicio, ya que era día de descanso para el resto de la guarnición.

Pasado un tiempo el caporal, un hombre gigantesco, se presentó ante el conde.

-Todo está dispuesto, señor -se inclinó. Don Alonso asintió.

-No esperaba menos -le dijo.

Varios siervos salían de la cocina bajando la rampa, mientras la camarera mayor se asomaba por la ventana superior de la torre y les gritaba algo referente a la disposición de las mesas. El cocinero ya había afiliado su cuchillo para sacrificar un cerdo, un animal enorme que pateaba amarrado en el suelo, haciendo que las ratas huyeran despavoridas.

En un rincón estaban almacenadas las mesas de patas plegables y los bancos que se necesitarían para el banquete, ya que la cena iba a celebrarse a la hora del crepúsculo en el gran patio de armas donde solían congregarse los caballeros y sus escuderos.

En el interior, se preparaba el escenario para la función que completaría la fiesta. Había llegado el bufón de la corte, que tenía permiso para practicar con el arpa del rey y era un pícaro indomable.

-Aquí va a ocurrir algo malo -vaticinó, olisqueando alrededor. Una joven dama lo miró, extrañada.

-Pero, ¿qué decís? ¿Qué puede ocurrir? -Él bajó la voz:

-Algo diabólico se está preparando...

Sin perder de vista el torcido rostro de su interlocutor, la doncella soltó una risita.

-Sin duda que estáis loco -dijo, moviendo la cabeza. -Bien, es vuestro trabajo y os pagan para eso ¿verdad? -el otro pegó un brinco.

-Y me pagan muy bien -se burló, terminando con una pirueta.

La primera persona en llegar, la víspera de la representación, había sido la cantante principal. Era alta y esbelta, de curvas generosas, y sus ojos de un color almendra le daban aspecto felino. La presentaron a todos como doña Lucía de Ochoa. Iba vestida de manera extravagante, con telas de seda, y mostraba un aspecto seductor. Por algo la consideraban una de las mayores bellezas de toda Andalucía. Tenía una frente amplia y un rostro inteligente, y llevaba dos grandes trenzas rubias enrolladas a ambos lados de la cabeza. A pesar de no ser muy joven, su piel seguía siendo tersa y suave.

Cuando se presentó ante todos, sus cabellos parecían de oro. La señora y sus damas de compañía intercambiaron miradas de asombro.

-El tiempo no parece haber pasado para ella -comentó alguien, y doña Constanza

respondió:

-Según he oído, su voz sigue siendo la misma... tan modulada y pura como siempre.

-Luego, poniéndose en pie, se dirigió a donde estaba la invitada.

-Espero que os sintáis a gusto en nuestra casa -le dijo, y ella se inclinó.

-Os estoy muy agradecida a vos y a vuestro hijo, el señor conde. -Doña Constanza sonrió, halagada.

-No tenéis por qué.

Ya las damas habían reanudado sus conversaciones, cuando el conde irrumpió en la sala.

-Ha surgido un gran inconveniente -dijo, y ante la extrañeza de todas, explicó: -Al parecer, nos ha fallado el primer personaje masculino. El protagonista está enfermo, y no puede acudir.

Doña Constanza no disimuló su decepción.

-¿Y eso? -su hijo estaba serio.

-Según me han explicado, el cantante se encuentra indispuesto por un alimento que ha ingerido en malas condiciones.

-Y, ¿qué vamos a hacer? -Él hizo un gesto vago.

-Ante la inminencia de la función, habrá que buscar otro cantante. Tendremos que contratar a un sustituto.

-Es un verdadero fastidio -rezongó la dama.

A última hora, después de una precipitada búsqueda, parecieron dar con la persona adecuada.

-He hallado a nuestro hombre -le dijo don Alonso a su madre. -Se trata de un cantante que reside en Sevilla. Está disponible, conoce la obra porque la ha representado varias veces, y se ha comprometido a actuar.

La dama parecía disgustada, pero terminó por aceptar lo inevitable.

-Bien, esperemos que el cantante acuda a tiempo, para hacerse cargo del papel.

Por fin pudieron conocerlo. Era un hombre maduro, y al presentarse ante la dueña del castillo hizo una profunda reverencia, hasta rozar con su capa el suelo.

-Sed bienvenido -lo acogió ella, sin mostrar demasiado entusiasmo.

-Es una verdadera honra para mí poder servirlos -manifestó él con una agradable sonrisa.

-Os conducirán a vuestro alojamiento -indicó la dama con un gesto displicente.

-Y yo os quedo muy agradecido, señora -replicó él con gentileza.

Por fin había amanecido el día de la celebración, y comenzaron a acudir los invitados al castillo. No era seguro que asistiera el rey, aunque sí alguno de sus familiares, e incluso se barajaba el nombre del príncipe.

Para la gente del pueblo se dispusieron bancos y tableros sobre caballetes alrededor

del patio. En el centro colocaron una fuente circular, y alrededor habían dispuesto hermosos candelabros de cristal. Los numerosos asistentes ilustres se acomodaban en sillones, sillas plegables y bancos de alto respaldo tallado, sobre blandos cojines de damasco.

El primer acto programado era una copiosa cena, donde todos fueron servidos por igual. A la hora convenida sonaron las trompetas, atabales y otros instrumentos, y varios criados con librea entraron en el gran salón donde aguardaban los invitados, para indicarles que la cena estaba servida.

Habían iluminado la gran mesa con velas, y estaba cubierta con un espléndido mantel. Se encendieron velones y todo tipo de luminarias, y duró el banquete varias horas. Todos disfrutaron de una cena excelente, amenizada por los músicos. Los campesinos solían consumir a diario papillas y gachas, pero hoy tendrían carne en abundancia, y buenos vinos a voluntad. De entrada se sirvieron ostras cocidas y, como algo extraordinario comieron salmón, anguila, lamprea y lucio recién pescado.

En la mesa de los señores se consumía poco pan, pero mucha carne de ciervos, jabalíes, liebres, perdices, codornices y faisanes. Entre las aves de corral el conde prefería los gansos y pichones. Después de una serie de platos, terminaron el banquete con postres de dulces y quesos.

La cena fue un todo un éxito. Las damas se adornaban con alhajas de oro y ropas confeccionadas con telas de seda, y Doña Constanza, que había ocupado el lugar de honor en la mesa principal, lucía un colgante con más de doscientas perlas medianas que entre todos le habían regalado. A su derecha estaba el conde, su hijo, quien alzó la copa que tenía delante.

-Por la señora del castillo, para que Dios le otorgue tanta salud y vida como ella merece -brindó.

Doña Lucía de Ulloa se había cambiado de ropa y sus vestidos estaban llenos de brocados. Estuvo sentada a la izquierda de doña Constanza, y todos cuantos la miraban quedaban deslumbrados.

Le caía por la espalda el cabello, casi hasta la cintura, tan sólo sujeto por una guirnalda de flores naturales. La moda de los cabellos rubios hacía furor entre las damas: había comenzado en época muy antigua, cuando los romanos trajeron cautivas rubias de la Galia. Al principio, las aristócratas hacían fabricar pelucas rubias del pelo de las galas cautivas. Más tarde todas aclaraban sus cabellos con pomadas de sebo natural de cabra, cenizas de haya o cocimientos de diversas plantas.

Frente a la cantante habían situado a su compañero de reparto, que durante toda la cena se mantuvo en silencio. Vestía un elegante traje de brocado de oro. Parecía no prestar atención al espléndido festín, y en el transcurso de todo el banquete se dedicó a mirarla, sin que ella aparentara advertir su interés.

Terminada la cena, desaparecieron como por arte de magia las mesas plegables y

se cambiaron de sitio los asientos para celebrar el baile. Allí mismo se habían izado palos de abedul para que la gente danzara alrededor, al son de las guitarras, tambores y castañuelas. La actriz se cambió nuevamente de ropa, y estrenó para la ocasión un vestido estampado y sutil, tan favorecedor que todos se maravillaron al verla.

Hubo después danzas moriscas, que arrancaron aplausos a todos. Finalmente, iba a dar comienzo en el interior la representación teatral, por lo que todo el público se dirigió a la sala.

Los personajes fueron desfilando ante la señora del castillo, que lucía en su pálida mano un precioso anillo de rubíes, regalo de su hijo. El mayordomo le ofreció por su parte un pergamino miniado con el argumento de la obra.

Empezó la función y se interpretó el drama *La ciudad de las damas*, acompañada por los músicos de la corte. En ella, dos amantes que habían pasado la noche juntos eran sorprendidos por el marido. Al final, la representación daba a ver que el amor no era más que un invento de los trovadores.

Se desarrolló la tragedia hasta la escena final, en que la actriz tenía que matar a su amante. Pero, ante el estupor de todos los presentes, lejos de simularlo, la protagonista acuchilló realmente al actor.

De momento, todo el mundo aplaudió. Pero después de unos instantes todos quedaron mudos, al ver el cuerpo grotescamente rígido, caído sobre el tapiz que iba tiñéndose de rojo. Se oyeron exclamaciones en la sala. El hombre susurró algo débilmente, cerró los ojos y dejó de moverse, mientras un hilillo de saliva mezclada con sangre le corría por la pálida barba.

Ella permanecía en pie, temblorosa.

-Todo se ha cumplido -musitó, y añadió con tristeza: -No me queda nada por hacer.

Don Alonso maldijo entre dientes. Parecía asombrado, y cruzó la estancia hacia el escenario.

-¿Qué significa esto?

Ella se volvió, con los ojos desorbitados. De pronto, se mostró muy cansada.

-No merecía vivir -suspiró.

-Pero... ¿quién sois vos para decidir la vida o la muerte...? -El conde la observó con el ceño fruncido. -Y que esto tenga que ocurrir en mi casa, en una ocasión tan especial...

La actriz parecía confusa, y la diadema de flores que llevaba se había desprendido de sus revueltos cabellos.

-Yo... lo lamento, señor. No pretendía perjudicaros, ni a vos ni a vuestra digna madre...

El conde se mordió los labios, mientras los invitados observaban la escena con una mezcla de horror y curiosidad.

-Pues a mi digna madre, como vos decís, bien que le habéis aguado la fiesta.

En medio del alboroto, el alguacil que estaba entre el público irrumpió en el escenario.

-Que nadie toque nada -ordenó. Luego se dirigió a la actriz. -¿Es vuestro ese puñal?
-Ella asintió con un gesto.

-Lo es -replicó, con la mirada baja. El hombrecillo tosió.

-Supongo que ha sido un accidente - dijo, y ella negó con la cabeza:

-No ha sido un accidente. Yo deseaba quitarle la vida...

El alguacil parecía aturdido, y llamó al escribano.

-Acudid a dar fe de los hechos, en nombre de Dios -le indicó. Y volviéndose a ella:
-¿Pensáis que vuestra acción va a quedar sin castigo?

Apareció un hombretón desgarbado que caminaba arrastrando los pies. Había una nota de orgullo en su voz.

-Siempre a vuestro servicio, señor. -El conde se había dejado caer de nuevo en el sillón.

-No acabo de creerlo -resopló. -Esto parece cosa de locos...

Mientras, el alguacil tomó la decisión de retener a la cantante y trasladarla a las mazmorras del Concejo, a fin de iniciar la indagación y hacer que la dama fuera juzgada legalmente por un tribunal. Al fin y al cabo, era su deber ayudar en sus pesquisas al conde y hacer cumplir las sentencias.

Ante la sede del tribunal el alguacil descendió de su coche, tirado por una mula torda. Iba acompañado del escribano y dos secretarios. Al entrar en la sala todo el mundo se puso en pie, y los ujieres se inclinaron en una reverencia.

La sala del tribunal acabó de llenarse. Iba a comenzar el interrogatorio a la supuesta homicida, y el funcionario golpeó la mesa para exigir silencio. El escribano estaba sentado a una mesa frente al estrado, y escribía en un pergamino. Todo el conjunto servía para infundir en los presentes respeto y temor.

Delante, dos oficiales ocupaban una mesa alargada, y en medio la acusada guardaba silencio, como ajena a cuanto la rodeaba.

-¿Seguís afirmando que cometisteis asesinato con premeditación? -Ella se humedeció los labios resecaos.

-En efecto, señor. -Él se volvió, cruzándose de brazos.

-Me resisto a pensar tal cosa de una dama como vos.

-Creed lo que queráis. -Él levantó la vista.

-¿Sabéis la pena que os espera? -Hizo una breve pausa y prosiguió: -Podrán aplicaros horribles suplicios. ¿Conocéis el tormento del agua, del hierro candente?

Ella había inclinado la cabeza. Sus hombros se tensaron.

-Ningún suplicio dura para siempre -dijo, con un ligero temblor en la voz.

-Al final, os ajusticiarán -la amenazó él.

Ella había ahogado un sollozo. Luego trató de serenarse.

-No me preocupa, no deseo vivir -Él enarcó las cejas.

-Pero, ¿podréis afrontar los sufrimientos? -Ella musitó:

-Nada será peor que seguir en el mundo.

El alguacil no era un hombre duro ni cruel. Estaba haciendo lo posible por salvar a aquella desgraciada y, cuando habló de nuevo, su tono era afectuoso.

-¿Nos importa vuestra profesión? ¿Y vuestros amigos? -Ella lo miró.

-¿Creéis que me queda alguno, después de lo que he hecho?

Él dejó transcurrir unos momentos antes de proseguir:

-Podríais alegar locura. -Doña Lucía clavó la mirada en el suelo.

-Nunca he estado más cuerda que ahora -repuso, con una sombra de melancolía. El hombre se mostraba pensativo.

-¿Cuál fue el motivo de vuestra acción? -interrogó.

-No os importa -replicó ella, y el alguacil soltó un puñetazo en la mesa.

-¿Conocíais al difunto? -dijo al fin, más calmado.

-Tampoco os importa.

El hombre se removió, incómodo.

-Algún motivo tendríais... nadie hace eso por nada. -La actitud de la actriz no cambió.

-No tenía ninguno.

-Entonces, no hay duda de que estáis loca...

Ella palideció. Se sentía observada por el tribunal y el resto de la sala.

-No lo estoy -dijo serenamente. El funcionario se encogió de hombros.

-Os estáis cavando la tumba... o algo peor. Bien, hemos terminado -dijo, levantándose, y le hizo una seña a su ayudante. -Llevala a las mazmorras, hasta que el conde emita el veredicto final. -El otro asintió.

-A sus órdenes, señor -repuso.

El escribano se había levantado y enrolló el pergamino.

-¿Cuál pensáis que será la sentencia del conde? -preguntó en voz baja, y el alguacil respondió con otra pregunta:

-¿Cuál creéis vos que será?

La expresión de ambos no presagiaba nada bueno.

-Creo que la condenarán a muerte, por decapitación -admitió el funcionario. -Luego... entregarán su cuerpo a los cuervos. -El escribano asintió.

-Que Dios se apiade de su alma -dijo con un suspiro.

La sentencia final se daría a conocer en el castillo, pues era el conde quien estaba obligado a dictarla. Se estuvieron llevando a cabo los preparativos para la reunión, para lo que se convocó a todas las personas importantes que habían asistido a la fiesta. Habrían de reunirse en la gran sala, dispuesta para la ocasión.

Una vez llegado el momento, don Alonso le ordenó al alguacil que mandara llamar a la dama, que apareció con rostro descompuesto. Todos guardaron silencio, y el conde

mostró su disgusto.

¿De manera que os declararéis culpable?

-Así es, señor -dijo ella con suavidad.

-Y, ¿puedo conocer vuestros motivos?

Ella no contestó, y él inspiró profundamente.

-Esto es indignante -gruñó. -Me habéis dejado como un estúpido ante mis invitados.

-La actriz lo miró.

-No pretendía eso, ruego me perdonéis.

-¿No os importa morir? -Ella denegó.

-No quiero vivir después de lo que ha sucedido. -El conde estaba tenso.

-Bien, yo no puedo hacer más -dijo secamente. -Seréis conducida a prisión y ajusticiada. Será el domingo próximo por la mañana, después de la misa, como manda la ley. -La actriz cerró los ojos.

-Haced lo que debáis -murmuró.

Ahora don Alonso daba grandes zancadas, enojado, y se volvió hacia ella.

-Sois imposible -la recriminó. ¿No queréis añadir nada más?

Doña Lucía agachó la cabeza y no dijo nada. Él se dirigió a los presentes.

-Todos fuisteis testigos de su malvada acción. ¿Alguien tiene algo que decir?

Se miraron unos a otros. Doña Constanza estaba rebuscando en su bolsa, sacó un pañuelo y se sonó ruidosamente.

-Yo tengo algo que decir, y solicito declarar.

-¿Vos, madre?

-Yo misma. ¿Es que no puedo? -La voz de la señora era firme, y su rostro estaba serio. Insistió:

-En realidad, tengo mucho que decir al respecto. -El conde la tomó del brazo.

-¿Lo habéis pensado bien? -Ella lo rechazó con suavidad.

-Claro que lo he pensado -tosió. -¿Por quién me tomáis? Todavía no estoy chocheando, y tengo los pies sobre la tierra... Faltaría más.

La señora pareció meditar un momento antes de seguir. Tenía que medir bien sus palabras.

-Conozco a la acusada desde hace mucho tiempo -dijo con un ligero carraspeo, y todos se volvieron a mirarla. -Conozco su historia, y los motivos que ha podido tener para acabar con la vida de ese hombre.

Apoyada en su bastón trató de incorporarse, y en su rostro se dibujó una mueca de dolor. Los presentes la observaban, atónitos.

-De lo que voy a relatar hace ya quince años -se detuvo un momento, apenada. -Por entonces, todavía vivía mi esposo...

Se observó las arrugadas manos y prosiguió:

-La madre de esta dama empezó siendo mi doncella. Se llamaba Florinda, y llegó a

convertirse en una de mis mejores amigas...

Tosió nuevamente, y le dieron a beber un poco de aguamiel. Siguió hablando despacio:

-Lucía empezaba a cantar. Tenía una voz magnífica, aunque no era famosa todavía. En una fiesta que dio el rey conoció a un cantante bastante mayor, y ya acreditado en la corte.

Era tal el silencio que se oía volar una mosca.

-Ella se convirtió en su protegida -añadió, como pensando en voz alta. -Entonces, abusando de su ingenuidad, su protector se aprovechó de ella y la forzó.

Hubo un murmullo de desaprobación, y la anciana siguió hablando como si no lo hubiera advertido:

-Después de seducirla, él la dejó abandonada de la forma más despreciable.

Súbitamente la actriz se llevó las manos a las sienes.

-Por su madre supe que Lucía se había quedado embarazada -añadió la madre del conde, y se detuvo para comprobar el efecto de sus palabras. Luego prosiguió: -Pronto supe que había dado a luz un niño.

Todos escuchaban a la anciana sin perder una sílaba. Según afirmó luego, el responsable se negó a tomar a la muchacha en matrimonio, por más que le rogaron. El rostro de la actriz estaba tenso.

-Y ese hombre ruin, no sólo despreció a la madre, sino que trató de eliminar al niño. Pero, ante los ruegos de Florinda, se limitó a darlo en adopción.

Se dio la vuelta y dijo, mirando a todos los presentes:

-Quiero que todo el mundo conozca la verdad: ella no ha actuado por locura, pero tampoco por maldad.

Lucía estaba pálida ahora.

-Es cierto, el hombre que he matado era el padre de mi hijo -declaró tristemente. -No me arrepiento, y lo haría otra vez.

Y a continuación, ante la alarma de todos se desplomó en el suelo, víctima de un profundo desmayo. Sin escuchar una palabra más, el conde hizo una seña al alguacil. Luego abandonó la sala y se dirigió a los establos.

Lo sucedido andaba en lenguas de todo el condado, y cada cual se apresuraba a dar su opinión sobre la posible sentencia. Desde los que auguraban una muerte ignominiosa precedida de toda clase de tormentos, a los que, teniendo en cuenta la nobleza del conde, se inclinaban por un destierro de por vida.

Don Alonso consideró detenidamente los hechos. Comprendió que su madre, tras recordar sin temor el pasado, le estaba pidiendo clemencia.

-Tenéis un buen móvil que considerar -le había dicho ella, mientras fingía concentrarse en su labor de hilo. -Obrad en conciencia, hijo mío, según vuestro recto juicio.

-Él la observó un momento.

-Por unos momentos, temí... -Ella alzó la mirada.

-¿Qué temíais? -rezongó. -¿No tenéis confianza en vuestra anciana madre?
¿Pensabais acaso que iba a revelar nuestro secreto?

El rostro de él se suavizó.

-No, por Dios... -Ella siguió con su labor.

-¿En tan poco aprecio me tenéis? -preguntó sin mirarlo. -¿Iba yo a decir que vuestro padre y yo adoptamos al niño? -prosiguió. -¿Que aquella criatura se ha convertido en vuestro único hermano, en un muchacho al que adoráis? -Él movió la cabeza.

-Significa tanto para mí... -declaró, pensativo, y luego añadió: -No podemos perjudicar a Íñigo con esta tragedia familiar. Sería condenarlo para toda su vida al escarnio, o a algo peor. No puedo permitirlo.

-¿Quién va a permitirlo? -refunfuñó ella. -Muy poco conocéis a vuestra madre si pensáis tal cosa - añadió, con una sonrisa desdentada.

-Lo siento, perdonad. Pero, ¿qué explicación daremos? -preguntó el conde, muy turbado.

Por toda respuesta, doña Constanza se limpió la nariz con su pañuelo de encaje. Después de unos momentos le respondió con otra pregunta:

-¿Hay que dar alguna explicación? Con lo que ya se ha hablado podéis dejarla libre, considerando sus motivos.

-No me parece justo -Ella juntó las manos.

-Hijo, dicen que lo mejor es enemigo de lo bueno. Dejémoslo así -suspiró. -Pronto se olvidará el suceso, y se alabará vuestra benevolencia.

El conde se volvió.

¿Vos lo creéis? -Ella habló en tono más ligero.

-Pues claro que lo creo. Y, según dicen, sabe más el diablo por viejo que por diablo...

-Don Alonso agregó, pensativo:

-Ni siquiera la madre conoce su verdadera identidad. ¿Pensáis revelársela?

-Arreglaremos eso, pero hay que hacerlo con mucha cautela -repuso la dama. - Y confiad en mí.

Él parecía más calmado.

-Está bien, Lucía quedará libre y disculpada -Doña Constanza suspiró, como si se hubiera librado de una pesada carga.

-En cambio, el recuerdo de ese hombre vil permanecerá maldito en toda la comarca... -pronunció en voz baja.

EPÍLOGO

Aquel fin de semana, los hechos se precipitaron. La actriz empeoró, y fue trasladada al hospital anejo a la iglesia, donde podría recibir un mejor tratamiento por parte de las monjas.

El monasterio y el convento de monjas eran instituciones individuales, cada una con sus propios edificios y diferentes fuentes de ingresos; sin embargo, compartían la iglesia y varias construcciones entre las que se encontraba la espaciosa sala que constituía el hospital. Había en ella varias camas, una vitrina con instrumentos médicos, y un pequeño lavabo.

Don Alonso, que la fue a visitar, dio la voz de alarma. A su llegada al hospital halló a la enferma con las facciones descompuestas; sus dientes castañeteaban y tenía las manos heladas. Le tomó el pulso en la muñeca y en el cuello.

-Es preciso que la vea el médico -aconsejó. -Tiene que acudir enseguida, su corazón está muy débil y puede morir.

Un peregrino comentó que los doctores musulmanes eran superiores a los cristianos. Otro afirmó:

-Conozco a uno que vive en Sevilla, y fue cirujano con el ejército del rey durante muchos años. Dicen que ha estudiado a Avicena, el gran médico del islam; lo ha leído entero, poco a poco, a lo largo de su vida.

No fue difícil encontrar la casa del médico, que llegó en cuanto pudo y examinó a la paciente. Aunque ya la edad le curvaba la espalda, era de elevada estatura y debió ser vigoroso en su juventud. El anciano iba vestido de negro y llevaba el cabello largo sobre los hombros.

Estuvo reconociendo a la enferma con todo cuidado. Luego se volvió a los presentes: sin duda sospechaba lo peor.

-Se trata de una dolencia rara y mortal -dijo con voz profunda. -Es imposible salvarle la vida, pues se trata de un daño en el alma, y eso no tiene cura.

Aunque dos monjas se quedaron con ella, un agravamiento de la enfermedad se la llevó de madrugada. Avisaron al conde que, en cuanto lo supo, se dirigió a toda prisa al hospital. Ascendió los escalones de piedra y entró en el recinto, donde lo aguardaban el médico, la sanadora y algunas monjas del convento.

Pero la actriz había muerto ya. Yacía sobre la cama con los ojos cerrados, inmóvil y pálida, y sus rubios cabellos se esparcían sobre la blanca almohada. Se pusieron todos en pie y un sacerdote, que le había administrado los sacramentos, hizo una inclinación.

-Se nos ha ido, señor -le dijo en tono grave. El conde observó a Lucía.

-Dios nos proteja a todos -rogó.

-Que así sea -le contestaron al unísono.

Don Alonso sabía que su madre se sentiría muy afectada por aquella muerte y notó como si una mano le apretara la garganta. Trató de serenarse.

-¿Necesitáis algo de mí? -le preguntó al médico, y él denegó. -Por cierto, ya he dispuesto que se os abonen vuestros honorarios -le dijo.

-Os estoy muy agradecido -le contestó el hombre en voz baja.

Luego, el anciano se inclinó profundamente y abandonó la sala.

Al día siguiente era domingo. Acababa de alzarse el sol en el horizonte cuando un caballero bien plantado y de elegante vestimenta llegó al castillo y pidió ser recibido por el conde. Llevaba una túnica de viaje de cuero, botas altas con vuelta, y la espada colgada del cinto.

Se trataba de un jinete de unos treinta años, y venía cabalgando en un bayo de considerable alzada. Delante avanzaba en una yegua un pajecillo vestido de verde.

Al hallarse ante el dueño del castillo, lo saludó con una inclinación, y le dio cuenta de quién era, y a lo que venía.

-Es de parte del rey, nuestro señor -dijo con voz respetuosa.

Estuvo explicando que el monarca necesitaba reunir a todos sus hombres para su guerra contra Francia. También le habían encargado que recaudara fondos, por mandato real.

-Sus arcas están vacías. Por eso, el rey ha convocado en palacio a todos los nobles del reino. Necesita su ayuda -aclaró.

El enviado se aclaró la garganta y prosiguió, enérgico:

-Se trata de un asunto de gran importancia, así que habréis de acudir de inmediato a la corte.

Don Alonso frunció el ceño. Tanto él como el resto de los caballeros y nobles de su condición, debían costear las armas, la armadura y un carísimo caballo de batalla para poder cumplir con la obligación de servir al rey. Y ahora, además, se les pedían nuevos tributos.

En adelante hubo en el castillo un ir y venir continuo de recaderos, terratenientes y servidores. Los perros ladraban nerviosos y los caballos piafaban, inquietos.

Fuera ya de las murallas, el conde gritó una orden a sus lacayos y les preguntó si habían repasado bien los arneses y las armas.

-Por supuesto, señor. Todo está dispuesto para la marcha -oyó que le decían.

Viajaba acompañado por un séquito de tres caballeros vecinos que lo precedían, seguidos de otros tantos palafreneros, y un puñado de sirvientes que iban a la zaga.

La vida seguía en el castillo. Ignorante de la tragedia, el joven paje se estaba preparando para unos juegos galantes en el alcázar del rey en Sevilla, para despedir a las

tropas.

A todos admiraba aquel apasionado joven de cabellos rubios y ojos azules. Era fuerte y apuesto y se había pasado media vida cazando, participando en justas y practicando esgrima.

Era consciente de que tenía que mantenerse en forma, no perder el manejo del caballo. Ahora deseaba llegar a ser un caballero fuerte y audaz, y luchar por el rey como lo había hecho siempre don Alonso. Además, con el tiempo el monarca lo convertiría en señor y, como a él, le concedería aldeas y tierras. Le agradaba saber que, al llegar a su destino, la mesa real lo aguardaba provista de una vajilla de plata deslumbrante, ya que los escuderos estaban obligados a limpiarla después de cada plato.

Escuderos y pajes acudieron corriendo desde todos los lugares, acompañados de sus perros, Los lacayos iban y venían, y se abrían paso por entre los caballos que pateaban, excitados.

Cuando cruzaron el puente levadizo para dirigirse al palacio del rey, iban cabalgando juntos caballeros, escuderos y mozos, y entre todos destacaba aquel joven de porte aristocrático, que vestía ropa costosa y tenía el aspecto de un infante de sangre real.



CUENTO DEL PRIOR

LA MUERTE DEL OBISPO

La península ibérica era en este tiempo un conjunto de reinos y estados, y las fronteras entre la España cristiana y la musulmana cambiaban cada día. Existían dos mundos distintos: el Andalus musulmán y los reinos cristianos, y la vida cotidiana se desarrollaba en torno a la frontera. Sevilla fue reconquistada a los árabes por el rey don Fernando el santo, antepasado del actual rey, y que ya había tomado Córdoba y Jaén.

Las ciudades andalusíes eran más grandes que las castellanas y con mayor actividad, y sus castillos formaban parte del paisaje. En los reinos cristianos seguían habitando musulmanes, llamados mudéjares, que tenían sus propias mezquitas. Además estaban los judíos, que vivían en barrios separados y celebraban sus ceremonias religiosas en sus sinagogas. Todos disponían de sus propias carnicerías, necesarias para poder consumir la carne sacrificada según sus ritos.

En tiempo de los árabes habían entrado en la Península muchas familias hebreas, que se quedaron en España. Se establecieron en las más importantes poblaciones, donde

acataron la autoridad del rey y llevaron a cabo sus actividades, tanto artesanas como mercantiles. No obstante, se dictaron leyes que les prohibían el trato con los cristianos, teniendo que residir en los arrabales, donde pagaban altos impuestos y construían sus sinagogas. Las dificultades aumentaron con la guerra entre Pedro y su hermanastro Enrique, ya que fueron confiscados sus bienes y destruidos sus palacios. Esto hizo que disminuyera su población en poco tiempo.

La iglesia, la mezquita y la sinagoga eran el refugio espiritual de las gentes, y su vida se desarrollaba al son de las campanas o de la llamada a la oración del muecín. Cada cual debía ejercer todas sus actividades hasta el día de su muerte, de forma que los ancianos seguían laborando en el campo, luchando en las batallas o sumándose a lejanas peregrinaciones. Nadie sabía con exactitud la fecha de su nacimiento, ni podía hacer planes para el futuro. Los que emprendían un largo viaje o marchaban en peregrinación, no sabían cuándo estarían de vuelta. Para ellos no existía más que la alternancia del día y la noche, del verano y el invierno, que era cuando las gentes dormían más y trabajaban menos.

El pueblo se acostaba pronto. Las velas de cera o de pez eran caras, así como las lámparas de aceite, que además eran peligrosas. La noche se consideraba el momento idóneo para incendios, traiciones y peligros sobrenaturales.

Para salir al exterior por la noche usaban la tea, un trozo de madera con algo de fibra enrollada, impregnada de aceite o de cera. Apagar una tea no siempre era fácil, por lo que en el exterior de algunas casas se instalaban recipientes en los que se introducía el extremo ardiente de la tea para apagarla sin peligro.

El tiempo se ajustaba al ritmo de los trabajos agrícolas, o al pago de las rentas al señor. Febrero era un mes de descanso en el hogar, al calor de la lumbre. En marzo las gentes volvían al campo, cavaban las viñas y cortaban los sarmientos. Abril era el mes más hermoso del año, cuando los campos se llenaban de flores. Mayo se consideraba el mes del señor, que se iba de caza o se preparaba para marchar a la guerra. En junio recogían la hierba para los animales, y en julio la cosecha. En agosto trillaban, y los meses de septiembre y octubre los dedicaban a la vendimia y a la sementera. Luego, en noviembre, acumulaban leña para el invierno y sacaban los cerdos a bellotear para sacrificarlos en diciembre. Las iglesias tocaban las campanas para anunciar fiestas, avisos de peligro, defunciones, y también el ritmo diario del trabajo y el ocio.

Las principales vías habían sido diseñadas por los romanos. Las recorrían los caballeros, que tenían que acudir a los lugares de conflicto o para tomar parte en las justas y torneos. Viajaban por ellas los campesinos, para llevar sus productos a los mercados o comprar animales de labor, mientras que los jóvenes de familias pudientes acudían a escuchar a los grandes maestros en la universidad de Salamanca, Alcalá o Valladolid.

Se desplazaban también los juglares, llevando sus espectáculos de pueblo en pueblo

y relatando las hazañas de los grandes hombres, reyes y guerreros. También los clérigos viajaban con frecuencia, ya que los obispos visitaban a menudo sus diócesis o acudían a Roma llamados por el papa. Y por fin viajaban los reyes, que se trasladaban con sus cortes de un extremo a otro de su reino.

En los territorios cristianos, la iglesia regulaba todas las ceremonias, desde el nacimiento a la muerte. Fenómenos adversos como sequías, granizadas o inundaciones, que causaban hambrunas y terminaban con la vida de numerosas personas, se achacaban a designios divinos que castigaban al hombre por sus muchos pecados.

Las iglesias eran lugares neutrales, ajenos a la ley secular, de manera que ofrecían inmunidad a los pecadores y delincuentes. De esta forma estafadores, ladrones de feria y otros maleantes las buscaban para ocultarse de sus perseguidores. Las ferias, fiestas y mercados se celebraban ante la fachada, en la plaza contigua, representándose allí escenas de las sagradas escrituras e incluso funciones paganas.

Con este motivo los arquitectos proyectaban siempre un amplio espacio ante la iglesia, pavimentado o empedrado, que impedía la formación de barrizales y ofrecía cobijo en el templo en caso de tormenta. En invierno los feriantes buscaban el calor de la fachada y, si arreciaba una nevada, acababan refugiándose con sus negocios en el interior.

El pueblo en general comía gachas y vestía sayas de tosca lana, pero su actitud no era triste. Por el contrario, las gentes se mostraban bullangueras y joviales: gustaban de festejos, acostumbraban a cantar mientras trabajaban en siegas y talleres, amaban las pantomimas y parodias. Entre ellos solían gastar bromas, y contar chistes y anécdotas subidas de tono.

Celebraban sus fiestas populares, muchas paganas y adoptadas por la iglesia. Se iniciaba el verano con la noche de san Juan que pasaban bailando, cantando y bebiendo a la luz de grandes hogueras, heredadas de los celtas y galos. Festejaban también la siembra y la cosecha, y en la taberna los hombres bebían, bromeaban o discutían, mientras jugaban a las cartas o tiraban los dados.

Normalmente se iniciaban noviazgos en estos espectáculos y a la salida de las misas. Eran frecuentes los casamientos entre vecinos, e incluso entre parientes; y si las familias estaban de acuerdo se llevaba a cabo en la iglesia la boda, que se festejaba sin grandes dispendios entre los simples campesinos. El repudio y el divorcio estaban prohibidos, así como los matrimonios mixtos y las bodas en tiempo de cuaresma. Tampoco se podía obligar a los hijos a una unión que no deseaban, y para efectuar el matrimonio los jóvenes tenían que haber cumplido los catorce años, y doce las muchachas.

Se intercambiaban los anillos en el pórtico de la iglesia y entraban luego para la celebración de la misa. La ceremonia solía oficiarse los sábados. Para casarse no llevaban los novios un traje especial, sino el mejor que tenían, y para la ocasión ambos

se cubrían la cabeza con una corona o un velo.

A la salida, era costumbre ir a rezar al cementerio, que se ubicaba cerca de la iglesia; los ricos se enterraban en el interior y los más pobres fuera. A continuación empezaba la fiesta, que entre los ricos solía durar varios días, y a la que acudía todo el pueblo. Y cuando el novio era hijo de algún importante señor, el banquete era más abundante, los regalos más generosos y las fiestas mucho más largas.

Y aunque muchos eclesiásticos no fueran modelo de buenas costumbres, la Iglesia trataba de mantener a sus fieles en la ignorancia y el temor a las torturas del infierno. La población no se cuestionaba los sucesos diarios y les daba un sentido divino. Estaban resignados a la idea de la muerte y, por tanto, consideraban su estancia en la tierra como camino para la vida eterna.

Ser clérigo era un estado muy solicitado, pues traía consigo importantes privilegios, ya que la Iglesia era la propietaria más rica del reino. La mayoría de los sacerdotes estaban al servicio de las parroquias rurales y, aunque en teoría la continencia fuera obligatoria, pocos eran los que respetaban su voto de castidad.

Los clérigos alcanzaban una edad avanzada, más que el resto de los individuos. Vestían túnicas distintas según la orden a que pertenecieran, y así los hermanos mendicantes la usaban de lana sin teñir, atada a la cintura con una cuerda de cáñamo. El papa ostentaba el máximo poder y lo seguían los obispos, clérigos y monjes que vivían en monasterios. El ermitaño ocupaba el último lugar.

Junto a los individuos que trabajaban y los que hacían la guerra estaban los que oraban en comunidad, los monjes. Los primeros monjes cristianos fueron ascetas solitarios y ermitaños, que pronto se vieron obligados a vivir juntos para afrontar los peligros de la vida en el desierto.

Abandonaban sus casas, sus aldeas o ciudades para ingresar en una nueva familia, donde otros como ellos eran sus hermanos. Practicaban la moderación en las comidas, el silencio y la soledad, así como la abstinencia sexual.

San Benito había fundado en Italia la abadía de Montecasino, que dio origen a la orden de los benedictinos. Más tarde, se construyó en territorio francés el monasterio de Cluny, en el que se llevó a cabo una gran reforma de la regla benedictina, y que extendió el arte románico por todo el mundo conocido. Aunque los monjes no poseían más que su hábito, la vida en los conventos era cómoda, sus construcciones ostentosas y las fincas enormes.

Luego, durante varios años no se recogieron cosechas por causa del mal tiempo, las luchas o las plagas de langosta. Eran tiempos difíciles, y lo fueron también para las abadías y monasterios. La situación llegó a ser desastrosa, a lo que contribuyeron también las crecidas de los ríos, que en ocasiones inundaban y dañaban las edificaciones. Para construir caminos, diques y puentes hubo que empeñar o vender una parte considerable

de los tesoros litúrgicos, que provenían casi siempre de donaciones reales. Las órdenes monásticas encargaban a cada prior que hiciera reconstruir cuanto antes los edificios dañados.

Los sucesos influyeron también en la relajación de las costumbres. Algún prior fue destituido por administración dudosa, y se exclaustró a numerosos monjes por no respetar la castidad. Otros practicaban la usura, gustaban de los juegos de azar o robaban en el monasterio, e incluso se mostraban violentos con sus superiores.

Una mañana de invierno, unos benedictinos franceses encabezado por un fraile llamado Roberto se dirigieron a un bosque pantanoso en Borgoña, para fundar la primera abadía cisterciense en Citeaux. Al principio se instalaron en precarias construcciones de madera y comenzaron a vivir de su trabajo, destinando el tiempo restante a los rezos. Querían volver a los principios de la vida cristiana, recuperar los ideales monásticos de san Benito y practicar el ascetismo. Roberto fue considerado el primer abad cisterciense;

La orden del Cister nació como una reforma de la de Cluny, con la intención de eliminar todo el poder temporal que ésta había adquirido con el tiempo. Por eso los frailes buscaban lugares solitarios para situar sus construcciones. Su estilo era una mezcla del románico, de influencia romana, con el gótico inicial, que se consideraba propio de los godos.

Pronto, el Cister alcanzaría una enorme difusión, ya que en pocos años sus fundaciones se multiplicaron por todos los países de Europa. Su figura decisiva fue Bernardo de Claraval. Poco más de un siglo después de su muerte, ya se habían creado en España más de setecientos conventos de monjes bernardos.

La orden no admitía limosnas ni diezmos, y se sostenía con el trabajo de sus miembros. Los cistercienses aceptaban donaciones de terrenos, pero los cultivaban ellos mismos con la ayuda de conversos o laicos que residían en los monasterios sin haber hecho votos, y tan sólo cuando era preciso se tomaban asalariados. Vendían en los mercados los excedentes que tenían, y utilizaban los beneficios obtenidos en la compra de bienes inmuebles, la caridad o la ampliación de sus conventos.

Muchos monasterios estaban emplazados lejos de toda población. Su primera regla era la soledad, y la segunda el desapego. Por ello los monjes buscaban lugares solitarios, lejos de los caminos recorridos por los comerciantes y hombres de armas.

Los tribunales enviaban como peregrinos a los criminales, para que expiaran sus delitos. Llegaban al monasterio en grupos, y en ocasiones solos. Solían ser hombres, y eran campesinos, artesanos, comerciantes o clérigos remendados, aunque también acudían mujeres y familias enteras. Había pobres y ricos, jóvenes y viejos, clérigos y laicos. Otros eran peregrinos profesionales que orientaban a los novatos a cambio de comida y algo de dinero. Iban refugiándose en iglesias y monasterios que los acogían a cambio de limosnas, y les daban a venerar reliquias de santos de dudoso origen o les vendían fragmentos de ellas, además de varios productos elaborados por los frailes.

Sus recorridos les llevaban meses, e incluso años, y muchos tenían como meta Santiago de Compostela que, desde que se halló la tumba del apóstol, era el destino más frecuente. También a Roma se dirigían numerosos viajeros, aunque el viaje más peligroso era el que emprendían a Jerusalén.

Los sermones y las confesiones se hacían en latín, correcto o macarrónico, o en la lengua del grupo, o bien eran traducidos por un intérprete que los acompañaba. Los posaderos y comerciantes sabían una serie de frases en las distintas lenguas, para atraer a los clientes y entenderse con ellos. El peregrino viajaba desarmado aunque el bordón, con su gancho y su contera herrada, podía convertirse en un arma temible. Además llevaba su cuchillo, para cortar los alimentos y realizar toda clase de arreglos menores.

Muchos iban descalzos de pie y pierna, bien por penitencia o por ahorrarse los zapatos. Usaban bastones, pero no una ropa especial, ni tampoco fardos, a no ser que fueran pudientes y llevaran gente de ayuda. Alguno traía un par de zapatos colgados de la cintura, lo que indicaba que los usaba en ocasiones. Otros llevaban encima amuletos y talismanes para alejar el mal de ojo, mientras que algunos párrocos celebraban un ritual para espantar los nublados o tormentas.

Sus necesidades esenciales eran comer, dormir y protegerse de la intemperie. La comida consistía básicamente en pan, a veces un plato de lentejas y algunas verduras, quedando la carne reservada para los nobles, eclesiásticos y ricos comerciantes.

Todo el mundo estaba obligado a atender a los peregrinos y ellos, aunque llevaran algo de dinero encima, preferían mendigar y reservar lo suyo para situaciones extremas. Algunos lo hacían por motivos religiosos, pero no faltaban trotamundos que aprovechaban la peregrinación, ya que así encontraban más puertas abiertas. Por el camino pedían limosna a los ricos, haciendo el viaje con ellos y consiguiendo de este modo, además de dinero, comida y protección.

El monasterio de san Isidoro, cerca de Sevilla, se había construido en estilo gótico mudéjar, donde se combinaban las formas del gótico primitivo con algunos elementos de ascendencia árabe.

Para ello hubo de acarrear troncos y piedras desde bosques y canteras distantes, ya fuera por tierra o a través de los ríos. También era precisa la fabricación y reparación de carros, así como construir caminos y levantar puentes, que de paso servirían para los futuros peregrinos y visitantes que atraería la nueva fundación. Todo lo necesario debía estar dentro del recinto monástico.

Durante la construcción del monasterio, además de los canteros y picapedreros llegaron leñadores que talaban los bosques, cordeleros que tejían las sogas que levantaban y sostenían los materiales, alfareros que moldeaban y horneaban las tejas y ladrillos. Los carboneros y leñeros aportaban el combustible para las forjas, chimeneas y hornillos, y gran número de talabarteros y herreros confeccionaban los arneses y herraje de los animales. Los canteros decoraban los capiteles de las columnas con motivos

vegetales. Los pobres, que no tenían ni un cuarto, podían colaborar ofreciendo unas jornadas de trabajo gratuito como cargadores y peones.

La invocación se decidió por una leyenda del tiempo de los visigodos. Al parecer, san Isidoro estuvo estudiando en Sevilla, y allí no tuvo éxito. Al regresar a León se detuvo a rezar en una ermita que había en el lugar, y en ella observó un pozo que tenía su brocal horadado por el continuo roce de la cuerda. Eso le hizo reflexionar sobre la virtud de la constancia y decidió regresar a Sevilla, donde se convirtió en un gran escritor y erudito.

El monasterio estaba situado en plena ruta de la Plata; por eso tenía su propia hospedería en el claustro de los Evangelistas, una zona abierta al exterior. Sus propiedades incluían el pueblo de Santiponce, a la orilla del Guadalquivir, en la comarca del Aljarafe.

El lugar hervía de actividad desde la salida del sol hasta el crepúsculo. La jornada era de doce horas en verano y nueve en invierno, aunque con numerosas pausas para descansar y reponer fuerzas. Entre domingos y fiestas religiosas había unos cuarenta días festivos al año, aparte de una larga pausa invernal. A medida que avanzaban el frío y el mal tiempo las obras se iban espaciando, hasta detenerse por completo a principios de noviembre, hacia la fiesta de san Martín. Entonces, los trabajadores cubrían las partes inconclusas con cenizas o paja para protegerlas.

Estaba cerca de Sevilla y de las ruinas de la ciudad romana de Itálica, entre los ríos Guadalquivir y Guadiamar. La comunidad estaba formada por treinta y cinco monjes además del prior, todos ellos bernardos cistercienses, a quien los campesinos llamaban monjes blancos.

La gigantesca orden cisterciense había recibido el impulso de un puñado de fervorosos hombres más pobres que los propios frailes. Éstos no sólo predicaban sino que rellenaban pantanos, fundaban escuelas, y en su biblioteca hacían traducciones de libros árabes, hebreos y romanos, convencidos de que la voluntad de Dios era la ilustración del mundo.

Era el monasterio cisterciense más meridional de toda Europa. Lo fundó Alonso Pérez de Guzmán, conocido como Guzmán el Bueno, quien prefirió la muerte de su hijo apresado antes que rendir la plaza de Tarifa, cuya defensa le había encomendado el abuelo del actual monarca. La fundación se llevó a cabo para que en su iglesia fueran enterrados el propio caballero y su esposa, doña María Alonso Coronel, quedando excluidos no sólo los extraños, sino sus propios descendientes.

Al principio se construyó un simple convento compuesto por un claustro principal, la iglesia y algunas dependencias anexas: sacristía, sala capitular, dormitorio y sala de Profundis, donde los religiosos entonaban el salmo: "De profundis clamavi ad te...". El edificio era una auténtica fortaleza con sus contrafuertes, almenas y otros sistemas defensivos en muros y cubiertas.

La comunidad debía respetar el patrimonio común, y tenía la obligación de decir cada

día diez misas, una de ellas cantada, por el alma del fundador.

En un primer momento se levantó una iglesia con una sola nave, con ventanas agudas dentro de profundas oquedades y aleros fortificados con almenas, ya que el templo era también un lugar defensivo para tiempos de guerra con los moros. Pocos años después se construyó una similar adosada a la primera, ambas comunicadas por un arco horadado en el muro. Junto a estas iglesias gemelas se hallaban la sacristía y el claustro, llamado de los Muertos, por contener enterramientos. De los objetos litúrgicos, pertenecientes a la iglesia, era responsable el sacristán.

El claustro era el núcleo de la vida monacal: se trataba de un patio de planta cuadrada cubierto de hierba, con un pozo en el centro y un pequeño jardín. En él, los monjes gozaban de un rincón donde podían recogerse, reflexionar sobre temas espirituales y realizar sus plegarias. Estaba rodeado por una doble galería cubierta desde la que se accedía a las diferentes estancias, y comunicaba con la iglesia, el refectorio y la sala capitular. En el segundo piso se situaban los dormitorios de los hermanos.

El monje buscaba en el claustro el silencio, el retiro y la paz, ya que su ambiente era ideal para meditar, leer o escribir. Cerca estaba el hospicio, que también servía de hospital, donde llegaban pobres y enfermos de todas partes y donde eran atendidos por el enfermero del priorato, experto en la realización de sangrías.

Los hospitales o enfermerías se habían creado para acoger a dolientes y viajeros, y se atendía en ellos a los enfermos, los locos y los huérfanos. Los propios monjes enfermaban a menudo, por causa de sus prácticas ascéticas, y otros miembros de la comunidad se ocupaban de su cuidado. La esperanza de vida apenas superaba la treintena y, de vez en cuando, se producían epidemias que diezmaban la población de las ciudades.

Por entonces, la peste que había asolado Europa llegó a la península. Unos marineros genoveses contagiados cruzaron el Mediterráneo hacia Marsella, donde llevaron a las ratas que los había mordido durante la travesía y transmitían el contagio. Se conocían dos modalidades de esta enfermedad: la peste bubónica, que producía grandes bultos en las axilas, el cuello y las ingles; y otra más repugnante, que llenaba el cuerpo de unas placas sangrantes de color azulado muy oscuro, por lo que se la llamó la peste negra. Cuando la plaga se extinguió, había dejado millones de muertos.

El hospital del monasterio tenía un botiquín para cuidados esenciales, con grandes cantidades de miel para la tos, de vinagre y de sal. El vinagre servía de linimento y cicatrizante para heridas y, junto con sal y salvado, de cataplasmas para las llagas de los pies.

El cuidado de las cabalgaduras se hacía con tanto celo como el de sus dueños. Se almacenaba sebo para los caballos, a fin de engrasar y proteger los cascos, y para las grietas y rozaduras que les producían los arreos. Había prados destinados a hacer heno para las bestias, y los albergues estaban obligados a tener cuadras con pesebres y

comederos.

En la iglesia solían refugiarse lisiados, mendigos, viejos abandonados que se instalaban en algún rincón para pasar la noche, y hasta todo el invierno. Entre ellos compartían, no sólo conversación, sino también raciones de queso o de vino, casi siempre en torno a una hoguera que encendían sobre las baldosas.

Dentro, en la nave central, la luz se filtraba por las estrechas ventanas que se abrían en lo alto. Las naves laterales alojaban capillas privadas y se dedicaban a bautizos, confesiones y recogida de limosnas. El coro, formado por hileras de asientos de madera, era ocupado por los monjes.

En la parte posterior del altar se abría una escalerilla que daba acceso a la cripta, una estancia subterránea donde el sacristán guardaba las reliquias y objetos de valor. En ocasiones, las prostitutas aprovechaban los rincones entre los contrafuertes para ejercer a escondidas su oficio. No les faltaba una puerta entreabierta para acceder a las naves sombrías o colarse en pasillos perdidos, capillas olvidadas, vanos de escaleras y otros recovecos, incluyendo la cripta subterránea, aquel secreto y mágico lugar.

Los frailes dividían el tiempo por medio de las horas canónicas que instauró san Benito. Se guiaban por un reloj de sol situado la fachada sur del monasterio, o por la intuición del prior, que ordenaba el toque de campanas. En su regla, el santo recomendaba a sus monjes que durante los viajes no abandonaran el rezo de las horas.

Las campanas anunciaban los oficios más o menos cada tres horas: maitines a medianoche, laudes al amanecer, prima hacia la salida del sol, tercia hacia las nueve, que era la hora utilizada para oficiar la misa; sexta a mediodía, nona hacia las tres de la tarde, vísperas tras la puesta de sol y completas antes del descanso nocturno. Por otro lado, esas horas estaban lejos de ser iguales entre sí: variaban con la estación del año, la latitud, o por la atención del campanero. Había tres campanas: la principal, colocada en una espadaña sobre la iglesia, que se oía en todo el recinto, y dos más pequeñas, una dentro de la iglesia y otra en el refectorio.

De noche, el fraile que tocaba los oficios se orientaba por la posición de los astros o por el tiempo que duraba una vela. Se consumían tres en una noche, por lo que ésta se dividía en primera, segunda y tercera vela. El campanero calculaba las horas de una manera aproximada, guiándose por las páginas que había leído, o las oraciones que había recitado.

Algunos conventos poseían relojes hidráulicos, compuestos por un recipiente del que el agua caía gota a gota: una misma cantidad de líquido tardaba el mismo tiempo en vaciarse. Pero estaba muy poco extendido, ya que se trataba de un aparato demasiado complicado y frágil. Solía emplearse el cuadrante solar, y para medir los tiempos breves un sencillo reloj de arena.

Los frailes vivían aislados de cualquier contacto con el mundo y tenían tres ocupaciones principales: el oficio divino, el trabajo manual y, por fin, la lectura y meditación en el silencio de su celda. Desempeñaban labores intelectuales, en particular la copia e ilustración de manuscritos, y la pintura y escultura de motivos religiosos para sus construcciones. En sus trabajos de ilustración y miniado utilizaban paletas de colores y paquetes de hojas de oro, siempre con las espaldas encorvadas y los rostros cercanos al pergamino. Junto a ellos, con su cincel, trabajaba el grabador en cobre.

Además, debían producir todos los medios para su propia subsistencia: fabricaban sus herramientas y vestidos, cultivaban la tierra, construían y reparaban los edificios. Se ocupaban en la producción de vino, paños, tejas y baldosas, pero también en la gestión de molinos hidráulicos, telares y bodegas. Al mismo tiempo, se iban enriqueciendo y acumulando propiedades.

En primer lugar era necesario atender a las necesidades diarias de la congregación, empezando por las alimentarias, por lo que disfrutaban de una gran cocina con sus cocineros y ayudantes. Estaba situada junto al refectorio, y en su parte superior tenía una apertura para permitir la evacuación del humo. También había una gran campana para la chimenea. Otros monjes debían cultivar la huerta, atender a la granja de cerdos, conejos y aves de corral. El monasterio era el dueño de casi todas las tierras circundantes, que ellos roturaban y sembraban para recoger su propia cosecha de cereales, o plantaban y cuidaban las viñas. Aunque cada monje atendía la higiene personal y de su celda, alguien debía limpiar las estancias comunes, como el refectorio y la iglesia, así como ocuparse del lavado de las vestiduras litúrgicas y los objetos del culto.

El mantenimiento y reparación del monasterio requería labores de albañilería, ferretería, carpintería y otros oficios, que en las grandes abadías daban lugar a verdaderos talleres.

Se elaboraban productos artesanales destinados al consumo externo, como los licores de benedictinos y cartujos que mantenían en secreto sus fórmulas. Para ocasiones especiales se reservaba una botella de licor de yerbas de alta graduación, hecho por monjes benedictinos, cartujos o trapenses, cuya receta se guardaba celosamente en los respectivos monasterios.

Los monjes pertenecían a todas las clases sociales: algunos eran aristócratas, otros agricultores, e incluso jóvenes errantes que vagaban por los caminos y hallaban en el claustro un remanso de paz. Cuando los hijos eran numerosos, los nuevos retoños eran entregados por los padres a monasterios o conventos, que apenas recibían dinero en donaciones, ya que pocos novicios procedían de familias acaudaladas.

Cuidaban de la sacristía, la enfermería, el refectorio y otras dependencias, y recibían del ecónomo o cillerero lo que necesitaban para sus respectivos encargos. Entre los religiosos había un monje vidriero, un sacristán, un herbolario, un panadero, el limosnero y el lector, así como un miniaturista y el bibliotecario o responsable del *scriptorium*. El

priorato contaba con más de cien cartularios, manuscritos en forma de rollo con documentos originales relativos a la fundación del monasterio. Había casi cien libros en un armario cerrado con llave, que tenía hermosas tallas en las puertas.

Fray Benito, el anciano bibliotecario, solía sentarse en uno de los altos taburetes, y allí mantenía el libro abierto sobre su facistol. En su importante biblioteca llegaron a traducirse libros prohibidos, por lo que algunos de sus monjes habían sido perseguidos y encarcelados, e incluso ejecutados por herejes. Otros consiguieron huir.

Fray Donato era el ecónomo o administrador del monasterio. Se le confiaba la gestión de las posesiones y el control de los víveres, así como el abastecimiento de la despensa y la bodega. En su origen, ésta a había sido refectorio de los monjes conversos, y ahora se elaboraba allí el vino, con la uva de los viñedos propios y la que llegaba de otras propiedades.

El ecónomo tenía que procurar alimentos y leña, que almacenaba para resistir durante la escasez invernal, tanto para los hermanos como para los enfermos y huéspedes que ocupaban el hospital o pernoctaban en la abadía. Llevaba el gobierno de los asuntos temporales, lo que incluía el control de los arrendamientos, el cobro de rentas y la reparación de edificios. En invierno se ocupaba de que los religiosos elaboraran los utensilios necesarios para cultivar las tierras, y hacía la distribución cotidiana del trabajo, siempre a las órdenes del prior. De vez en cuando, fray Donato se ponía a cantar a voz en grito, y lo mismo podía entonar una canción obscena, que se unía a los cánticos religiosos con su sonora voz de bajo.

El refectorio era una gran pieza; allí se colocaban largas mesas donde los monjes comían en completo silencio, mientras desde el púlpito uno de ellos acompañaba la comida con la lectura de los textos sagrados. Para beber se utilizaba el agua de la fuente. A diario se consumía cerveza, y los domingos y festivos la mesa se alegraba con un cuartillo de vino y un complemento de carne o pescado.

Vivían en comunidad y muy pocos tenían una habitación individual. Antes de su nombramiento, el prior no había disfrutado en su vida de un dormitorio propio dentro del monasterio. El de los hermanos era colectivo, pero tenía cortinas y jergones individuales. Los frailes compartían la letrina, consistente en una artesa que se limpiaba gracias un continuo chorro de agua. No se les permitía tener efectos personales, por lo que ninguno contaba con un armario, sólo alguno con un arcón. De tiempo en tiempo se veía pasar por el claustro algún monje de rostro curtido por el sol, con el hábito remangado hasta la rodilla, que llegaba desde los campos o del jardín con un azadón o una pala manchados de tierra. Los sábados por la noche, antes de los rezos, se lavaban unos a otros los pies.

Caminaban en forma sumisa, con los hombros hacia adelante y la cabeza inclinada. Vestían una sencilla túnica y colocaban sobre ella un hábito blanco muy ancho con una capucha, que llamaban cogulla. Encima llevaban el escapulario, que era una tira de tejido oscuro. La cogulla era de lana virgen sin teñir, para simbolizar su ascetismo, y por ello las

gentes los llamaban monjes blancos.

Bajo la túnica llevaban calzones, y usaban sandalias o zapatos de cuero grueso. Nunca mostraban el cuerpo, y cuando se lavaban los pies entre ellos los ocultaban bajo la túnica. Para acostarse se quitaban los zapatos, la cogulla y escapulario, y dormían con la túnica y los calzones puestos.

Los monjes dedicaban seis horas diarias a los rezos. Se levantaban antes de amanecer, ya que las actividades comenzaban con el alba, y nunca se echaban la siesta. Antes de empezar con la labor diaria era preciso lavarse, vestirse a gran velocidad, rezar las oraciones y oír misa. Se aseaban en la letrina con agua del río cercano y acudían a la iglesia a rezar. Nunca desayunaban al saltar de la cama, porque las prácticas devotas les obligaban a estar en ayunas.

El desayuno, primera de las tres comidas diarias, tenía lugar hacia la hora de tercia y dividía la mañana en dos partes más o menos iguales; luego volvían a reunirse para rezar en la hora sexta, tras la cual iban a comer. La comida, más copiosa, se situaba entre sexta y nona. La seguía un momento de descanso dedicado al paseo, a la lectura o a los juegos. Las actividades se reanudaban a media tarde y duraban hasta la puesta del sol. La cena, entre vísperas y completas, no se prolongaba demasiado, salvo la noche de Navidad.

Hasta la una de la tarde se ocupaban del huerto o trabajaban en los atriles del *scriptorium*, reproduciendo libros que les prestaban otros monasterios. No sólo copiaban textos religiosos, sino también obras de los griegos y romanos, y gracias a ellos se salvaron muchas obras de la antigüedad, guardadas en el gran armario de la biblioteca.

En el monasterio había un jardín destinado al cultivo de hierbas medicinales. Además del *scriptorium*, otros con conocimientos farmacéuticos se dedicaban a la botica o farmacia, donde realizaban fórmulas magistrales. Eran medicinas hechas con hierbas para la comunidad y los pueblos cercanos, aprendidas del mundo romano o de los musulmanes y judíos. Existían muchas supersticiones, como que el cuerno de rinoceronte, que ellos creían el famoso unicornio, era un antídoto contra el veneno.

Las pociones tóxicas eran muy conocidas por los monjes, cuya sabiduría era respetada por todos. Los venenos podían conseguirse en las boticas y estaban disponibles para el que los quisiera. El Libro de los Venenos comprendía una lista de éstos con sus efectos, usos y remedios, y su lectura estuvo limitada al interior de los monasterios. Explicaba una fácil forma de matar que, por lo general, permitía al criminal no ser descubierto.

Ya en la Biblia se mencionan envenenamientos con diversas sustancias vegetales, animales y minerales: entre ellas la absenta, considerada como un tóxico que daba sabor amargo al agua y producía la muerte. El libro sagrado prohíbe comer la grasa o la sangre de los animales y recomienda lavar cuidadosamente los vasos de bronce.

La sala capitular era el lugar de reunión diaria de la comunidad, donde se discutían

los asuntos del monasterio, y a la que se accedía desde el claustro. En éste lugar eran enterrados los abades y priores, y sus lápidas recordaban a los monjes la caducidad de las cosas terrenas. Una vez por semana el prior informaba sobre asuntos internos, y los monjes se confesaban públicamente de los pecados cometidos.

La administración de la justicia era un acto de gran solemnidad, incluso cuando el reo era algún villano acusado de cazar furtivamente en el vedado del monasterio, o algún mercader que había hecho trampa en el peso, vendiendo con balanza trucada.

El breviario contenía el oficio divino y las oraciones obligatorias para todo el año. La comunidad debía reunirse en la iglesia para rezar juntos, pero les bastaba con interrumpir su trabajo y orar donde escucharan la campana anunciando las horas. En su tiempo libre podían pasear por el claustro o charlar, o leer la Biblia, que llevaban al refectorio para disfrutar de su lectura durante la cena.

Después de cenar y antes de dormir volvían al rezo. En la ceremonia llamada completas pedían protección a Dios ante los peligros de la noche, retirándose después al dormitorio, donde las camas de los novicios se alineaban en largas filas. Estaba situado en el lado sur del claustro sobre la cocina, a fin de combatir el frío.

El prior era un hombre alto, delgado pero de complexión recia, con el pelo canoso y unas cejas enérgicas. Sus ojos inquietos denotaban una gran personalidad. Tenía los labios delgados, y un modo vigoroso de hablar. Sus manos eran fuertes y alargadas. Su mirada parecía inocente, hasta que uno se fijaba en aquellas firmes pupilas grises que centelleaban, mostrando un brillo más propio de la juventud. Y aunque el rostro fuera sonriente, muchas veces sus ojos no sonreían.

Tenía cerca de sesenta años, aunque no los aparentaba. Era hombre exigente consigo mismo y con los demás, y había tenido que luchar contra el pecado de orgullo al ser elegido en el puesto por su comunidad. Fue entonces cuando adoptó el nombre de fray Bernardino de Sevilla, y lo cierto es que sería en adelante un excelente prior. Para desempeñar su cargo poseía conocimientos de muy variadas materias y, pese a todo, no codiciaba la autoridad y el prestigio que el título le daba.

Según se decía, pertenecía a un linaje muy elevado, incluso a la estirpe de los reyes de España. A través de muchas leguas se extendían las tierras fértiles y bien cultivadas que le correspondían como prior, y además tenía en sus manos la administración de la justicia dentro de los dominios del monasterio. También a los laicos podía aplicarles castigos, salvo la pena de muerte, aunque en su lugar disponía de otra más terrible: la de la excomuni3n, que nunca llegaba a aplicar.

Por las tardes solía escribir sin descanso, hasta que anohecía, y conservaba en su celda numerosos libros para leer en las noches de invierno. Sabía de memoria el poema de Mío Cid, que contenía las hazañas del Cid Campeador, que era su antepasado. “¡Ya Campeador, en buena hora ceñisteis espada!”... También conocía una gran cantidad de

romances. Era un admirador de la escultura y la pintura, así como de la arquitectura románica, en que se construían monasterios, iglesias y catedrales, además de fortalezas y castillos.

Aquel lunes de mediados de octubre, a última hora de la tarde, había conversado ya con fray Donato, su ecónomo y el más importante de sus colaboradores, ya que el cargo ponía en sus manos los intereses del monasterio. Se encontraron en el almacén de granos.

El ecónomo poseía unas facciones duras; no era muy alto, pero parecía fuerte. Aparentaba más de cuarenta años.

-¿Qué se os ofrece? -le preguntó fray Bernardino, y él no vaciló en contestar con una fuerte voz:

-He comprobado que nos están robando el grano, y quien sea lo va a pagar con creces -bramó. -Yo diría que se trata del nuevo arrendatario. -El prior frunció el ceño.

-¿Estáis seguro?

-Pues claro que lo estoy. Si no fuera así, no osaría importunaros. -El prior sonrió.

-Bien, seguid con vuestras pesquisas, pero no debéis precipitaros. Tomaos vuestro tiempo -aconsejó, dando por terminada la entrevista.

El sol estaba ya muy bajo del lado de occidente. Sin embargo, disponía de poco tiempo para detenerse a contemplarlo, y al salir del almacén se dirigió presuroso hacia los claustros. Para acceder allí había que atravesar un pasaje abovedado, y sus pasos resonaron en las arcadas frías y grises. Observó distraídamente las columnas de piedra, y se dirigió a enjuagarse las manos en el lavatorio. La pila estaba situada ante la entrada del refectorio, a fin de que los monjes pudieran lavarse antes de entrar a comer. Se secó las manos en un paño y abandonó el claustro, reuniéndose en el comedor con el resto de sus compañeros.

La sala era muy espaciosa y él ocupó un lugar vacío en una de las largas mesas. Al verlo, todos lo presentes inclinaron la cabeza. Los monjes solían cenar sobre las ocho de la tarde, antes de que oscureciera, para ahorrar velas. Estaban allí casi todos los ocupantes del monasterio: altos y bajos, morenos y rubios, todos vestidos con el áspero hábito de lana y calzados con sandalias de cuero.

La cena consistía en un trozo de pan y una jarra de cerveza, pues llevaban varias semanas sin probar la carne. La base de la alimentación era el pan y no siempre de buena calidad. A veces se acompañaba con potajes de cebada y un poco de tocino y, en ocasiones, incluso podían disfrutar de un plato de lentejas

Un hermano barbudo colocó unas rebanadas de pan ante él. Un par de monjes se encontraban de pie, repartiendo el pan moreno y la bebida; y aunque la mayoría disfrutaba de cerveza fuerte, a los novicios solía dárselos más floja, salvo en la fiesta de la Asunción. El prior se dirigió a un monje de pálido rostro que tenía enfrente.

-Hermano, podéis subir al púlpito a leer -le indicó.

Él así lo hizo, y para ayudarse en la lectura prendió una lámpara de aceite. Pasó las hojas hasta encontrar el pasaje que buscaba y leyó en voz alta un capítulo de la Biblia. De vez en cuando se detenía, para dar tiempo a la meditación

Después de cenar, en el mismo lugar se rezaron completas. Luego el prior se dirigió a su celda, lo mismo que el resto, ya que a medianoche se levantarían para maitines, que rezaban tanto en invierno como en verano.

Aunque el otoño era una estación alegre en este lugar, nunca le había gustado octubre. A partir de ahora comenzaba la temporada de descanso y él se sentía inquieto, porque necesitaba de mucha actividad. Las hojas de los árboles que flanqueaban el recinto del monasterio anunciaban la proximidad del otoño, cuando llovía a cántaros y los caminos se llenaban de barro, aunque allí raramente veían nevar.

Las órdenes más pudientes solían construir celdas privadas y ostentosas para los monjes de mayor jerarquía, incluido el prior; pero él había elegido una corriente, con el suelo arcilloso y sin ninguna comodidad, si se exceptuaban unos libros que su predecesor le había legado.

El lugar estaba silencioso, como solía estarlo a esa hora. Cuando entró, se detuvo un momento y dejó resbalar la mirada sobre las blancas paredes desnudas, deteniéndola en la imagen de una Virgen de marfil.

Estuvo reflexionando sobre los diversos problemas que se le habían planteado en las últimas horas. Tenía que resolver varios asuntos con urgencia, y todos estos pensamientos se atropellaban en su mente.

Inclinó la cabeza ante la imagen y se persignó. Más tarde se tumbó en su camastro y no tardó en quedarse dormido.

Sería la medianoche cuando lo despertó la campana llamando a maitines. Cuando llegó a la iglesia, ya los monjes empezaban a reunirse. Más tarde, cuando acabó el oficio, regresó a su celda y volvió tumbarse para seguir durmiendo hasta el toque de laudes, que lo despertaría sobre las tres de la mañana.

Eran las seis cuando se levantó al día siguiente. Estaba amaneciendo, y se dirigió hacia la iglesia con los otros compañeros para rezar el primer oficio del día. Corría una fresca brisa y sintió el presentimiento del otoño cercano. Se cruzó con un muchacho que salía del granero y vio que algunas aves bajaban al patio, quizá para aprovechar el último sol de la temporada. Varios frailes estaban encalando las paredes con unas brochas de mango largo, y otros barrían el suelo de tierra batida.

A diario trataba de visitar la totalidad del monasterio, así como las instalaciones que lo rodeaban: el camposanto, el mercado y los huertos, y pudo comprobar que ya había una buena cantidad de cereales en el almacén.

-Se anuncia un día hermoso -pensó. -Aquí, el invierno no resulta tan crudo como en Castilla, gracias a Dios...

Varios monjes recogían hortalizas, limpiaban las cuadras y descargaban barriles de un carro. Cada uno tenía asignada su labor, y toda la comunidad participaba de las faenas generales: limpiar las dependencias de la casa, cocinar, o lavar y planchar los hábitos. Ahora que llegaba el otoño, era el momento de cosechar en la huerta los nabos. Algunos se dedicaban a trabajos especiales, como el de la botica.

Había visitado la hostería, y estuvo conversando con unos peregrinos que habían llegado la víspera. Iban vestidos de andrajos, o apenas vestidos, y sus ropas parecían haber sido rescatadas de un cubo de basura.

-Agradecemos vuestra acogida, venimos agotados -le dijeron.

Más allá vio a un grupo de frailes que llevaban varios caballos de las riendas, y que conducían preso a un delincuente con las manos atadas a la espalda.

El que parecía encabezarlos era un dominico tan alto como él, también con el cabello gris.

-Viajamos en nombre de la santa Inquisición -indicó. Él frunció el entrecejo.

- Y nosotros estamos muy honrados de acogeros en nuestra casa

El dominico sonrió. Sus ojos eran fríos, escrutadores, y había una expresión burlona a su rostro.

-Tendremos en cuenta vuestra buena disposición en un futuro -le dijo, y él tardó en contestar.

-Espero que siempre nos encontremos como amigos. -El otro asintió. Sus penetrantes ojos le daban un aire autoritario.

-Yo también lo deseo -dijo con sequedad.

El prior tenía noticias de aquel hombre, y de sus abusos cometidos en nombre de la Inquisición. Abandonó el hospital con largos pasos y salió al claustro para dirigirse de nuevo a su celda. Antes, se detuvo para tomar un trago de agua en la fuente.

-Que Dios nos asista -pronunció en voz baja.

Acababa de entrar cuando unos golpes suaves sonaron a la puerta.

-Podéis pasar -dijo, alzando la voz.

Un hermano lego asomó la cabeza. Era gordo y mofletudo, y tenía un aspecto afable y bonachón.

-Acaba de llegar un mensajero -anunció, sin alzar la mirada del suelo.

-Decidle que pase -indicó el prior.

-Es que... No puedo, se ha marchado enseguida.

-Vaya. Y, ¿qué quería, si se puede saber?

El hermano aspiró una bocanada de aire.

- Venía... a anunciar que el señor obispo llegará hoy, sobre media mañana. En realidad, ya viene de camino.

El rostro del prior se ensombreció, mientras el lego seguía hablando atropelladamente:

-Ha dejado esta carta -indicó -Según ha dicho, su Eminencia piensa pasar tres días en el monasterio. No sé qué pensará hacer aquí durante tanto tiempo...

Fray Bernardino disimuló una sonrisa.

-No tardaremos en saberlo. Bien, encargaos de que preparen una habitación para el obispo en la hostelería. -El otro se frotó las manos, nervioso.

-¿La habitación principal? -Él asintió.

-Sí, la destinada a las visitas de importancia. Y algunas más sencillas para sus acompañantes.

Cuando el prior volvió a sentarse frente a su mesa de trabajo, se mostraba muy preocupado. Trataba de imaginar el motivo de aquella visita intempestiva, que no parecía augurar nada bueno.

De nuevo unos golpes sonaron a su puerta.

-Con vuestro permiso, señor. Vengo a mostraros las cuentas que han presentado los canteros.

Era fray Donato, el ecónomo. Bajo el brazo traía un voluminoso libro de cuentas, y de su cinturón colgaba el gran manojó de llaves, símbolo de su cargo.

-Está bien, tomad asiento -le indicó. -Pero no tardéis, espero una visita y tengo que repasar varios asuntos.

El ecónomo siguió su indicación.

-Tenéis que saber que la visita del Inquisidor ha dejado nuestras instalaciones esquilgadas. No sólo han menguado las reservas de heno, sino que en sus carros han cargado todo el forraje que quedaba -explicó. -Además, han utilizado tanto sebo para sus monturas que, si no fuera por la previsión de este humilde servidor, ahora estaríamos sin nada... Suerte que siempre guardo una buena cantidad en los sótanos. -Fray Bernardino asintió.

-Bien, encargaos de eso, yo tengo ahora cosas más serias en qué pensar. -El otro prosiguió, tozudo:

-Así que habrá que pedir a los colonos que envíen alfalfa y heno de sus prados. Sabéis que estamos obligados a mantener dispuestos nuestros comederos y pesebres...

-Fray Bernardino se estaba impacientando.

-Hermano, ya tendremos tiempo de hablar de todo eso. Lo tendremos en cuenta, descuidad.

-Ah, y no vendría mal algo de sebo...

A las doce del mediodía rompió a voltear la campana anunciando la hora del Ángelus, y su sonido se extendió hasta muy lejos por los campos.

El prelado cumplió su palabra y se presentó a media mañana. La última vez que había visitado el monasterio fue años atrás, un miércoles cuarto de Cuaresma, poco antes de Santa Catalina.

Por entonces, la peste negra había producido vacantes en los cargos eclesiásticos y en las sedes episcopales. Algunos afectados mostraban en el cuerpo manchas rojas y oscuras, y de éstos ninguno escapaba. Los más escupían sangre, otros tenían apostemas en las ingles o bajo las axilas. Eran enfermos tan contagiosos que casi todos los que los cuidaban morían, así como los sacerdotes que recogían sus confesiones. Entre sus víctimas estaba el propio rey Alfonso XI, padre del actual soberano, y habían muerto tantos clérigos por culpa de la peste que el obispo estaba muy atareado visitando parroquias.

También por entonces se había producido un ataque a la judería de Sevilla, basada en la denuncia que hubo contra los judíos, a los que achacaban el origen de la epidemia por haber envenenado el agua de las fuentes de que se surtía la localidad. El obispo presidía entonces el tribunal eclesiástico, desde su residencia en la ciudad. Su palacio era una hermosa mansión de piedra con grandes ventanas, rodeada de un enorme jardín amurallado. Cuando el obispo tenía prisioneros, allí era donde languidecían.

Pero, ¿qué querría ahora? ¿A qué se debería su visita?

La hojarasca amortiguaba los cascos de las monturas. Primero iba el prelado sobre un apacible alazán de barriga considerable, rodeado por varios dignatarios. Lo seguían unos pocos campesinos que viajaban acogiéndose a la protección del obispo y su séquito, y todo el grupo bordeó el monasterio para dirigirse a la hostería.

La comitiva llegó cuando el sol lucía en su cenit. El prior ascendió a buen paso hasta el lugar donde se encontraba el obispo, que se había apeado ya.

Era un hombre bajo y grueso, y parecía muy cansado. Iba enfundado en la vestimenta de color morado propia de su cargo, y se cubría con una capa negra y un gorro del mismo color. Llevaba una gruesa sortija de oro con una amatista en el dedo anular. Él le besó el anillo y empezó a hablarle en castellano, pero el obispo le soltó una parrafada en latín.

-Amen -contestó él, y prosiguió: -Eminencia, bienvenido seáis a esta vuestra humilde casa.

El recién llegado tenía una gran papada, su rostro estaba salpicado de granos y el pelo se le estaba cayendo a gran velocidad.

-Deus vobiscum -dijo, suspirando.

Juntos se encaminaron hacia el monasterio, en dirección a la hospedería. Entraron en el patio de los Evangelistas, donde conversaban varios servidores y clérigos jóvenes. Desde allí se dirigieron a la sala principal, destinada a los huéspedes, donde el visitante se acomodó dificultosamente en una silla de madera tallada. El prior a su vez se sentó en una banqueta.

-¿Tomaréis una copa de vino?. Si lo permitís, tenemos uno reservado para una ocasión como ésta. -El prelado enarcó las cejas.

-Hay algo importante que tengo que mostraros, pero mejor será que bebamos algo

primero. Necesito reponer fuerzas y descansar un poco, y luego hablaremos. -Él se inclinó con respeto.

-Es natural, el viaje ha sido incómodo y largo. -El obispo insistió:

-Se trata de algo muy grave, que os atañe especialmente -sus cansados ojos parecieron cobrar vida. -Y ahora, ¿me daréis ese vino?

-Por supuesto, Eminencia. Perdonad.

Se acercó a un hermoso arcón, sacó unos vasos y le sirvió al visitante una buena medida de vino rosado, que él apuró de un trago.

-Excelente, excelente -paladeó. -Servidme otro, si no os incomoda -dijo, tendiéndole el vaso vacío.

Él así lo hizo, mientras observaba su cara redonda. Le sorprendía lo avejentado que estaba. En ese momento, el recién llegado se estaba secando la frente con un pañuelo no demasiado limpio.

-¿Sabéis la noticia? Uno de mis sobrinos ha sido nombrado obispo auxiliar y... Deus... non conmovébitur in aeternum, qui hábitat in Jerúsalem...

Estaba claro que al obispo le complacía soltar citas en latín. El prior dio un vistazo a la sala, que se utilizaba para acoger a los viajeros más o menos ilustres, y se percató de que todo estaba pulcro y en su sitio. El suelo estaba cubierto de juncos frescos, recién cortados. Tendría que felicitar a los hermanos que se ocupaban de la limpieza. Sabía que el recién llegado lo advertiría también, podía leer la mente del obispo, aunque no en todos los sentidos. Se mordió los labios.

-Si os parece, podremos hablar cuando su Eminencia haya almorzado. -El otro lo observó con el ceño fruncido, y añadió con repentina dureza:

-Ya os advierto: el tema que me trae al monasterio no es... agradable, ni para mí ni para vos -Fray Bernardino arqueó las cejas.

-Monseñor, me tenéis sobre ascuas. No puedo imaginar el motivo que os trae, aunque agradezco la visita,,,

El obispo se dispuso a dar por terminada la audiencia. Su anfitrión iba a ofrecerle un baño caliente, pero él se le adelantó:

-Tened la bondad de avisar a mi mayordomo, lo necesito para desvestirme -le dijo. -Y haced que me envíen al cuarto una jofaina y una jarra con agua, quiero adecentarme antes de comer. ¡Un pastor de la Iglesia ha de estar presentable! -añadió, riendo entre dientes.

Ambos se dirigieron al dormitorio principal. Ante ellos se abría un pasillo enlosado. Una escalera en el extremo opuesto conducía al piso superior, donde se encontraban las habitaciones para las visitas de la nobleza. Se oyó chirriar un cerrojo y apareció un monje con una vela en la mano.

-Bienvenido seáis, Monseñor.

Se trataba del ecónomo, que llevaba el manojito de llaves pendiendo de su cinturón.

-Bien, mostradme dónde está mi alcoba, para que pueda acostarme un rato -sugirió el obispo, y su rostro tenía una expresión extraña. -Creo que me lo he ganado, tengo los huesos molidos de la cabalgada.

-Ruego a su Eminencia que me siga -indicó fray Donato.

El prior era un hombre conciliador, y estaba acostumbrado a lidiar con toda clase de dificultades. Aún así, las palabras de su superior lo habían turbado grandemente, sin que pudiera remediarlo. ¿Qué se traería entre manos? Y, ¿por qué tanto demorar una conversación, a menos que se tratase de un tema demasiado grave? Sus viajes solían responder a una orden del Oficio de la Inquisición, que a menudo requería su presencia. Fray Bernardino procuró no perder la calma, y se dijo que no podía relacionarse con eso.

La habitación del obispo era larga y de elevado techo, enlosada de piedra. Se hallaba decorada y amueblada lujosamente, con el suelo cubierto de pieles y el lecho rodeado de cortinas bordadas. Las sillas eran cómodas, las paredes estaban adornadas con tapices y en un extremo había una chimenea apagada, puesto que la temperatura del interior era benigna y en el monasterio se trataba de economizar dentro de lo posible. El prelado intervino de nuevo.

-Aguardaré a mi mayordomo. Y no olvidéis enviarme la jofaina y la jarra -dijo, entrando en el cuarto. -Nos veremos en el refectorio -añadió cerrando la puerta.

Cuando todos estaban reunidos para comer a mediodía, el obispo se dirigió hacia la cabecera de la mesa, la bendijo y se sentó. Le hizo una señal al hermano novicio que lo servía, despachándolo luego como si estuviese espantando a una mosca. El orondo clérigo se había aseado ligeramente y se había peinado el escaso cabello alrededor de la tonsura.

A un extremo de la mesa había tomado asiento un monje alto y de pelo muy blanco. Tenía las cejas erizadas, la frente ancha, y unas manos vigorosas e inquietas, surcadas de gruesas venas. Se trataba de fray Benito, el bibliotecario, que desde hacía años apenas abandonaba su lugar de trabajo, ya que sus piernas estaban impedidas y dos de los criados solían trasladarlo en una silla de tijera. Tan sólo se desplazaba para acudir al refectorio, o para recogerse en su celda. Apenas dormía, como si temiera que Dios no estuviera del todo satisfecho de su faena.

Siempre estaba dispuesto a servir a la iglesia. Había envejecido entre libros y códices antiguos y, según decían, era aficionado a la alquimia. Al comer dejaba caer unas migas que se prendían en su barba.

Los hermanos lectores se turnaban por semanas y se comía en completo silencio, escuchando al fraile que releía desde el púlpito la Regla o la Biblia, o algún libro de tema religioso. El obispo chasqueó la lengua y miró de reojo a los asistentes, que permanecían ante sus platos sin alzar la cabeza. Sabía que gran parte de ellos eran segundones de familias de abolengo, que los entregaban a la Iglesia, donde la influencia de su estirpe les

aseguraba un rápido ascenso. La vida religiosa atraía también a los campesinos más pobres, pues era la única oportunidad que tenían de escapar de la miseria y la servidumbre.

El menú era bastante monótono, aunque sano. Normalmente se consumían verduras y hortalizas cocidas en una gran olla y aderezadas con un trozo de tocino o manteca. Se les daba también a los monjes un trozo de pan, y los domingos y festivos un cuartillo de vino. Ese día les sirvieron estofado de cordero con cebolla. La carne se reservaba para los domingos y celebraciones especiales, al igual que el pescado, y el monasterio tenía su propia alberca donde se criaban los peces para alimento de la congregación. Incluso bebieron vino tinto de muy buena cosecha. Pero, cuando le ofrecieron el pescado, el obispo agitó una mano en señal de rechazo.

-Agradecería mucho más otra ración de cordero -rió, mostrando unos dientes amarillos.

El novicio se apresuró a servirle más carne. El prior estuvo comiendo en silencio, mientras los macizos carrillos del prelado se movían acompasados, deglutiendo el pan empapado en la salsa, que chorreaba por sus manos gordezuelas. No podía decirse exactamente que fuese muy pulcro. Su mirada se endureció al contemplar al monje que ocupaba un lugar central en la larga mesa, pero siguió masticando con fruición su ración de carne aderezada con tocino. Luego regurgitó sonoramente.

-Ya he comido bastante -suspiró. -Es hora de que me retire. "Deus, cum sanctis tuis laudem te saecula saeculorum", -pronunció con voz cascada y ronca, y fray Bernardino le contestó con la mirada baja:

-Amen.

El prelado se marchó enseguida, acompañado por su mayordomo que llevaba un vaso con agua para administrarle su medicina. A continuación el prior pronunció varias oraciones, y los hermanos regresaron lentamente a sus tareas de jardinería y plantación

A primera hora de la tarde, mientras fray Bernardino se dirigía hacia la residencia del obispo sonó la campana llamando a oración. Pensó que eran nonas, un oficio sagrado reservado a los monjes, pero siguió caminando. Esperaba que el superior jerárquico despejara de una vez por todas sus recientes temores.

Llamó a la puerta de la alcoba, pero nadie le contestó. Después de insistir sin respuesta, pensó que debía entrar y empujó el recio portón, que chirrió. Lo primero que atrajo su atención fue que había fuego encendido en el hueco de la chimenea, aunque antes no recordaba haberlo visto. Estaba casi extinto, pero aún ardían algunas ramillas y entre las cenizas creyó distinguir unos restos de papel quemado.

El obispo seguía tumbado en la cama y vestía una camisola de seda bordada. Él reflexionó por un instante y luego se acercó. Estudió el rostro pálido y bien afeitado y, tras unos momentos de perplejidad, tuvo la sensación de que algo malo estaba ocurriendo.

Se sentó en un escabel junto a la cama y contempló la figura inmóvil. Los ojos estaban vidriosos, sin expresión alguna, y por la barbilla se deslizaba un rastro de espuma sanguinolenta.

-Está muerto -se dijo, estremeciéndose.

El panorama se le presentaba sombrío y elevó una oración en silencio, se persignó y salió de la alcoba. En primer lugar tendría que hablar con el médico.

Fuera, recuperó la compostura. Se dirigió hacia los claustros y encargó a dos novicios que avisaran a fray Raimundo.

-Es muy urgente, que venga cuanto antes a la habitación de invitados.

Ellos echaron a correr hacia la enfermería del hospital donde Raimundo estaba ocupado sangrando a un enfermo y extrayendo unos cálculos. Era el monje médico más veterano y hábil. Se sospechaba en la comarca que hacía la disección de los muertos, y en alguna ocasión el prior había tenido que impedirle que pegase en las llagas de un enfermo la estampita de un santo milagroso. Algunas mujeres comentaban con admiración:

-Usa la reliquia de Santa Polonia para curar el dolor de muelas. -Otros menos ingenuos trataban de desacreditarlo:

-Son supersticiones heredadas de las curanderas de su pueblo -afirmaban, burlones.

Fray Bernardino volvió de inmediato junto al señor obispo: no podía dejarlo solo en estas condiciones, y al llegar a la alcoba se encontró a la puerta con el mayordomo. Llevaba un paquete de pan y queso, con una botella pequeña de vino.

-Su Eminencia está indispuerto -le dijo el prior. -He mandado avisar al médico, que vendrá enseguida. -El otro lo miró, asombrado.

-¿Qué le ocurre? -Él lo invitó a pasar a la alcoba.

-Tened la bondad -indicó. -Parece,,, no encontrarse bien. Tiene... muy mal aspecto -añadió, tragando saliva.

El sirviente, nervioso, se quedó mirando al obispo con terror irracional, y se le ocurrió que su rostro tenía el aspecto de una máscara mortuoria.

-Pues sí que tiene mal color -murmuró, permaneciendo en pie junto a la cama.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana. El mayordomo comprobó que el báculo seguía apoyado en un sillón, pues el obispo lo llevaba siempre en sus desplazamientos. Luego pareció sobresaltarse.

-A su Eminencia le falta el anillo -indicó.

En aquel momento oyeron que acudía el médico con dos novicios que lo acompañaban, y que se quedaron atrás. Se detuvo ante la cama.

-¿Quién es el enfermo? -El prior alzó la cabeza.

-Se trata del señor obispo -contestó.

Hubo unos momentos de silencio mientras el recién llegado reconocía el cuerpo, así

como el rostro pálido y abotargado. Los párpados cubrían casi por completo los apagados ojos, y él se los levantó con cuidado.

-¿Qué ha comido? -interrogó, volviéndose. -Está muy hinchado, y esa espuma... - Fray Bernardino le contestó enseguida:

-Ha almorzado con todos en el refectorio. Ha comido potaje y cordero, y ha bebido cerveza... y bastante vino -declaró. -Nada especial.

Fray Raimundo movió la cabeza, como si tuviera sus dudas. Insistió:

-¿Seguro que no ha tomado nada más? ¿Y ese vino que queda en el vaso?

Los otros dirigieron la mirada al arcón, donde había un vaso con restos de vino, y al lado un paño bordado, rematado de encaje.

-Ah, eso -intervino el mayordomo. -Yo se lo serví como siempre lo hago, cuando se retira a descansar. Mi señor sufre de una sed horrorosa...

-Ya se ve -comentó el médico con ironía. Luego prosiguió:

-Tengo que informaros de que su Eminencia... está muerto. -Se detuvo un momento y observó la reacción de los presentes. -Y podría jurar, si Dios me lo permite... que tiene síntomas de envenenamiento.

¡Qué decís! -Él asintió con flema:

-Y otra cosa puedo asegurar: le administraron el veneno en el vaso de vino

Los dos se santiguaron a la vez. El único crimen ocurrido en el monasterio databa de cincuenta años atrás, cuando hallaron a uno de los frailes muerto de un golpe con una cruz procesional.

-¿Estáis seguro de lo que decís?

-Totalmente seguro - precisó el médico. - Ahora, ¿puedo marcharme? He dejado abandonados a mis pacientes en el hospital.

Fray Bernardino lo miró con el ceño fruncido, y él se disculpó:

El obispo ha muerto, yo ya no puedo hacer nada por él, Mejor, avisad a un sacerdote y que le administre los Sacramentos.

-¿Qué hacemos con el cadáver? -Él se encogió de hombros.

-Podéis enviarlo a su casa. No supone un peligro para nadie -afirmó.

¿No padece ningún mal que sea contagioso? -interrogó el prior.

-De ninguna manera. Sólo os recomiendo que nadie beba de ese vaso... el vino tiene un color extraño. ¿No os habíais dado cuenta? Ya os he dicho que contiene veneno.

-¿Qué clase de veneno?

-Por el aspecto del cadáver y por la espuma sanguinolenta que sale de su boca, puedo asegurar que se trata de una intoxicación por veneno de sapo -aclaró.

-¿Veneno de sapo?

Al observar su ceño fruncido él asintió con aire ausente, y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, giró en redondo. Se detuvo un momento, y trató de explicar:

-La muerte por veneno de sapo es común en los perros -dijo, carraspeando. -

Atrapan sapos con la boca, y absorben esta sustancia tóxica. Sus efectos son mortales de necesidad.

-¿Es posible? Y, ¿cómo sobreviene la muerte? -El médico pareció meditar. Carraspeó de nuevo:

Los síntomas aparecen a los pocos segundos -prosiguió. - Babean, se les hincha el vientre y respiran con dificultad. Enseguida vienen las convulsiones, sube la temperatura y llega el colapso.

Los otros lo observaban, atónitos. Él siguió hablando despacio:

Eso le ha ocurrido al obispo -añadió. -Aunque él no ha comido sapos, como es natural -sonrió, -sino que alguien ha tenido que verter el veneno en su vino.

-¿Cómo se obtiene ese veneno? -interrogó fray Bernardino. Él movió la cabeza.

-Exprimiendo una glándula que tienen en la espalda, el sapo dispara la toxina, que se conserva luego en un frasco o redoma.

-Parece increíble -susurró el mayordomo.

-Es similar al veneno de serpiente -terminó el galeno. -Os repito que lavéis el vaso, que nadie lo toque... y que Dios nos ayude.

-Que Él nos guarde -invocó el prior, sin salir de su asombro. Él se inclinó.

-Y os recomiendo que aviséis a un sacerdote, aunque ya me parece algo tarde para que le den la extremaunción.

Hubo unos momentos de silencio. Los ojos muertos parecían seguir mirando vidriosos, y el prior se los cerró.

El médico abandonó el recinto y se dirigió con paso rápido hacia la hospedería que estaba llena de peregrinos, tumbados por el suelo. Una vez que hubo salido, el mayordomo empezó a soltar maldiciones en latín:

-Exurge, Domine, exaltétur manus tua...

Miró alrededor y continuó, muy alterado:

-El país está infestado de forajidos, salteadores y ladrones, y tendrían todos que morir en la hoguera -bramó. -Pero, ¡envenenar a su Eminencia! Hoy hemos llegado a lo más bajo... -tomó aire, y miró a fray Bernardino con expresión acusadora: -¡Y en un lugar como éste! ¿Qué explicación me dais? -El prior le devolvió la mirada.

-Y vos, ¿no debíais proteger al obispo? Vos mismo le habéis servido el vino -respondió escueto, tensando la mandíbula. Él se volvió, furibundo:

-¿Ahora me estáis acusando?

-No os acuso de nada. Tan sólo, os ruego que sepáis comportaros.

Al cabo de un rato, el hombre había recobrado en parte la serenidad.

-Os pido disculpas -se excusó. -Comprended, ha sido un golpe tan duro para mí...

-En fin, cuando podáis, disponedlo todo para que podamos trasladar el cadáver al palacio arzobispal. Habrá que celebrar las exequias... -Fray Bernardino asintió, pensativo.

-Y habrá que avisar a todos los grandes dignatarios, obispos y priores de Andalucía...

-De eso nos encargaremos nosotros.

Varios frailes aguardaban fuera y uno se asomó, temeroso. Luego, todos juntos entraron en la cámara mientras un criado iba en busca de fray Severo, el capellán. Fray Bernardino se acercó a una ventana. No tenía cristal, sino que estaba cubierta como las otras por una tela de lino traslúcido, y observó el exterior desde allí.

Vio llegar a un sacerdote con sotana que a poco entró en el dormitorio, seguido por un fraile que traía los óleos para administrárselos al muerto. Se inclinó sobre el obispo y movió la cabeza.

-Liberame, domine, de morte eterna... -comenzó con acento lúgubre.

Dos frailes permanecieron en pie junto a la cama, con aire indiferente, mientras él procedía a administrar el sacramento. Los demás cayeron de rodillas.

...Et omnibus iniquitatibus eius -terminó el capellán, y añadió en castellano:

-Que Dios tenga piedad de su alma.

Salió de la alcoba escoltado por el fraile que lo había acompañado. El prior observó la chimenea, donde el fuego se estaba extinguiendo. Advirtió que un pequeño trozo de papel había quedado intacto entre las cenizas, lo tomó y lo guardó en el hábito.

Luego besó la mano del obispo, que caía exangüe sobre la colcha. Se volvió a los presentes y los invitó a salir con un gesto.

Como un solo hombre, todo el mundo abandonó la alcoba. Cuando se quedó solo estuvo registrando los arcones y armarios, pero no encontró ningún documento. Decidió que se pondría a trabajar de inmediato para resolver aquel crimen, aunque tuviera que pedir ayuda al último monje del monasterio.

Dio media vuelta, bajó la escalera y atravesó el claustro, mientras pensaba en cómo organizar a los voluntarios. No le sería difícil, pues los monjes estaban inquietos y excitados y no tardarían en ponerse manos a la obra.

Salió un hombre de iglesia, de pelo cano y baja estatura, con amplia túnica de lana blanca. Un grupo de jóvenes novicios entraba en la cocina: iban sucios de barro tras largas horas en el campo, y todos vestían de forma similar. Vio a fray Indalecio, el cocinero principal, que salía de la cocina y cruzaba hasta el refectorio.

Sonó la campana de la sala capitular. Era media tarde, y ya había logrado reunir en la sala a varios frailes experimentados y de su mayor confianza. Estaban allí fray Raimundo el médico, fray Ciriaco, que era el párroco del monasterio que se encargaba de los fieles y fray Donato, el ecónomo. También acudió fray Amador, el herbolario, que era especialista en venenos. Era un hermano de cara pálida y enjuta, que parecía intranquilo y apoyaba tan pronto en el peso de su cuerpo sobre una pierna como sobre la otra. Había convocado también a fray Indalecio el cocinero, y a Afrodisio, el hermano encargado de las caballerizas. Él había permanecido en pie, y los otros aguardaban alrededor, sentados en los bancos.

No había llegado todavía fray Lorenzo, un monje de unos veinte años que hacía las

veces de sacristán. Aunque muy joven, llevaba años en el monasterio y era culto, prudente y trabajador, por lo que se le había confiado el control de las vasijas, vestiduras y todo lo concerniente al culto de la iglesia.

En cuanto a fray Benito, el anciano monje encargado de la biblioteca, aunque le importaba mucho su opinión, estaba demasiado impedido para desplazarse por el monasterio, donde abundaban los pasajes estrechos y las escaleras de caracol. Así que fray Bernardino había decidido reunirse con él en el *scriptorium*, donde incluso se le había instalado un jergón por si deseaba descansar allí cuando trabajaba hasta muy entrada la noche.

-Aguardaremos un poco más -indicó, dando un vistazo a la puerta.

Dos escribientes ataviados de un negro riguroso entraron en la sala de capítulos, armados de plumas y pergaminos. Ellos también tomaron asiento, y el prior los recorrió a todos con la mirada.

-Necesitamos saber quién ha cometido este horrible crimen -comenzó. -No va a ser fácil, ya lo sé, pero me toca administrar justicia y soy responsable de lo que ocurre aquí.

Se detuvo un momento, mientras se escuchaba un murmullo de aprobación. Luego continuó:

-Por eso, pido la colaboración de todos para descubrir al culpable y llevarlo ante los tribunales.

Cada cual dio su opinión sobre los hechos, y expuso sus planteamientos. Alguno se mostraba optimista, y hubo quien mostró sus dudas sobre el éxito de las pesquisas.

El médico levantó una mano. Era un hombre menudo, de constitución ligera. Su cara, también estrecha, parecía retorcida.

-Quiero decir que estoy muy seguro de mi dictamen, ya que me topé en el pasado con un caso similar. El veneno de sapo es muy común, lo conocen todos los campesinos, por lo que cualquiera ha podido hacerse con él. -Varios monjes movieron la cabeza en señal de asentimiento. -Lo que ya es más difícil es saber quién lo vertió dentro del vino del obispo... De eso ya no puedo opinar.

El ecónomo intervino:

-Tendremos que considerar el móvil, y también quién tuvo la oportunidad de cometer el crimen -expuso, y luego añadió: -Y hay que ser prudentes, pues lo ocurrido puede afectar a los intereses del monasterio, cosa que no nos podemos permitir. -El cocinero afirmó:

-Con eso, y con la visita del Inquisidor... -Fray Amador, el herbolario, asintió con viveza. Era un fraile muy bien parecido, que siempre olía a musgos y a flores.

- Yo pienso lo mismo, esto nos dará muy mala fama. No tenemos más remedio que descubrir al culpable, y habrá que hallar indicios que lo acusen sin ninguna duda. -Fray Severo, el capellán, se había puesto en pie. Sentenció:

-Nadie puede callar nada que sepa o que sospeche, si quiere mantener a salvo la integridad de este monasterio y la salvación de su alma.

Hubo un largo silencio, y los presentes se miraron unos a otros. Fray Bernardino habló despacio:

-Ruego a todos traten de recordar algún detalle que pueda ayudarnos -dijo con gravedad.

Fray Amador asintió con un gesto.

-Así lo haremos -dijo, convencido. -Todos vamos a actuar al límite de nuestras fuerzas. Estoy seguro de que entre todos podremos descubrir al culpable.

Afrodasio, el encargado de las caballerizas era de aspecto fuerte, aunque no grueso. Carraspeó.

-Por mi parte, juro que no dejaré escapar al canalla que ha envenenado a nuestro obispo -gruñó, amenazante. El prior intervino de nuevo:

-No es preciso que nadie se manifieste en público -indicó. -Sólo espero que me comunicéis en privado cualquier detalle que nos ayude a resolver este misterio.

Y luego añadió:

-Yo protegeré su identidad, como si se tratara del secreto de confesión.

Ya estaban todos dispuestos a marcharse cuando llegó Anselmo, el sacristán, que se disculpó torpemente. Parecía muy tímido, y sus ojos asustados le daban una expresión de niño aturdido.

-Di... dispensad -tartamudeó.

¿Por qué llegáis tan tarde? -le preguntó fray Bernardino, y él bajó la mirada. Tenía unas facciones casi femeninas. Su rostro era la encarnación misma de la inocencia, el que correspondía a un mozo sin blanca educado por los frailes en un monasterio.

-Estaba con fray Benito, ayudándolo en la biblioteca... -alegó.

-Acabamos de ponernos de acuerdo en que, cuánto antes, hay que descubrir a la persona que ha matado al obispo -le dijo el prior, y él asintió con la cabeza.

-Ya lo imagino -balbució. -Decidme qué tengo que hacer, y yo os juro por lo más sagrado que os ayudaré en lo que pueda...

El prior se recogió las mangas del hábito.

-Bien, os pondré al corriente -le dijo.

Todavía tardaron un rato en salir. De nuevo, cada cual expuso sus sospechas y conjeturas.

Finalmente intervino fray Indalecio. Llevaba muchos años en el monasterio y todos lo apreciaban. De joven, cuando una epidemia de peste diezmó a su familia llegó al hospital con otros muchachos. Iban extenuados, descalzos y rotos, y los monjes los acogieron y los alimentaron. Él nunca abandonó la casa y entró de mozo en la cocina, ascendiendo poco a poco de categoría, hasta hacerse un nombre en toda la comarca como buen cocinero.

-Descuidad, atraparemos al culpable aunque se esconda bajo las losas del cementerio -prometió, muy seguro. -Y ahora, con vuestro permiso, me vuelvo a la cocina. Aún me queda mucho por hacer...

-Bien, podéis ir -le contestó el prior. Y dirigiéndose al sacristán: -Y a vos, os aguardo en el claustro esta noche, después de la cena. Os pondré al corriente de todo.

Al anochecer, cuando fray Bernardino se encaminó al patio, vio que estaba desierto. El sol empezaba a declinar y el lugar estaba en sombras. Se dirigió al claustro donde había citado a fray Lorenzo, pero no estaba allí. Entonces se dio cuenta de que tampoco lo había visto durante la cena.

Recorrió un pasadizo que llevaba por las despensas hasta el hospital, y tampoco allí lo encontró.

Siguió paseando en silencio. Se dirigió a la cocina dejando a un lado el palomar, el gallinero y un cobertizo para las herramientas. Las gallinas todavía arañaban la tierra y los cerdos hozaban perezosos entre los desperdicios

Cuando llegó, departió animadamente con el cocinero. Estuvieron hablando sobre las pesquisas llevadas a cabo, y el fraile se disculpó:

-Esta tarde no he tenido tiempo, pero mañana me encargaré de hacer mis averiguaciones. Ya os comunicaré lo que descubra.

En un hogar al fondo ardía un fuego y encima había una gran marmita, y un enorme caldero donde bullía el repollo. Un pinche de cocina salió con un cacillo en la mano.

-Es el potaje para el desayuno -explicó fray Indalecio, muy complacido con el trabajo que llevaba a cabo. -Todo lleva su tiempo.

Cuando fray Bernardino volvió al claustro ya era noche cerrada, y tampoco vio al sacristán.

-Qué extraño -se dijo, alarmado.

Aunque ya era tarde, pensó que quizás estuviera iluminando algún códice en la biblioteca, como solía hacer. Además quería conocer la opinión de fray Benito acerca de todo lo ocurrido, y pensó que lo hallaría en el lugar que se había convertido para él en su segunda morada.

Sabía que el viejo apreciaba mucho a fray Lorenzo. Conocía su origen, lo había recogido de niño y lo hizo llevar al monasterio. Cuando llegó lo había recibido con los brazos abiertos, como si de un nieto se tratara. Lo enseñó a leer y a escribir, y cuando el muchacho cumplió quince años decidió hacerse monje. Consiguió que se le admitiera como aprendiz en el *scriptorium*, y con el tiempo el anciano compartió con él muchos de sus conocimientos y experiencias. Por eso, el joven tenía mucha confianza con él.

La adversidad había hecho madurar al novicio más allá de sus años, y acabó siendo nombrado sacristán de la capilla. Aún así, seguía pasando sus ratos libres en la biblioteca, ayudando a su viejo protector.

Escribía con su letra minuciosa y ordenada sobre el pergamino que fabricaban los monjes con piel de cordero, y copiaba también los dibujos que correspondían al texto. El trabajo era lento, pues no debía equivocarse. Utilizaba oro en polvo, y plumas de ave

mojadas en distintos colores de tinta.

Fray Bernardino entró en la biblioteca, y vio que estaba a oscuras. Alzó su lámpara de aceite y comprobó que no había nadie en el lugar. Sobre un facistol estaba expuesto un hermoso manuscrito con iluminaciones en oro, y los pupitres se hallaban ordenados, pero vacíos.

-Dónde diablos se habrá metido -pronunció voz alta, y luego se inquietó, porque era de mala suerte nombrar al demonio.

Alarmado, decidió solicitar ayuda antes de que fuera más tarde. Los monjes rara vez abandonaban las edificaciones, ya que el exterior estaba iluminado tan sólo por el escaso resplandor que salía por las ventanas del monasterio. La noche era oscura, de forma que salir afuera a estas horas les resultaba aterrador.

Hizo llamar por un criado a varios de los frailes, que ya estaban durmiendo. Les indicó que se vistieran y llevaran velas, candelas de junco o candiles. Una vez reunidos buscaron al sacristán por todas partes, lo mismo en el claustro que en la iglesia o en la sacristía, sin ningún resultado.

-Habrá que buscar en la cripta -les dijo.

Bajo el subsuelo de la iglesia se ocultaba una antigua basílica donde enterraron a san Isidoro, antes de llevarlo a León. Sólo unos pocos privilegiados conocían la cripta y menos todavía eran los que habían pisado este misterioso lugar.

Bajaron la estrecha escalera a la luz de las velas. Una vez abajo no tuvieron que buscar muy lejos, pues nada más entrar en el recinto encontraron su cuerpo. Estaba boca abajo, sobre el enlosado, y sus manos contraídas parecían aferrarse a algo.

Fray Bernardino se puso de rodillas ante el cadáver y le dio la vuelta: fue entonces cuando vio que a fray Lorenzo lo habían degollado. Tenía una larga cortadura sangrante en el cuello. Estaba más blanco que la cera, y sus ojos de niño grande parecían mirarlo, como sin comprender lo que le había sucedido.

El corte empezaba junto al lóbulo de la oreja izquierda y acababa en el de la derecha. La sangre había resbalado hasta el cuello del hábito, donde la lana la había absorbido, y toda la pechera estaba empapada en sangre, ya seca. Le cerró los ojos y movió la cabeza.

-Lo han degollado hace horas, porque el cadáver está frío, -observó gravemente. - ¿Qué clase de monstruo ha podido hacer esto?

Fray Bernardino estaba acostumbrado a mirar de frente a la muerte, pero aquello le resultaba demasiado duro. Se santiguó y murmuró una oración por el alma del joven.

-Hay que sacarlo de aquí, lo subiremos a la iglesia -indicó.

Se oía un murmullo de indignación entre los monjes. Trajeron unas angarillas del hospital y trasladaron el cadáver, dejándolo ante el altar mayor.

-Habrá que preparar el cuerpo para su sepultura -dijo alguien en voz baja.

Entonces, fray Bernardino mandó recado al administrador para que acudiera a su celda, pero lo estuvo aguardando un buen rato y él tampoco apareció.

No podía conciliar el sueño, y permaneció despierto hasta el alba del día siguiente. Le extrañaba no haber visto al ecónomo, porque además había quedado con él para hablar con urgencia sobre el arrendamientos de unas tierras.

-Hoy es ya miércoles -pensó.

Pero a media mañana el fraile no había acudido, y aquello lo inquietó aún más. De nuevo, varios hermanos se pusieron en movimiento, buscándolo por todo el monasterio. El cielo encapotado presagiaba la primera tormenta del otoño. Al cabo de un rato fray Indalecio llamó a su puerta. Parecía muy alterado.

-Hemos cumplido vuestro encargo, pero no aparece -le dijo.

-¿Habéis buscado en su celda? -El cocinero afirmó:

-Es lo primero que hemos hecho, pero allí no está. -Fray Bernardino se puso de pie.

-Registraremos esa celda, y todo lo que contiene -indicó, saliendo.

Era una pieza como todas las demás, con un jergón de paja y un antiguo arcón desvencijado. Fueron a abrirlo, pero estaba cerrado con llave.

-Hay que descerrajarlo -indicó el prior.

Lo hicieron, y él estuvo examinando todos los objetos que contenía. Sacó una pequeña bolsa y se la entregó al médico, que estaba con él.

-Mirad esto -mostró.

Dentro hallaron varios sapos muertos, ya secos, y un pequeño frasco con un líquido amarillento. El prior desenvolvió un paquete de lienzo y apareció un cuchillo de cocina, que alguien había limpiado concienzudamente.

-Hay que impedir que huya -murmuró. -Sin duda, él es el asesino.

Siguieron registrando, y encontraron un cofrecillo con varias monedas de oro, así como objetos litúrgicos que habían sido robados anteriormente en la iglesia. Entre ellos apareció un hermoso relicario de oro y plata, adornado con piedras preciosas.

En el fondo del arca vieron una placa de marfil hermosamente trabajada y, junto a ella, el anillo que había pertenecido al obispo.

-Ya no hay que buscar más, he aquí todas las pruebas -dijo fray Bernardino, enderezándose. -Ahora sólo nos falta encontrar al culpable.

Se disponían a abandonar el lugar, cuando el prior distinguió una carta sellada caída en el suelo. Se agachó a recogerla, vio que estaba dirigida al bibliotecario y la guardó entre los pliegues del hábito.

A continuación sonaron unos fuertes golpes a la puerta. Era el monje campanero, que irrumpió en la celda con los ojos desorbitados. Aspiró con fuerza, como si se ahogara.

Lo he encontrado... Tuve que subir al campanario, y casi me tropiezo con él. -Todos

lo miraron y él se detuvo un momento, y gimió: -Se ha ahorcado, y está colgado de una gárgola...

Subieron todos por las empinadas escaleras y se hallaron en una galería descubierta, que dominaba el monasterio a gran altura y desde donde podían verse los campos de los alrededores.

-Es por ahí -señaló el campanero.

En un recodo hallaron al administrador. Pendía de una cuerda, atada al extremo de una horrenda gárgola de piedra. Su cuello se había roto, tenía un palmo de lengua fuera, y su rostro estaba descompuesto. Una de las sandalias se le había salido del pie, y colgaba de las correíllas.

El prior se santiguó, y luego desvió la mirada.

-Hay que bajar a ese hombre de ahí -indicó con un gesto.

Desde allí, fray Bernardino se dirigió al *scriptorium* en busca del viejo bibliotecario, para entregarle la carta, y a la vez en busca de consejo. Lo halló abstraído en su tarea, sentado ante uno de los pupitres. De tal forma estaba ensimismado que pareció no oírlo, y ni siquiera se movió. Delante tenía una caja que contenía plumas, papel y un tintero de bolsillo que siempre llevaba con él.

La habitación se hallaba iluminada por una hilera de antorchas, que ardían y humeaban en sus brazos de hierro. El prior disfrutaba también en la biblioteca, pero a causa de sus muchas ocupaciones no tenía mucho tiempo para dedicarlo a leer. Se alegró de que el anciano estuviera solo, y observó un momento sus huesudas canillas, que asomaban por debajo del hábito. Fray Bernardino carraspeó, y el anciano dejó la pluma a un lado y lo miró.

¿Qué os trae por aquí? -preguntó, intrigado, y él supo entonces que no conocía la noticia de la muerte del joven. Contuvo la respiración.

-¿No os habéis enterado? -El anciano se recogió las mangas del hábito. Aunque de aspecto seco y correoso, era un hombre agradable y cordial. Su rostro era franco y amistoso, pero al mismo tiempo mostraba una gran dignidad.

-No he salido de la biblioteca en dos días salvo para dormir, estaba demasiado ocupado con mi trabajo y mis oraciones. ¿Ocurre algo que yo deba saber?

Él se inclinó, dudando si seguir adelante. Le puso la mano en el brazo y habló midiendo las palabras:

-Vuestro pupilo, el sacristán... tengo que deciros que, desgraciadamente... ha muerto -le informó con voz reposada. Fray Benito pareció salir de su abstracción. Bajó la mirada, para no mostrar sus sentimientos.

-¡Qué me decís! No puede ser...

El prior sentía como si un gran peso hubiera caído sobre sus hombros. Antes de proseguir, observó el rostro venerable.

-Os digo la verdad. Al infeliz lo han degollado y el culpable, aunque sea difícil creerlo, parece que ha sido nuestro ecónomo -se detuvo un momento. -También él se

ha quitado la vida, ahorcándose en una de las gárgolas...

El anciano había colocado la pluma cerca del tintero, y hubo una chispa de cólera en sus ojos.

-¡No puedo creerlo! ¿Cuándo ha ocurrido todo eso? -musitó. -Si el hermano Lorenzo estuvo hablando conmigo ayer por la tarde... -Fray Bernardino asintió, y dijo en tono amargo:

-Entonces vivía, pero poco después estaba muerto.

-Que Dios nos asista -se persignó el anciano. El prior frunció el ceño.

-Nadie hubiera podido imaginarlo -declaró. -Pero, ¿cuál habrá sido el motivo de este horrible crimen? -Los ojos del anciano se habían humedecido, y tardó un tiempo en contestar.

-Creo que yo podría decirlos la causa -murmuró,

-¿Cómo? ¿Es que sabéis algo que yo ignoro?

Él alzó la cabeza.

-Yo soy muy viejo, y sé muchas cosas que vos no imagináis -dijo en un susurro.

-¿Y por qué no me las contáis? -El anciano cerró los ojos.

-¿Sabíais que fray Lorenzo era hijo ilegítimo del obispo? -se detuvo un momento.

-Yo nunca lo había dicho, ya que me pidieron que guardara el secreto, pero ahora creo que puedo descubrirlo...

-¿Hijo del obispo? -lo interrumpió el prior. -¿Estáis seguro?

El vejo afirmó con un gesto. Tenía los ojos clavados en su interlocutor.

-Lo sé con absoluta certeza -asintió.

El prior había sacado la carta de la manga, pero la ocultó de nuevo entre los pliegues del hábito.

-Dios, nunca lo hubiera sospechado -dijo sinceramente.

Fray Benito estaba pensativo. Parecía cavilar en voz alta.

-El celibato clerical es una ley demasiado dura para ser obedecida por todos. Como bien sabéis, muchos obispos tienen amantes, así como los párrocos tienen amas de llaves... -Él hizo un gesto afirmativo.

-Por supuesto que lo sé. -El anciano continuó:

-Desde un principio yo sabía que el señor obispo era el padre del niño, y con mi ayuda él lo visitaba en secreto en el palacio arzobispal. -El prior no trató de ocultar su sorpresa.

-No dudo que hayáis tenido motivos para hacerlo -dijo respetuosamente, y el otro asintió.

-El muchacho buscaba la soledad para rumiar su tristeza. Desde los comienzos de su vida echó de menos a su madre, y pensaba que había fallecido en el parto.

-¿Y no fue así? -El viejo denegó con un gesto.

-Eso fue una mentira piadosa. -Fray Bernardino no salía de su asombro.

-Y, ¿cómo murió la madre? -El bibliotecario frunció el entrecejo.

-La acusaron de bruja. Fue la primera diligencia del actual Inquisidor.

El prior se sobresaltó. Acababa de entrar un monje, y él le hizo seña de que se fuera. El otro obedeció, y salió cerrando la puerta.

Fray Bernardino se mostraba muy agitado.

-¿Es posible lo que me contáis? -El anciano le contestó en voz baja.

-Lo es -aseguró. -Pero el Inquisidor no estaba al corriente de la existencia del pequeño. En cambio, yo sí que lo estaba, pues era el confesor de la desgraciada. Y, hace poco, lo supo el ecónomo. Porque el muchacho tenía un defecto: era demasiado confiado.

Se calló de repente. La campana llamaba al oficio, y fray Bernardino decidió saltarse la oración. Iba preguntar algo, pero el bibliotecario se le adelantó:

-La mujer era inocente de las acusaciones -siguió recordando. -Ella no fue más que una víctima de los apetitos del obispo, y de la ira del Inquisidor.

-¿Mataron a la madre? -El anciano contestó tristemente:

-Sí, la quemaron en la hoguera.

Fray Bernardino estaba horrorizado, y supo que aquel hombre se sentía en parte responsable de lo ocurrido

-Entonces, decidísteis acoger al pequeño... -El monje había cruzado las manos delante del pecho.

-Comprended -explicó. -Ser clérigo es, para un bastardo, la mejor manera de sobrevivir... -El prior giró sobre sí mismo.

-Lo sé. Y, gracias a vos, el niño creció para la iglesia. -Fray Benito suspiró hondamente.

-Yo no hice más que cumplir con un deber cristiano -afirmó. -Él tenía una inteligencia muy viva. Enseguida aprendió a leer, y a los quince años se sabía el salterio de memoria... -recordó con indudable orgullo.

La puerta rechinó sobre sus goznes, y un grupo de monjes entró sin avisar.

-¿No os han enseñado que hay que llamar primero? -les indicó fray Bernardino. El que los precedía se detuvo.

-Perdonad, son unos hermanos que vienen de otro monasterio -explicó. -Me rogaron que les mostrara nuestra biblioteca, y me disponía a hacerlo...

-Muy bien -le contestó el prior. -Pero ahora, os ruego que salgáis. Estamos ocupados.

Fray Benito era un hombre naturalmente bondadoso, pero rezongó:

-Nadie ajeno a la casa está autorizado para visitar este lugar, y menos sin permiso...

Un minuto después los visitantes habían salido y se congregaron en la planta baja, bajo los soportales. Ambos monjes reanudaron la conversación donde la habían dejado.

-Pero, ¿qué relación tiene todo esto con que hayan muerto tres personas? -interrogó el prior. El anciano movió la cabeza.

-Fray Lorenzo me visitó ayer tarde -explicó. -Venía espantado, y me dijo que

habían matado al señor obispo. Y que sospechaba del ecónomo, porque se había cruzado con él cuando entraba en la alcoba a ver a su padre.

Se detuvo un momento, y luego siguió hablando despacio:

-Vio que fray Donato salía con una jarra de vino en la mano, y a continuación halló el cadáver. Entonces salió corriendo, y se fue derecho a la iglesia.

El prior se mantenía atento.

-¿Por qué no me comunicó lo que había visto? -El anciano dudó:

-Quizá, porque no podía justificar ante vos aquella visita al obispo, a solas en su alcoba. Hubiera tenido que confesar el parentesco que los unía...

El prior asintió, y fray Benito prosiguió despacio:

-...Pero luego no pudo aguantar más, y vino a contármelo a mí. Por eso llegó tarde a la reunión en la sala capitular...

Fray Bernardino intervino de nuevo:

-Ahora que recuerdo, él estuvo a punto de decirme algo, pero lo mataron antes de que pudiera hacerlo. -El bibliotecario añadió:

-También me dijo que había echado en falta un relicario en el tesoro de la cripta.

-¿Un relicario? -Él afirmó con la cabeza.

-Al parecer, era un relicario de mucho valor -explicó el anciano. -Sospechaba que fray Donato lo había robado pues, aparte de vos, sólo el ecónomo tenía otra llave.

El prior se dio cuenta de que todo encajaba. A continuación, ambos siguieron conversando, hasta que la campana grande empezó de nuevo a sonar. Llamaba al refectorio, pero él estaba demasiado alterado para acudir al comedor.

-En cuanto a fray Donato, también tengo que contaros algo -indicó el anciano, y fray Bernardino lo miró.

-Dentro del monasterio, todos sospechamos algo oscuro de él, aunque nadie comente nada, por no faltar a la caridad. -afirmó, pensativo.

La campana seguía repicando. Su sonido alcanzaba todos los terrenos del priorato, y algunos monjes rezagados acudían corriendo desde los viñedos y lagares, para acudir al refectorio. Un pinche de cocina llamó a la puerta de la biblioteca.

-Os traigo pan caliente especiado, hecho con miel y jengibre -le dijo a fray Benito, y el viejo rezongó:

-¿Es que nunca te vas a olvidar de traerme comida? -El muchacho respondió con amabilidad:

-Tenéis que alimentaros, reverendo. Coméis menos que un pájaro, o al menos eso es lo que repite fray Indalecio en la cocina. Él es el que me envía.

-Bueno, déjalo ahí, y que Dios te lo pague.

El prior había permanecido en silencio, y fray Benito pareció concentrarse de nuevo en el tema. Se aclaró la garganta.

-Volviendo a fray Donato, sé que siempre tuvo mala fama, aunque no se supiera por qué.

Se detuvo un momento y entornó la mirada.

-Pero yo sé de buena tinta que a los veinte años lo condenaron por haber matado a un hombre en una reyerta de taberna. Más tarde escapó de galeras, en un naufragio donde lo dieron por muerto. -El prior alzó la cabeza.

-¿Que había matado a un hombre, decís? -El otro afirmó:

-El barco se hundió frente a las costas de Cádiz por un golpe de mar, o quizá por viejo, o una mala colocación de la carga lo hizo volcar... -Fray Bernardino estaba atónito.

-Y, ¿cómo llegó aquí?

El anciano parecía cansado. No obstante, siguió relatando:

-Tras pasar cinco años oculto, la justicia se olvidó de él, y entonces decidió acogerse a sagrado en un monasterio y tomar los hábitos. Cuando llegó a la hospedería como peregrino, hace unos quince años, ya habría cumplido los treinta...

La cara del prior se ensombreció.

-Pero un crimen como el que se ha cometido en nuestra propia casa, tan cruel, y realizado a sangre fría...

El anciano se había puesto en pie. Cogió una carpeta, extrajo varios documentos uno a uno y sopló para quitarles el polvo. Dijo, pensativo

-Desde que era casi un niño había sido cazador furtivo, llegando a matar incluso a los ciervos del rey...

-Y, ¿cómo sabéis todo eso? -Él se encogió de hombros.

-Os he dicho que sé muchas cosas.

Fray Bernardino rebuscó entre los pliegues de su hábito.

-Por cierto, lo había olvidado. He de entregaros esta carta que hallamos en su celda, y que está dirigida a vos. También os ruega en su exterior que la abráis después de su muerte.

Fray Benito desplegó la misiva y la hojeó brevemente. Luego pareció interesado, y siguió leyendo con gran atención.

-En esta carta, fray Donato confiesa que ha matado al obispo -carraspeó. -Dice que su Eminencia había venido al monasterio para informaros de sus antiguos delitos. Al parecer iba a mostraros un documento acusatorio.

Al prior, la noticia lo había hecho enrojecer.

-No puedo creerlo... -El bibliotecario prosiguió:

-A continuación cogió el documento y lo quemó en la chimenea.

-Y tuvo que encenderla, porque estaba apagada... eso lo explica todo -lo interrumpió fray Bernardino. -Pero al salir debió cruzarse con fray Lorenzo y, temiendo que lo delatara, lo degolló en la cripta. -El anciano asintió.

-Termina la carta diciendo que no puede soportar la tensión, que ha decidido quitarse la vida. Que lo busquen cerca de la iglesia...

El prior terminó la frase:

-Colgado de una gárgola, sí.

Fray Benito alzó la cabeza.

-Terribilis is locus iste: hic domus Dei est, et porta caeli... -Fray Bernardino se había puesto en pie.

-Tenéis razón -reconoció. -Aunque sea terrible este lugar, es casa de Dios y puerta del cielo.

Sin una palabra más abandonó la biblioteca, salió del edificio principal y se dirigió hacia los claustros. El anciano, después de meditar un rato, reinició su trabajo en el lugar donde se había interrumpido.

Tras su terrible muerte, el joven sacristán fue envuelto en un sudario blanco de algodón, expuesto en la iglesia, y velado por los hermanos durante toda la noche siguiente.

Desde el amanecer, el día se había presentado oscuro y lluvioso. Se había celebrado un funeral, y ahora los monjes se disponían a darle cristiana sepultura,

Cruzando el patio de los Muertos se llegaba al cementerio; lo llamaban así porque diferentes familias de alcurnia lo elegían para ser enterradas allí. Desde el exterior se distinguían dos puertas gemelas: la de los Pies, que daba acceso a los conversos al interior del Monasterio. La otra, de los Muertos, comunicaba el claustro con el antiguo cementerio, donde enterraban a los monjes que fallecían y a los patronos del monasterio.

Los ritos mortuorios duraron el tiempo del entierro, que se realizó de manera rápida para alejar el fantasma de la muerte. Hombres y mujeres se habían reunido a la entrada de la iglesia dando voces, tañendo bocinas y haciendo ladrar a los perros. Otros se arañaban la cara y se mesaban los cabellos. La gente se había vestido de rojo, de verde o de azul, para honrar al fallecido con sus ropas mejores.

Se había levantado un viento frío. El prior encabezaba la comitiva con la cabeza baja, leyendo el oficio, mientras que algunos pobres y niños del hospital se unían al desfile. Cantos, plegarias y llantos eran los sonidos del cortejo fúnebre: los hermanos se daban golpes en el pecho, echándose ceniza sobre la cara, la cabeza y el cuerpo. Al sacristán lo llevaban varios frailes en andas, descubierto; lo habían vestido con su hábito y llevaba un crucifijo entre las manos. Durante el trayecto, las campanas tocaron para ahuyentar a los demonios.

Cruzaron con paso lento el cementerio, donde los aguardaba el sepulturero, que ostentaba una negra barba y tenía el cabello grasiento y rizado, muy negro. Sus andrajosas ropas se hallaban mugrientas.

-¿Es aquí donde hay que enterrarlo? -preguntó, y fray Bernardino asintió.

-Sí, puedes proceder.

Los ataúdes eran abiertos, retirándose los restos anteriores para meter otro cadáver. Los restos se dejaban luego en el osario. A veces al abrirlos, si había arañazos en la tierra, era señal de que al anterior lo habían enterrado vivo. La ruda cara del sepulturero no se inmutó, aunque se quitó el sombrero y lo echó a un lado. El hombre se acarició la barba.

-Vaya, esta semana voy a tener doble trabajo, según parece -sonrió, mostrando una fila de dientes desiguales.

Pero el segundo entierro fue distinto, ya que al ecónomo le dieron sepultura fuera del recinto sagrado.

A los criminales se les negaba la sepultura cristiana, así como oraciones o misas. Sus despojos eran abandonados en los campos o en el vertedero, y si los enterraban tenía que ser fuera del cementerio, sin el canto de los salmos y sin las otras ceremonias. Casi todos se pudrían sin ser inhumados, o simplemente se cubrían con bloques de piedra para no molestar a los vecinos. Otras veces los quemaban y dispersaban sus cenizas. Ocurría lo mismo con los suicidas, los que morían en duelo, o los herejes y cismáticos.

Si a un homicida lo enterraban por error en un cementerio, debían exhumarlo y rociar el lugar con agua bendita. Lanzaban el cuerpo a las fosas comunes sin ninguna señal, lejos de las aldeas o ciudades, preferiblemente cerca del mar o en los bosques, para que nadie supiera dónde reposaban los restos.

Sólo a las brujas las enterraban boca abajo, con objetos tapándoles la boca, en fosas comunes lejos del poblado. A alguna le colocaban encima una pesada losa, para asegurar que no pudiera salir, pues se decía que los demonios no las dejaban descansar y las desenterraban por la noche. Eso, cuando no las quemaban en la hoguera.

El prior era un hombre honesto, por lo que se negó a exponer el cadáver a las burlas del pueblo y quiso que sus restos fueran sepultados. Decidió hacerlo con todo secreto, antes de que amaneciera y a varias leguas del monasterio, sin que al acto acudieran más que él mismo y el enterrador.

Era ya viernes. Fray Bernardino llegó al claustro el primero y se sentó a esperar, hasta que oyó los cascos de una caballería y supo que el hombre estaba allí. A poco, apareció el sepulturero.

-Estoy dispuesto -dijo. -¿Dónde hay que recogerlo?

-Está ahí dentro -indicó el prior.

Lo envolvieron en una manta y lo transportaron a lomos del caballo. No cruzaron palabra en todo el trayecto, hasta que el exiguo cortejo se detuvo. El hombre parecía desconcertado.

-¿Es aquí? -preguntó, y él asintió con un gesto. El hombre se rascó la cabeza.

-Aquí tiene sitio de sobra para descansar -bromeó, observando el cadáver. Fray Bernardino reprimió un suspiro.

-No es más que un pobre loco -murmuró a su pesar.

Notó que le temblaban las manos. Cuando el sepulturero terminó de enterrar el cuerpo, se volvió en redondo:

-¿Ponemos alguna señal? -El prior denegó.

-No se permiten las inscripciones. -El otro frunció el ceño.

-Este se irá derecho al infierno, ¿verdad? -Él tardó en contestar.

-Nadie puede saberlo, sólo Dios conoce los corazones de los hombres -replicó, después de meditar la respuesta.

El hombre sudaba por el esfuerzo realizado, y sus cabellos estaban manchados de tierra.

-Bueno, que vaya arriba o abajo, a mí me da igual... -dijo con un gruñido

El prior entrecerró los ojos.

-Recemos por él -indicó, y estuvo leyendo unos versículos mientras pasaba las hojas del breviario. El sepulturero soltó un exabrupto.

-Rezad vos si queréis, que yo no he venido para eso. Ya he cumplido con mi trabajo y tengo ganas de desayunar.

La luz del día avanzaba, y un gallo joven empezó a cantar. Fray Bernardino aceleró el paso y el otro, con el caballo de la mano, lo siguió.

Cuando estuvieron de vuelta la campana mayor repicaba, llamando a misa de los fieles. El enterrador se dirigió a la cocina donde los monjes, como era costumbre, le llevarían pan caliente y le servirían cerveza ligera.

El prior se fue directamente a la iglesia.

Al final había sacado una conclusión: como solía ocurrir, todos los personajes de aquel drama habían ocultado algo. Eso los había llevado al desastre.

En el pueblo, todo el mundo empezaba a hablar de la maldición de la cripta. El coro, el refectorio, las capillas privadas, la sacristía, la sala capitular, los presbiterios, los claustros, eran para ellos lugares mágicos llenos de historias y leyendas.

La plaza del mercado parecía un hervidero de gente que caminaba a duras penas por los estrechos huecos entre los puestos. Dentro de una casa, una mujer había puesto sobre la mesa pan y carne fría, y le sirvió al marido cerveza en una jarra. Tenía la piel curtida por el sol.

-Ya lo decían los antiguos, no debieron levantar la nueva iglesia sobre la ermita que contuvo los restos de san Isidoro. -Se enjugó las manos con un paño. -Ni debieron llevarse los huesos del santo a León...

De las paredes colgaban herramientas limpias y en el rincón había una gran piedra para afilar. El hombre se mostró sorprendido.

-¿Qué dices, mujer? ¿Qué tendrá que ver el santo con la muerte del sacristán?

Ella insistió:

-Te digo que el clero está dejado de la mano de Dios. ¡Un obispo que es padre de un fraile! ¿Cuándo se ha visto eso? Es natural que Dios los castigue... a los dos.

Él se encogió de hombros.

-La culpa la tendría en todo caso el padre, no el hijo. -Su esposa le lanzó una mirada despectiva.

-No tienes ni idea. ¿O es que los hijos de los pobres no pagan por la pobreza de

sus padres?

-No es lo mismo, mujer.

Ella se sentó, disponiéndose a desayunar. El mobiliario consistía en una mesa tosca, varios taburetes y un barril de cerveza en un rincón.

-Al hijo del rico se le perdona todo lo que hace, por malo que sea... -dijo, y se levantó a medias de su asiento. -Y puedes estar seguro: lo que ha ocurrido en esa cripta volverá a suceder. Todo el mundo lo dice en la comarca del Aljarafe...

-Estás loca, te lo digo yo.

-Tú aguarda, que el tiempo lo dirá.

Por extraño que pudiera parecer, la vida continuó en el monasterio como si nada hubiera sucedido. Las cavilaciones del prior eran interrumpidas por el ruido de martillazos en la fragua, las voces en el hospital y los cascos de las caballerías que llegaban de fuera. Las guiaban hombres de campo, que luego conducían a los animales a las cuadras, en el patio de atrás. Algunos venían empapados y llenos de barro, y unos frailes les traían agua caliente para que se lavaran.

Cerca del fuego, un hombre sentado en una silla bebía de un tazón. Pronto llegarían los monjes, abrirían puertas y ventanas y llamarían a todo el mundo a desayunar. Un individuo cruzó el patio cojeando, apoyándose contra una estaca. Cuando lo tuvo cerca, fray Bernardino pudo ver que iba sucio, y vestido de harapos.

-Otro pobre desgraciado -pensó. -Demasiadas calamidades para poderlas remediar.

Vio que un religioso le ofrecía un trozo de pan y un gran cuenco de estofado de carne. Las mangas remangadas del fraile mostraban unos brazos vellosos.

-Id con Dios -le dijo, dándole una palmada en la espalda

-Que Él os lo pague -tartamudeó el otro, y echó a andar hacia la salida, vacilando como quien no sabe a dónde ir.

Dentro de unas semanas, nadie recordaría los recientes sucesos. Habría cerdos y ovejas hozando entre los montones de desperdicios que un hombre corpulento, de aspecto estúpido, barrería con pereza. Mientras, un campesino de apariencia próspera cruzaría a lomos de una jaca negra.

Contraportada: Jan Van Eyck, Retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa. National Gallery de Londres.



KNOSSOS,

Colección de Misterio